
EL CORAZON FRIO.

CUENTO ALEMAN POR W. HAUFF.



No debe olvidarse quien viaje por Suabia de penetrar en la Selva Negra, no tanto por sus árboles, aunque es difícil encontrar á menudo tal multitud de magníficos pinos, como por su gente, que se diferencia en un todo de la que habita los sitios de que está rodeada la Selva.

Son sus habitantes más altos que la generalidad, más anchos de espaldas, más fuertes en su musculatura; diríase que la fragancia vigorosa con que los pinos embalsaman el aire de la mañana, les ha dotado de respiracion más fácil, de vista más clara y de valor más firme, aunque más rudo, que á las gentes de las llanuras y valles. Se diferencian de ellos, no solamente en tamaño y facultades, sino tambien en traje y maneras.

Los habitantes de la Selva Negra en la parte de Baden, usan los trajes más pintorescos. Los hombres dejan crecer sus barbas como la naturaleza quiso, y sus chaquetas negras, sus enormes pantalones apretadamente plegados, sus medias rojas y sus sombreros picudos de anchas alas, les dan una apariencia peculiar, digna y grande, sin embargo. La ocupacion de estas gentes es la manufactura de cristal; hacen tambien relojes de pared que llevan á vender á las cercanías.

Viven en el opuesto lado de la Selva gentes de la misma raza; pero el trabajo que prefieren les ha dado costumbres y

trajes muy diferentes de los que distinguen á los fabricantes de cristal. Comercian con su bosque, esto es, cortan y labran sus pinos, los botan á las aguas del rio Nagold y los llevan por este hasta el Neckar, del Neckar superior al Rhin y por este á Holanda; así es que hasta en las costas del mar, los de la Selva Negra y sus zátaras son objetos familiares. Se detienen en todas las ciudades que van encontrando rio abajo y aguardan con orgullosa dignidad al comprador de tablonés ó vigas. Las mayores y más fuertes resérvanlas para los señores flamencos que las pagan muy bien y las dedican á construcciones navales. Son gentes acostumbradas á vida dura y errante. Su gran deleite es deslizarse en sus balsas con la corriente; su pesar, verse obligados á hacer el viaje de retorno por las orillas. Su ocupacion les obliga á usar traje de gala completamente diverso de aquel que usan los que fabrican cristal en la otra parte de la Selva Negra. Llevan oscuras chaquetas de hilo, anchos tirantes verdes sobre el abultado pecho y calzones de cuero negro, por uno de cuyos bolsillos asoma como signo de dignidad una regla de cobre; pero su legítimo orgullo se cifra en sus botas, probablemente las mayores que pueden hallarse en todo el mundo, tanto que las estiran con holgura dos palmos por encima de las rodillas, y con ellas pueden meterse en más de una vara de agua sin mojarse.

Hasta fecha muy reciente creían los habitantes de la Selva Negra en espíritus de los bosques. La verdad es que hasta nuestros días no han dejado del todo su nécia supersticion. Lo curioso es que, segun las tradiciones de la Selva, estos espíritus del bosque presentan análogas diferencias en sus trajes. Se nos ha asegurado que el *Vidrierito*, un buen espíritu pequeño, de tres pies y medio de estatura, se presentaba siempre con este traje: un sombrero de picos con ancha ala, chaqueta, pantalones y medias encarnadas.

Se dice, por el contrario, que Dutch Michael, que frecuentaba el otro lado de la Selva, era un gigante de anchos hombros, vestido á usanza de los balseros; y algunos que le vieron atestiguan que toda la fortuna que tenían no bastaba á pagar la piel de vaca necesaria para hacer sus botas; tan gran-

des eran, dicen, que sin ninguna exageracion podia un hombre regular meterse dentro de una y asomar por encima con trabajo su cabeza.

Un selvático tuvo, segun se cuenta, una aventura con estos espíritus de bosque, y voy á referirla.

Vivia en la Selva Negra una viuda, Frau Bárbara Munkin. Habia sido el oficio de su marido hacer carbon vegetal, y cuando él murió, dedicó y educó ella á su hijo, muchacho de diez y seis años, para igual negocio.

El jóven Pedro Munk, que era sagaz, estaba muy contento, porque desde su nacimiento no habia visto nunca á los hombres hacer otra cosa que sentarse la semana entera vigilando humeante monton, ó ir todos negros y tiznados, objetos de repulsion, á vender su carbon á la ciudad. Ahora bien: un carbonero tiene tiempo que le sobra para reflexionar, y así sucedió que cuando Pedro Munk estaba sentado al lado de su horno, los oscuros árboles del bosque que le rodeaban y el profundo silencio excitaban melancolías y congojas involuntarias en su pecho: se sentia incómodo y mal humorado, sin saber el por qué. Descubrió al cabo la causa de su malestar, y esta era su posicion.

—¡Un solitario, ennegrecido carbonero!—se decia—¡qué arrastrada vida! ¡Qué respetable presencia, en las tardes de los domingos, la de los vidrieros, relojeros y aun la de los músicos!—Pero si Pedro Munk se lavase bien, y se vistiese bonitamente con la mejor chaqueta de su padre, la de botones de plata, y se calzase sus medias del color de salvado nuevo, y alguno llegase por detrás preguntándose á sí mismo: «¿quién es tan lindo mozo?» y estuviese en su corazon dispuesto á elogiar mis medias y mi arrogante andar ¡ay! tan pronto como á mi lado pasara y se volviera para mirarme, exclamaria seguramente: «¡Toma! pues si no es más que Pedro Munk, el carbonero.»

Blanco eran tambien de su envidia los balseros del otro lado de la Selva. Siempre que estos gigantes del bosque se presentaban con sus hermosos trajes llevando Dios sabe cuánta plata sobre sus personas en botones, hebillas y cadenas; cuando abiertos de piernas en actitud altiva, miraban al baile, ju-

raban en aleman y fumaban como los señorones flamencos más distinguidos, en pipas de Colonia de una vara, entónces creia al balsero el prototipo ideal del hombre feliz. Y cuando estos favoritos de la fortuna buscaban en sus bolsillos y sacaban las manos llenas de thalers y echaban los dados por seis *batzners* (monedas de plata) y perdian ó ganaban cinco florines aquí, diez allí, perdia Munk todo dominio sobre sí mismo y se deslizaba lleno de pena camino de su choza; porque más de un dia de fiesta habia visto á uno ú otro de estos señores de la madera perder al juego en una tarde más que su padre Munk ganó nunca con el trabajo de un año.

Entre aquellos habia particularmente tres, de los cuales no sabia á cuál admirar más. Era el uno un hombre grande, gordinflon, carirojo, que pasaba por el más rico de toda la comarca. Se le llamaba siempre «El Gordo Ezequiel.» Dos veces al año iba á Amsterdam con madera para construcciones y tenia siempre la buena fortuna de venderla á mayor precio que todos los demás. En vez de volverse á pié como los otros, siempre podia viajar en un coche dándose tono.

Era el otro el hombre más alto y más flaco de todo el bosque. Se le llamaba «Escueto Schlurker,» y Munk le envidiaba, principalmente, por su extraordinaria audacia; llevaba la contra á la gente más digna de respeto, y aun cuando la taberna estuviera llena en demasía, siempre se empeñaba en pedir y ocupar más espacio él solo que cuatro hombres de los más robustos; porque él siempre habia de apoyar sus codos en la mesa ó levantar una de sus piernas para tenderla á lo largo en el mismo banco en que se sentaba; y, sin embargo, nadie se atrevia á oponérsele, porque era tan inmensamente rico.....

El tercero era un hermoso jóven que bailaba mejor que nadie, y á quien llamaban, por esta razon, «Rey del salon de baile.» Habia sido un pobre en toda la extension de la palabra, y criado de uno de los señores de la madera; de repente se hizo muy rico. Decian algunos que habia encontrado una tinaja de oro debajo de un pino secular; sostenian otros que, en un paraje del Rhin no léjos de Bingen, habia sacado del fondo un cartucho de monedas de oro, con la fisga que los balseros tiran de cuando en cuando á los peces, y que aque-

llas monedas pertenecian al gran tesoro de los Nibelungen. Sea como quiera, se enriqueció de repente, y como á príncipe le respetaban todos, viejos y muchachos.

Pedro Munk pensaba á menudo en estos tres hombres cuando á solas estaba sentado en el pinar. La verdad es que los tres tenian una gran falta que les hacia odiosos, y era su insaciable avaricia, su total carencia de compasion hácia los que estaban en apuros ó en la pobreza, á pesar de que los habitantes de la Selva Negra son en general gente de corazon compasivo; pero todos sabemos lo que en tales casos acontece; aunque aborrecidos por su avaricia, eran, sin embargo, estimados y considerados por su riqueza, porque ¿quién podia como ellos despilfarrar thalers, como si el dinero cayera de los pinos, solamente con sacudirlos?

—Esto no puede continuar así por más tiempo—se dijo Pedro á sí mismo un dia, en un arretrato de tristeza—(el dia anterior habia sido de fiesta y la posada habia estado llena de gente) si no tengo pronto suerte mejor, algo malo voy á hacer conmigo. ¡Ah! ¡Si yo fuera rico y persona de importancia como El Gordo Ezequiel ó el Escueto Schlurker, ó un hombre afamado y con posibles para tirar á los músicos plata en lugar de cobre como el Rey del salon de baile! ¿De dónde sacó tanto dinero este mozo?

Pesaba y calculaba todos los medios posibles de hacer dinero; pero ninguno le satisfacía. Al fin se acordó de las envejecidas tradiciones de su gente y de cómo en tiempos antiguos los hombres se habian hecho ricos por medio de Dutch Michael y del *Vidrierito*. En vida de su padre, otros tan pobres como él habian venido á visitarle con frecuencia y conversado horas enteras de hombres poderosos y de la manera que habian tenido de serlo. En estas narraciones era protagonista el *Vidrierito*: y ya en este camino de reflexiones, casi consiguió traer á su memoria los versos que habia que recitar en la cumbre de la montaña, en el corazon del pinar, para obligar al *Vidrierito* á presentarse.

Así empezaban:

Escucha: desde tiempos fabulosos

Dueño y señor de bosques tan frondosos;
Tú, que un tesoro que por rico asombra
Ocultas de los pinos á la sombra;
Tú, que tan solo muestras tu presencia...

Pero aunque estrujaba su memoria, no podía obtener de ella ni una línea más. Pensó algunas veces en preguntar á este ó al otro anciano la fórmula de encantamiento; pero cierto temor vago de descubrir lo que por su mente pasaba le disuadió de hacerlo. Además, él deducía que la leyenda del *Vidrierito* era conocida del más corto número, por no haber muchos ricos en la Selva. ¿Por qué su padre y otros pobretones no habian probado fortuna? Al fin se dió traza para obligar á su madre á hablar del espíritu. Repitió ella lo que él ya sabia. Su madre no conocia más que el primer verso de la invocacion; pero dijo que el espíritu únicamente se presentaba á los que hubiesen nacido en domingo entre las horas de once y dos. Él respondia exactamente á los requisitos, porque habia venido al mundo á las doce del dia en domingo.

Cuando Pedro Munk, el carbonero, oyó esto se puso fuera de sí de júbilo y deseoso de emprender esta aventura. Le parecia que saber parte de los versos y haber nacido en domingo eran suficientes motivos para obligar al *Vidrierito* á presentarse.

Por todas estas razones, un dia despues de vender todo su carbon no encendió monton nuevo, sino que se puso la mejor chaqueta de su padre, forró sus piernas con las medias encarnadas nuevas, cubrió su cabeza con el sombrero de los domingos, tomó en su mano un baston de espino negro largo de cinco piés, y se despidió de su madre en los siguientes términos:

—Necesito ir á las oficinas de la ciudad: pronto es el sorteo para el servicio del ejército, y quiero recordar al empleado que sois viuda y yo vuestro único hijo.

Elogió su madre su intencion, y á pesar de haber manifestado esa intencion él, se fué á lo más intrincado del pinar, en la cumbre de la Selva Negra. En aquel tiempo no habia una aldea, ni una choza siquiera, en el circuito de tres leguas de la

cumbre, porque la gente supersticiosa creia peligrosa su vecindad. Así es que, siendo altos y magníficos los pinos, nadie osaba sacar madera en esa zona tan poblada, porque habia sucedido frecuentemente, cuando los leñadores habian cortado allí árboles, que el hierro del hacha se habia desprendido del mango y les habia herido en los piés, ó que los árboles se habian caido de repente, cojiendo á los hombres, lastimándolos ó matándolos: y uno de los árboles más hermosos del corazon del bosque solo habia servido para leña, porque los balseros no se atrevian á sacar nunca ni una simple astilla de aquel sitio, pues era tradicion corriente que si un árbol de aquellos llegaba á estar á flote, tendria la embarcacion un fin deplorable.

Esta era la razon de que los árboles crecieran tan espesos y tan altos en lo más intrincado del soto, que aún en pleno dia estaba casi tan oscuro como la noche. A Pedro le pareció terrible todo el aspecto; porque no podia oir ni el sonido de un hacha, ni voz, ni pasos á no ser los suyos; hasta los pájaros parecian temer y huir de estas espesuras de pinos.

Pedro Munk, el carbonero, habia llegado á la sazón al punto más alto de aquellos matorrales, y parado estaba ante un pino de enorme circunferencia, por el que hubiera pagado un naviero aleman muchos cientos de florines contantes y sonantes.

Este, pensó él, es un lugar muy apropósito para vivienda del guardador del tesoro. Se quitó su gran sombrero de fiesta, hizo una cortesía hasta los piés al árbol, aclaró su voz y con temblorosas palabras dijo:

—Buenas tardes, señor *Vidrierito*.

Pero no recibió respuesta; tan silencioso quedó todo como antes.

—Quizá debo repetir los versos,—pensó, y murmuró entonces:

Escucha: desde tiempos fabulosos
 Dueño y señor de bosques tan frondosos;
 Tú, que un tesoro que por rico asombra
 Ocultas de los pinos á la sombra;
 Tú, que tan solo muestras tu presencia.....

Al decir estas palabras vió, con gran espanto suyo, una figura extraña, muy pequeña, que asomaba por detrás del corpulento tronco del pino. Hubiera jurado haber visto al *Vidrierito* tal cual le habia sido descrito; la chaquetita, las medias encarnadas, el sombrerito, todo estaba allí; y aún creyó haber percibido el pálido, aunque delicado é inteligente, rostro de que habia oido hablar. Pero ¡ay! tan súbita como fué la aparicion del *Vidrierito*, tan súbita fué su desaparicion!

—¡Señor *Vidriero*!—exclamó Pedro despues de titubear algun tanto,—sed bueno, no me tomeis por un mentecato, señor *Vidriero*; si imaginais que no os he visto, os equivocais de medio á medio, os ví claramente saliendo detrás del árbol.

Nada; no hubo respuesta; pero le pareció que podia distinguir una carcajada ronca y baja detrás del árbol. Por fin la impaciencia pudo más que el miedo, el cual hasta aquel momento le tenia esclavizado.

—Espera un momento, oye, tunantuelo—gritó—vas á caer pronto en mis manos,—y de un salto se lanzó detrás del pino; pero no habia tesoro ninguno entre la maleza, ni otra cosa que una linda ardilla que trepó al árbol.

Pedro Munk movió su cabeza, conociendo que habia evocado el encanto, hasta cierto punto, y que, tal vez, solamente un consonante más le hacia falta para ponerle en disposicion de atraer al *Vidriero*: pensó en esto y en lo otro y en lo de más allá, pero nada pudo descubrir. La ardilla se detuvo en las ramas más bajas del pino, y parecia animarle unas veces y otras hacerle burla. Empezó su limpieza, enroscó su hermosa cola y le miraba con ojos inteligentes, hasta que, al fin, casi llegó nuestro Pedro á asustarse de verse á solas con el animalito. Verdad es que ya la ardilla parecia tener la cabeza de un hombre con tricornio, ya una ardilla comun y corriente, pero con medias encarnadas y zapatos negros en sus patitas traseras. Para concluir, era una criatura cómica, y, no obstante, el carbonero estaba atemorizado, porque no las tenia todas consigo.

Emprendió su retirada Pedro con pasos más precipitados que los que le habian traído. La media luz del bosque parecia debilitarse más y más, los árboles estrecharse los unos con-

tra los otros, y empezó á alarmarse tanto, que al cabo empezó á correr, y no recobró la calma hasta que oyó á lo lejos ladridos de perros y percibió el humo de una cabaña entre los árboles.

Cuando se aproximó y pudo distinguir el vestido de la gente de la cabaña, comprendió que en su ansiedad habia tomado exactamente la direccion contraria y que habia llegado al distrito perteneciente á los balseros en lugar de ir al de los vidrieros. La gente que vivia en esta choza eran leñadores; un anciano, su hijo dueño de la casa, y algunos muchachos ya crecidos.

Recibieron al carbonero Pedro, que pidió hospedaje para la noche, dándoselo sin preguntarle su nombre ni el lugar de residencia. Le dieron sidra y por la noche colocaron sobre la mesa un gran gallo salvaje, plato el más succulento de la Selva Negra.

De sobremesa en la cena la buena mujer de la casa y sus hijas se sentaron con sus ruecas al rededor de la gran llama que los muchachos más pequeños alimentaban con los más escojidos pedazos de resinoso abeto. El abuelo, el huésped y el amo de la casa fumaban y miraban á las mujeres, y los muchachos tallaban cucharas y tenedores de madera.

Rugia la tempestad por fuera en el bosque y aullaba entre los pinos; golpes pesados se oian en distintas direcciones, y á menudo parecia como si árboles enteros cayesen y chocasen con otros. Los bravos chicuelos deseaban escaparse al bosque para presenciar espectáculo tan horriblemente hermoso; pero su abuelo los detenia con graves palabras y miradas.

—Aconsejo que ninguno asome las narices fuera de la puerta en estos momentos—gritó—porque, por Dios, que no regresaria nunca; el Dutch Michael está derribando esta noche en la Selva toda una balsa nueva.

La gente jóven le miró con asombro; ciertamente habian oido antes hablar del Dutch Michael; pero aprovecharon la ocasion para rogar á su abuelo que les narrase algo acerca de él.

Pedro Munk, que habia oido mencionar á Dutch Michael de un modo vago al otro lado del bosque, unió tambien

sus ruegos, y preguntó al viejo quién y qué era Michael.

—Es el señor de este bosque, y deduzco de que á vuestra edad no hayais oido algo de él, ó que vivís en el otro lado del pinar, ó que nunca os habeis apartado mucho de vuestro hogar; pero yo os diré cuanto sé de Dutch Michael y lo que la tradicion dice concerniente al mismo. Hace algunos cientos de años (al menos así lo referia mi abuelo) ni cerca ni léjos habia gente más honrada en el mundo que los habitantes de la Selva Negra. En estos dias, desde que empezó á afluir al país tanto dinero, los hombres se han hecho pícaros y poco honrados. Bailan y cantan los jóvenes en domingo, y juran hasta tal punto, que dá miedo oirles. En otros tiempos eran diferentes en un todo; y aunque el Dutch Michael se asomase á esa ventana en este momento, diria lo que muchas veces he dicho antes de ahora; él tiene la culpa de todos estos males.

«Vivia, hace cien años ó más, un acaudalado dueño de madera que tenia muchos criados; llevaba sus géneros muy abajo en el Rhin y prosperaban sus negocios, porque era piadoso. Una tarde llegó un hombre á su puerta, como no habia visto otro en su vida; su traje semejante al de los jóvenes de la Selva Negra; pero era más alto toda la cabeza que el más alto de ellos, y nadie hubiese creido en la existencia de tan enorme gigante. Pidió trabajo al señor, y el último mirándole y viendo que era fuerte y capaz de llevar pesadas cargas, convino con él en el salario y cerraron el trato. Michael era un jornalero que no tenia igual, en sentir del señor de la madera. Para derribar árboles equivalia á tres hombres, y si se necesitaban seis para el arrastre en un extremo, él solo se bastaba para levantar el otro. Cuando habia estado cortando árboles por el espacio de seis meses, se presentó un dia á su amo y le dijo:

—»Bastante tiempo llevo abatiendo árboles, y me gustaria ver el destino que mi madera tiene; ¿qué os pareceria de dejarme ir ahora á llevarla rio abajo?

»El señor respondió:

—»No os lo estorbaré, Michael, supuesto que quereis salir un poco al mundo; verdad que para derribar árboles me ha-

cen falta hombres de vuestra fuerza, mientras que para el rio se necesita mucha destreza; pero si lo quereis, sea.

»Y así fué; la zátara que él debia conducir tenia ocho divisiones, y la última de estas estaba ocupada con las vigas mayores. ¿Y qué aconteció en la tarde antes de salir? El robusto Michael arrastró á la orilla ocho tozas más anchas y más largas que las hasta entonces vistas, y las llevó sobre sus espaldas como si hubieran sido lanzas, dejando á todos atónitos. Todavía no sabe nadie de dónde las sacó.

»El señor de la madera se reia en el fondo de su alma al verle, calculando cuánto dinero le valdrian las tozas. Pero Michael dijo:

—»Herr, estas son para viajar yo en ellas; yo no podria hacer jornadas encima de esas virutas.

»Su amo fué á darle un par de botas de balsero en señal de agradecimiento; pero las arrojó á un lado y sacó un par sin rival en tiempo alguno: aseguraba mi padre que pesaban cien libras, y median siete pies.

»Arrancó la balsa; y si Michael habia asombrado previamente á los leñadores, llenó ahora de asombro á los balseros; porque en lugar de ir la balsa poco á poco, como debia esperarse de sus enormes piezas, se deslizó avante como una flecha y llegaron inmediatamente al Neckar.

»En los parajes en que el curso del rio daba rápida vuelta y donde los balseros tenian las más veces dificultad en mantener las balsas en el centro de la corriente y en evitar que varasen en la arena, Michael siempre se arrojaba al agua, y con un tiron dirigia la balsa á derecha ó izquierda, de modo que siguiera desliziéndose sin riesgo. Del mismo modo cuando encontraba un paso estrecho corria á la primera ensambladura, afirmaba todas las perchas, introducía sus enormes vigas en la arena, y de un empujon hacia saltar la balsa hácia adelante con tal violencia que parecia que tierra, árboles y casas huian al pasar. Así llegaron á Colonia, donde generalmente se vendia la carga, en la mitad del tiempo acostumbrado. Pero ya aquí, dijo Michael:

—»Sin duda vosotros sois negociantes hábiles y comprendéis vuestros propios intereses; pero, ¿suponeis que estos

hombres de Colonia necesitan toda la madera que viene de la Selva Negra para ellos solos? De ninguna manera; os la compran por la mitad de su valor para venderla á precios altos en Holanda. Vendamos aquí el maderámen chico, vamos á Holanda con el mayor, y todo lo que ganemos sobre lo ordinario será en provecho nuestro.

»Así habló el artero Michael y todos quedaron contentos; algunos quedaron complacidos con la idea de ir á Holanda, otros por razon del dinero. Uno solo fué honrado y trató de disuadirlos de arriesgar la propiedad de su amo y de estafarle, robándole el exceso de precio; pero los demás no le escucharon; pronto olvidaron las palabras del leal; pero Dutch Michael no las olvidó nunca.

»Así, pues, bajaron el Rhin con las maderas, Michael dirigió la zátara y los llevó velozmente á Rotterdam. Allí se les ofreció cuatro veces más por ellas, y especialmente las gigantescas tozas de Michael alcanzaron subidas sumas. Cuando los de la Selva Negra contemplaron tanto dinero junto, no sabian cómo contener el alborozo. Michael lo dividió; una parte para el dueño, las otras tres entre los hombres que le acompañaban. Empezaron estos á asociarse con marineros y todo género de malas compañías en las tabernas y disiparon ó perdieron al juego todo su dinero; mientras tanto Dutch Michael vendió á un sargento reclutador al que les habia amonestado y nada más se volvió á saber de él. Desde entonces Holanda fué un paraiso á los ojos de los de la Selva Negra, y Dutch Michael su rey; por mucho tiempo nada supieron de este tráfico los dueños del maderámen; y el dinero, los juramentos, los malos hábitos, la borrachera y el juego se escurrieron desapercibidos en la Selva desde Holanda.

»Dutch Michael—así lo declara la tradicion—desapareció un dia y no se le pudo encontrar en ninguna parte; y á pesar de esto no ha muerto; su espectro ha aparecido en el bosque en el espacio de cien años, y se dice que ha sido de gran ayuda á muchos para conseguir riquezas á costa de sus almas: yo no sé más; pero lo cierto es que en noches tormentosas como esta, escoge los más hermosos pinos de la parte del bosque en que ningun mortal se atreve á derribar árboles, y mi padre le

ha visto partir un tronco de cuatro pies de grueso como un junco. Regala estos despojos despues á los que se apartan de la senda recta y acuden á él; en las horas de la media noche botan la balsa al agua y á Holanda con ella. Si fuera yo rey y señor de Holanda daria órdenes para ametrallarlos; porque el buque que tiene una sola tabla en su casco comprada á Dutch Michael, tiene la seguridad de sumergirse; por esto se oyen tantos naufragios: ¿cómo, si no, podrian barcos hermosos, grandes como templos, irse á pique en la mar? Pero tantas veces como Dutch Michael en tempestuosa noche derriba un pino de la Selva Negra, otras tantas se desprende un tablon de las cuadernas de algun buque, el agua se precipita por el rumbo abierto, y la nave se pierde con todos sus tripulantes.

» Tal es la leyenda de Dutch Michael, y lo positivo es que no hay mal en la Selva Negra que en aquel no tenga su origen. ¡Ah! sí; puede hacer rico á un hombre—añadió en misterioso tono el anciano;—pero no querria yo tomar de él ni lo más mínimo, ni estar en el pellejo del Gordo Ezequiel ni del Escueto Schlurker por nada del mundo; el Rey del salon de baile tambien se dice que está vendido á Dutch Michael.»

Se habia sosegado la tormenta durante la narracion del viejo, las muchachas encendieron con timidez sus lámparas y se retiraron; los hombres tendieron un saco de hojas en el banco de piedra como almohada para Pedro Munk y le dieron las buenas noches.

El carbonero Pedro Munk nunca tuvo sueños tan inquietos como los de aquella noche. Se figuraba algunas veces que la oscura y gigantesca forma de Dutch Michael se habia abierto repentino paso por la ventana, y con su monstruoso brazo empujaba las monedas de oro que repletaban un saco y que resonaban las unas con las otras, produciendo música agradable y de retintin. Otras veces veia al amable *Vidrierito* á caballo en un inmenso frasco al rededor del cuarto, y pensaba que llegaba á escuchar de nuevo la ahogada risa, como la habia oido en la espesura del bosque. De pronto llegó un murmullo á su oido izquierdo:

En Holanda el oro
 Se logra sin pena:
 Por nada, un tesoro:
 La bolsa se llena
 ¡Con oro! ¡Con oro!

Después en el oído derecho oyó la melodía del guardador del tesoro del pinar, y una dulce voz susurraba:

—¡Estúpido carbonero Pedro, estúpido Pedro Munk que no encuentras el consonante á presencia, á pesar de que naciste á las doce de un domingo! ¡Rima, estúpido Pedro, busca el consonante!

Gimió y suspiró en sueños, se aburrió para encontrar el consonante; pero como no había hecho un verso en toda su vida, el trabajo de su sueño fué en vano. Cuando se despertó al primer albor de la aurora se le presentó su ensueño con viveza extraordinaria, se sentó á la mesa con los brazos cruzados, meditó sobre los cuchicheos que aún parecían murmurar en sus oídos.

—¡Rima, estúpido carbonero Pedro Munk, rima!—se dijo á sí mismo y golpeó con los dedos su frente, pero el consonante sin parecer.

Sentado estaba en esta disposición, mirando fijamente al frente en molesta contemplación, pensando en un consonante para presencia, cuando tres jóvenes del bosque pasaron por delante de la casa, y uno de ellos cantaba:

«Anochea; desde la alta cima
 Tendí mi vista, y en el hondo valle,
 De la mujer que con su amor me anima,
 Cabalgando graciosa, miré el talle.
 Al otro día lúgubre la aurora
 Gritábame con misteriosa ciencia:
 «Te abandonó la que tu pecho adora;
 No volverá á alegrarte su presencia.»

Cayeron las palabras como chispa eléctrica en el oído de Pedro. Se levantó apresuradamente, se arrojó fuera de la casa

(aunque pensaba que no podía haber oído bien), corrió detrás de los tres jóvenes, y agarrando con fuerza y brusquedad por el brazo al cantor:

—Detente, amigo,—le gritó;—¿qué consonante has usado para «presencia?» Ten la amabilidad de repetirme todo lo que has cantado.

—¿Qué te importa, paisano?—replicó el del bosque.—Canto lo que se me antoja, y suéltame el brazo, porque si no.....

—No; es indispensable que me digas lo que cantaste,—exclamó Pedro casi fuera de sí y apretándole aun con más vehemencia.

Viendo esto los otros dos no vacilaron, y á la par cayeron á golpes y puñadas sobre el pobre Pedro, dándole una soberana zurra, hasta que á fuerza de dolor soltó la presa y cayó de rodillas exhausto.

—Buscabas tres pies al gato y tiene cuatro—dijeron riéndose;—y tenlo presente, mentecato, para que no se te ocurra atacar otra vez á gente como nosotros en campo raso.

—¡Ay! bien presente lo tendré—contestó Pedro con un gemido;—pero ya que os habeis despachado á vuestro gusto dándome tantos golpes, tened la bondad de decirme con claridad lo que ese cantaba.

Más se rieron todavía y más se burlaron de él; pero el que cantaba le repitió la letra de la canción, y siguieron después su camino riendo y cantando.

—Luego—dijo el pobre zurrado al tiempo de levantarse con sus algos de dificultad—ciencia es consonante de presencia; ahora, *Vidrierito*, trataremos de echar un párrafo juntos.

Entró en la choza, fué á tomar su sombrero y largo baston, se despidió de la gente de la cabaña y emprendió otra vez su camino á lo más frondoso del pinar. Andaba lentamente y muy meditabundo, porque tenía que recapacitar los versos. Al fin, cuando ya llegaba á las cercanías de la espesura y los pinos se presentaban más gruesos y más altos, ya había formado el verso en su mente, y gozoso se dirigía á la cumbre. Un hombre colosal vestido de balsero, con una percha como palo de navío en su mano, se adelantó de detrás de los pinos.

Pedro Munk casi se hundió en la tierra cuando vió á este hombre volverse hácia él con acompasados pasos, porque pensó que era Dutch Michael y que no podía ser otro. La espantosa figura permanecía silenciosa, y Pedro le miraba de reojo de cuando en cuando con terror. Era, en verdad, la cabeza más alto que el hombre de más estatura que Pedro había visto en su vida entera; su cara no era mayor que la de un jóven, ni era más vieja, aunque cubierta de surcos y arrugas; llevaba una chaqueta de tela, y las enormes botas estiradas sobre los pantalones de cuero eran conocidas para Pedro por la leyenda.

—Pedro Munk, ¿qué estais haciendo en la espesura del bosque?—preguntó el rey de la Selva al fin con profunda y amenazadora voz.

—Buenos dias, compatriota—replicó Pedro, que trató de aparecer completamente á sus anchas, aunque temblaba violentamente;—deseo irme á casa atravesando la espesura.

—Pedro Munk—repuso el otro fijando en él una mirada terrorífica y penetrante,—tu camino no cruza esta frondosidad.

—No; precisamente mi camino directo, no—dijo Pedro;—pero hace tanto calor hoy, que pensé que este camino seria más fresco.

—No digas embustes, carbonero Pedro—exclamó con voz de trueno Dutch Michael—ó te clavo en la tierra con mi baston. ¿Piensas que no te ví importunando al *Vidrierito*?—añadió con voz más dulce.—Bien, bien; aquello fué una superchería estúpida, y fortuna fué que no supieses el encanto. Ese pequeñuelo es un tacaño; nunca da gran cosa, y aquel á quien la da no tiene luego vida alegre. Pedro, tú eres un pobre diablo, y lo siento por tí; tan hermoso, tan lucido, tan jóven, con un porvenir fácil y risueño en el mundo, y estarse quemando carbon por todo placer. Cuando los otros pueden deramar los dineros á manos llenas y á paladas, tú apenas puedes hacer sonar un par de cuartos juntos; ¡miserable vida!

—Es verdad, teneis razon que os sobra; es una vida arrastrada.

—Bueno, no me detendré en esto, continuó el terrible Michael, ya he sacado á más de un buen muchacho de la pobre-

za, y no serias tú el primero. Pero, dime, ¿cuánto necesitarías tú para empezar?

Diciendo esto, hacia sonar dinero en sus gigantescos bolsillos, hasta que su retintin era el mismo que oyó Pedro en los sueños de la noche. Pero el corazón de Pedro se estremecía de miedo y ansiedad con sus palabras; sentía calor y frío, porque no parecía que Dutch Michael fuese á dar su dinero por mera compasion, sin exigir algo en cambio. Las palabras misteriosas del anciano respecto á los que se habian enriquecido se presentaban á su memoria, y presa de un embargo y alarma inexplicables, exclamó:

—Muchas gracias, señor, pero no deseo tener con vos tratos, y ya os conozco—y escapó á correr todo lo que pudo.

Pero el espíritu del bosque con gigantescas zancadas pronto se puso á su lado y profirió en voces huecas, preñadas de amenazas:

—Piénsalo mejor, Pedro, está escrito en tu frente, puede leerse en tus ojos, no te librarás de mí. No corras tanto, escucha solo una palabra, que hemos llegado á los límites míos.

Cuando Pedro oyó esto y vió una zanjita no léjos de él, apretó más su carrera para traspasar la frontera, y obligó, por último, á Michael á correr tambien más y á seguirle con votos y amenazas. El jóven saltó la zanja con desesperacion, porque vió al espíritu de los bosques extender su palo para dejarlo caer pesadamente sobre él; al fin, alcanzó la orilla opuesta en salvo, y el palo se hizo astillas en el aire como si hubiera chocado contra invisible muro, y un gran pedazo cayó al otro lado cerca de Pedro.

Lo recogió en son de triunfo para arrojárselo á Dutch Michael; pero en el mismo momento sintió que la pieza de madera se movia en su mano, y con gran horror suyo, vió que era una inmensa culebra la que estaba empuñando y que ya estaba abriendo la boca hácia él con espumosa lengua y encendida mirada. La soltó, pero ya se habia enroscado con firmeza al rededor de su brazo y estaba empujando la trémula cabeza cada vez más cerca de su cara. De repente un enorme pajarraco descendió, agarró con su pico la cabeza de la culebra y se la llevó para arriba por los aires, mientras que

Dutch Michael, que todo lo habia presenciado desde la zanja, gruñía y rugía y rabiaba al ver la culebra llevada por un sér más fuerte.

Tembloroso y exánime siguió Pedro su camino; la senda se hacia más escabrosa, el país más salvaje y pronto se encontró al lado del pino gigante. Como el dia antes, hizo su reverencia al *Vidrierito* y empezó entonces:

Escucha: desde tiempos fabulosos
 Dueño y señor de bosques tan frondosos:
 Tú, que un tesoro que por rico asombra
 Ocultas de los pinos á la sombra;
 Tú, que tan sólo muestras tu presencia
 A quien nació en domingo y ganó ciencia.

—No has dado por completo con los versos; pero supuesto que eres hijo de un domingo, carbonero Pedro Munk, eso baste—dijo una suave y dulce voz cerca de él. Miró en derredor suyo con asombro, y vió, sentado bajo un hermoso pino, á un viejecito con chaqueta negra y medias encarnadas y el acostumbrado sombrero ancho sobre su cabeza: tenia un aspecto agradable y amistoso, y usaba una barbita fina como telaraña; fumando estaba en pipa de cristal azul de muy extraña apariencia; y al acercarse más Pedro, vió con gran admiracion que la ropa, zapatos y sombrero del hombrecito estaban tambien hechos de cristal de color; pero tan flexible como si todavía estuviese caliente, pues cedia y se plegaba á todos los movimientos.

—¿Te has encontrado á ese ruin Dutch Michael?—dijo el hombrecillo tosiendo de un modo particular entre palabra y palabra;—trató de asustarte, pero yo le quité su baston y ya nunca más se meterá contigo.

—En verdad, señor guardador del tesoro—replicó Pedro haciendo una reverencia hasta el suelo,—me alarmé muchísimo; vos fuisteis entonces sin duda aquel caballero, aquel pajarraco del monte, que mordió y mató á la culebra; os doy las gracias con toda mi alma. Yo he venido á pedir os consejo; las cosas andan de mal modo y poco agradables para mí; un

carbonero no puede progresar por su solo esfuerzo, y como soy jóven, he pensado que podria hacer algo que más me conviniese. Yo veo amenudo otros que han hecho fortuna en poco tiempo, por ejemplo, Ezequiel y el Rey del salon de baile, para el cual es el dinero tan abundante como paja.

—Pedro—dijo el hombre pequeño con mucha gravedad y lanzando el humo de su pipa muy léjos al aire;—Pedro, no me hables de estos hombres. ¿Qué ganan con tener por unos pocos años la apariencia de felicidad, para ser despues mucho más desgraciados? No desprecies tu oficio: tu padre y tu abuelo fueron hombres dignos de estimacion y lo ejercieron. Pedro Munk, no quiero creer que es el amor á la ociosidad lo que te impulsa á acudir á mí.

Asustado estaba Pedro por la seriedad del hombrecillo, y se ruborizó.

—No—dijo,—yo sé, señor guardador del tesoro del bosque, que la ociosidad es la madre de todos los vicios; pero no debeis pensar mal de mí porque cualquiera otra posicion en la vida me parezca más agradable que la mia; la verdad es que un carbonero es apenas estimado en el mundo, y los vidrieros, balseros y relojeros son todos ellos mucho más apreciados.

—El orgullo precede las más veces á la caida—respondió el diminuto señor del bosque en un tono más bien bondadoso.—¡Cuán extraños sois los hombres! Rara vez se encuentra uno completamente satisfecho de la posicion en que ha nacido y se ha educado; y lo cierto es que si tú fueses un fabricante de cristal desearias ser un dueño de madera, y si fueras esto último, seria entonces el nombramiento de guarda-bosque ó la casa del alguacil lo que te convendria: si me prometes trabajar asiduamente, contribuiré á que adelantes algo, Pedro. Mi práctica es conceder el logro de tres deseos á todo nacido en domingo que sepa cómo ha de encontrarme; los dos primeros sin restricciones, y en cuanto al tercero, puedo rehusarlo si resulta indiscreto. Así, puedes expresar tu deseo, Pedro, pero ten en cuenta que sea para algo útil y bueno.

—¡Hurrah! sois un excelente Vidrierito, y con razon se os llama el guardador del tesoro, porque sois el alma de todos los

tesoros. Bueno, si puedo pedir lo que más mi corazón anhe-
la, en primer lugar deseo tener la habilidad de bailar mejor
aun que el Rey del salón de baile y llevar tanto dinero en mis
bolsillos como el Gordo Ezequiel.

—Nécio eres—replicó con ira el hombrecillo—¿qué lasti-
moso deseo es ese de poder bailar bien y tener dinero para
jugar? ¿No te avergüenza, mentecato Pedro, engañarte á tí
mismo de ese modo respecto á tu felicidad? ¿de qué servirá á
tu madre ni á tí mismo que bailes perfectamente? ¿qué pro-
vecho te reportará tu dinero si, según tu deseo, ha de gastar-
se en el figon y quedarse allí como el del Rey del salón de
baile? Nada te quedará para toda la semana, que pasará para
tí con la misma pobreza que antes; otra petición te permito
hacer sin oposición por mi parte, pero ten cuidado de desear
con más discreción esta vez.

Pedro se rascó la oreja, y tras un sí es no es de vacilación
dijo:

—Bueno, pues entonces pido la fábrica de vidrios más her-
mosa y más lujosa de toda la Selva Negra, con dinero y todo
lo necesario para vivir en ella.

—¿Nada más?—preguntó el hombrecillo con ansiedad.—
¿Nada más, Pedro?

—Bien, añadid, si gustais, un caballo y un cochecito.

—¡Oh, necio carbonero Pedro!—exclamó el hombrecillo, y
en su disgusto arrojó su pipa de cristal contra un gran pino,
haciéndola con el choque mil pedazos.—¡Caballos! ¡un co-
checito! Un buen juicio te digo, un buen sentido, sano senti-
do común y prudencia era lo que debías haber pedido y no
carruajes ni caballos. A pesar de todo, no tomes ese aspecto
melancólico; ya veremos el modo de que no sea del todo un
perjuicio para tí, ya que tu segunda petición no ha sido com-
pletamente una necesidad: una buena fábrica de vidrio dá som-
bra á su dueño y amo; pero si hubieras añadido á eso buen
sentido y discreción, el carruaje y los caballos hubieran ve-
nido por sí solos como consecuencia.

—Pero señor guardador del tesoro—replicó Pedro,—toda-
vía me queda una cosa que pedir, así es que puedo desear ahora
buen sentido, si tan necesario ha de ser para mí como juzgais.

—De ninguna manera: en muchos apuros te has de ver en los cuales tendrás gran alegría de haber reservado una petición que hacer; véte á casa. Aquí—dijo el espíritu del pinar—están dos mil florines, y con estos te basta; no vengas á mí otra vez á pedirme dinero; porque si así lo haces, me veré obligado á colgarte del pino más alto, cosa que he hecho siempre desde que vivo en la Selva. El viejo Winkfritz, que tenía aquella gran fábrica de cristal en el bosque inferior, murió hace tres días. Vé allí mañana temprano y haz una oferta aceptable para quedarte con sus negocios. Pórtate bien, sé industrioso, y yo te visitaré de cuando en cuando, te ayudaré y te aconsejaré, puesto que hasta ahora no me has pedido sentido y juicio; pero esto te lo digo muy sériamente, Pedro; tu primer petición fué mala. Precávete de familiarizarte con la taberna; jamás fué bueno eso para nadie al cabo de algun tiempo.

Mientras hablaba así el hombrecito, había sacado otra pipa del más hermoso cristal, la llenó de simiente seca de pinos y la puso en su desdentada boquita. Sacó entonces un inmenso vidrio ustorio, lo movió á los rayos del sol y encendió su pipa. Cuando concluyó esta operación, ofreció su mano á Pedro de manera amistosa, le dió algunas señas muy buenas sobre su camino, fumó y echó sus bocanadas cada vez más frecuentes, y al fin se desvaneció en una nube de humo que—como las del verdadero tabaco holandés—desapareció gradualmente y poco á poco, rizándose en medio de las copas de los pinos.

Cuando Pedro llegó á su casa encontró á su madre con gran ansiedad por él; pues la buena mujer nada ménos se figuraba sino que se habían llevado á su hijo de soldado. El, no obstante, estuvo de muy buen talante, y le refirió como se había topado con un buen amigo en el bosque que le había adelantado algun dinero para establecerse en otra clase de negocios que los de carbonero. Aunque hacia ya treinta años que su madre vivía en la choza de un carbonero y estaba tan acostumbrada al aspecto de los hombres hollinientos como la mujer de un molinero al enharinado rostro de su marido, tenía, sin embargo, bastante orgullo para despreciar su estado primitivo, y tan pronto como Pedro sugirió suerte en que iba á brillar más, dijo:

—Sí, como madre de un propietario de una fábrica de cristales, seré algo diferente de las vecinas Grete y Bete, y desde ahora me sentaré entre los ricos en la iglesia.

Prontó llegó á un convenio su hijo con el heredero de la fábrica, retuvo á los trabajadores que encontró en ella, y empezó á hacer cristal de dia y de noche. Al principio, le agradaba la ocupacion, y solia ir con mucha frecuencia á los talleres; por ellos paseaba con las manos metidas en los bolsillos y con cierto aire de importancia, ya se asomaba aquí, ya allí; ora hablaba á este, ora con aquel, de lo cual los operarios se reian no poco; y su gran placer era ver soplar el cristal. A menudo trabajaba en esto él mismo y hacia las formas más estrañas de la dócil masa. Pero pronto se cansó de esta ocupacion y comenzó á ir á la fábrica solamente una hora cada dia, despues una cada dos, y por último solo una vez á la semana. Sus trabajadores hacian lo que querian. Todo esto provino de sus frecuentes visitas á la taberna. El domingo que siguió á su conferencia del bosque fué allí, y quién habia de estar ya saltando en el salon de baile, sino el rey de él, mientras que el Gordo Ezequiel estaba sentado detrás de su jarra, echando los dados como un príncipe.

Pedro en seguida tanteó en sus bolsillos para convencerse de si *Vidrierito* habia cumplido su palabra; y, mucho que sí; llenos estaban sus bolsillos de oro y plata; y empezaron sus piernas á temblar y á estremecerse como si necesariamente quisiesen saltar y bailar. Cuando se acabó el primer baile, se colocó con su pareja al lado del Rey del salon de baile, y si este daba un salto de tres piés, Pedro saltaba cuatro, y si bailaba con pasos raros y graciosos, Pedro enlazaba y revolvía sus piés de tal modo que todos los espectadores quedaron absortos de delicia y admiracion. Pero cuando se supo en la sala que Pedro habia comprado una fábrica de cristal y cuando se le vió, al pasar bailando junto á los músicos, arrojarles monedas de plata, el asombro no tuvo límites. Opinaban algunos que habia hallado un tesoro en el bosque; suponian otros que habia recibido un legado; pero á la par le respetaban ahora y le consideraban todo un hombre, por la sencilla razon de que tenia dinero. La verdad es, que aquella tarde misma perdió al

juego veinte florines, y el dinero en sus bolsillos resonaba y resonaba como si todavía quedasen dentro cien thalers.

Cuando Pedro vió en qué alto aprecio se le tenia, apenas pudo contener su alegría y orgullo. Arrojó su dinero de todos modos, por todas partes, y lo compartió liberalmente con el pobre, pues sabia por experiencia cuán pesadamente la pobreza habia gravitado antes sobre él. La habilidad del Rey del salon de baile se perdió completamente en la sombra por el arte sobrenatural del nuevo bailarín, y Pedro recibió el sobrenombre de «Emperador del baile.» Los jugadores más atrevidos en aquel domingo no hicieron puestas tan grandes como las suyas, ni perdieron tanto. Y, sin embargo, cuanto más perdía, más ganaba; porque todo sucedia como lo habia pedido al *Vidrierito*. Le habia pedido tener siempre en sus bolsillos tanto dinero como el Gordo Ezequiel y este era justamente el hombre con quien perdía su dinero, de modo que cuando perdía un golpe de veinte ó treinta florines, en el instante que Ezequiel se los embolsaba, tambien aparecia la suma otra vez en sus bolsillos.

Por grados fué bebiendo y jugando hasta llegar á mayor extremo que la gente más ociosa de la Selva Negra, y entonces se le apodó Pedro el jugador, con más frecuencia que Emperador de baile, porque jugaba todos los dias de trabajo con contadas excepciones. De aquí que su fábrica de cristal empezó á arruinarse por grados, y la falta de juicio de Pedro era la causa. Ordenaba que se hiciese todo el cristal posible; pero habia descuidado al comprar la fábrica comprar tambien el secreto de donde podia vender mejor lo fabricado. Al fin, no supo que hacer con tanto vidrio acumulado, y lo realizó de cualquier modo á los buhoneros ambulantes para tener con qué pagar á sus operarios.

Volvia una tarde á su casa de la taberna, y á pesar de la cantidad de vino que habia tomado para sostener su ánimo, pensaba con horror y sentimiento en la ruina de su propiedad, cuando de repente se apercibió que alguien le seguia. Miró alrededor y vió que era el *Vidrierito*. Se arrebató de furia, asumió ademan altivo y juró que el hombrecito tenia la culpa de todas sus desgracias.

—¿Qué hago yo ahora con caballo y coche?—exclamó—¿de qué me sirve fábrica y cristales? Más felizmente viví mientras era solo un carbonero y no tenía cuidados de ningun género; ahora no sé en qué momento se va á presentar el alguacil de embargos á tasar mi propiedad y venderla á martillo á cuenta de mis deudas.

—¿Así andamos? respondió el *Vidrierito*. ¿Conque á mí debe echárseme la culpa de que seas desafortunado? ¿Esa es tu gratitud por mis beneficios? ¿Quién te mandó desear esas cosas tan nécias? Quisiste ser cristalero é ignorabas dónde y cómo vender tu cristalería. ¿No te avisé que tuvieras mucho cuidado con lo que pedias? Lo que te ha hecho falta, Pedro, es sentido comun y discrecion.

—¡Bah! sentido comun y discrecion—dijo el otro,—tan prudente soy como el que más y te lo voy á demostrar, *Vidrierito* mio.

Y diciendo y haciendo agarró con rudeza por el cuello de la ropa al hombrecito, exclamando:

—¿Te he cogido ahora, señor tesorero del bosque de pinos? Ahora voy á manifestarte mi tercer deseo y has de concedérmelo. Aquí, sobre la marcha, deseo doscientos mil thalers y una casa y... ¡oh, desgraciado de mí!—gritó retorciendo y estrujando su mano, porque el hombrecito del bosque se habia convertido en vidrio fundido y abrasado su mano como llama de fuego.

El hombrecillo se hizo invisible desde aquel momento.

E. G.

(*La conclusion en el próximo número.*)

OCTAVE FEUILLET Y SUS NOVELAS.

Si hay algun hombre que pueda ser llamado feliz y que no deba pensar en quejarse del destino, parécenos que es, sin duda, Mr. Octave Feuillet. Las letras le han dado brillante posicion entre sus contemporáneos, y el talento ha bastado para hacer por él todo lo que el génio hubiera hecho por otro. Es académico, y lo fué jóven. Ha sido honrado con los favores de la córte, cuando habia córte en Francia. El Emperador le consideraba como hombre capaz de comprender las bellezas de la *Vida de César*, y le enviaba un ejemplar. La carta en que Feuillet le dió las gracias, probaba que el Emperador no se habia engañado. Buscábalo la Emperatriz para sus *pequeños lunes* casi con tanto interés como á Mr. A. Dumas, y cuando las desgracias de Francia pusieron por un momento la autoridad en manos de una mujer, su *lunista* podia escribirle una carta, que se resumiria bastante bien de este modo: «No temais nada, señora: Octave Feuillet os da su aprobacion.»

Mr. Octave Feuillet ha obtenido favores más preciosos todavía que los de la córte en este siglo de democracia: ha gustado al público. Novelista y autor dramático alternativamente, ha tenido éxitos ruidosos en el teatro y en las librerías. Ha producido dramas que han tenido muchas representaciones y libros que han alcanzado ediciones numerosas. Ha tenido el renombre que dan las obras y la popularidad que da la escena. Pocos dias há los diarios contaban los millares de

ejemplares que en algunos dias se han vendido de su última novela *Un mariage dans le monde*, notables tambien por la habilidad con que el editor les ha dado las proporciones de verdaderos tomos.

I.

A decir verdad, no me parecen de igual valor los éxitos de Mr. Feuillet como autor dramático y como novelista. Tengo una vaga idea de que la posteridad no dará mucha importancia al mérito dramático de Mr. Feuillet. Ha debido casi siempre sus triunfos en el teatro á circunstancias en que el mérito del autor influia escasamente. *Dalila* debió su voga primero á la reaccion contra la tésis de *La dama de las Camelias*; todavía más al admirable talento de la actriz que la creó, y no ménos por cierto á un pañuelo manchado de sangre que hacia ver un jóven músico, enfermo del pecho. Cuando *Dalila* pasó á la comedia francesa no encontró ya esa voga, y el talento de Mlle. Sarah Bernhardt solo pudo proporcionarle un éxito mediano. Lo que habia hecho Mlle. Fargueil por *Dalila*, lo ha hecho por *Julia* Mlle. Favart. Era aquella la buena época de Mlle. Favart, y la violencia dramática de su modo de representar gustaba grandemente á los espectadores. Al volver á representar la obra pocos meses há, esta misma violencia no ha tenido sus acostumbrados efectos. Se han encontrado muchos espectadores que tenian más ganas de reir que de llorar con motivo de esa muerte en escena ocasionada por una emocion moral, á propósito de la frase del marido que dice al amante: *Sabes que te mataré*, ó de esta frase del amante que contesta al marido: *¡Sabes que ella ha muerto!* Todos recuerdan, por último, las representaciones de *La Esfinge*. Se cuenta que Mr. Feuillet no vió sin ira aquellas contorsiones de la agonía, añadidas á su papel por la actriz que se envenenaba. Si es verdad que Mr. Feuillet se incomodó, hizo mal: si no se hubiera ido á buscar en *La Esfinge* las convulsiones y la agonía de Mlle. Croizette, ¿qué habria ido á ver la gente?

Las obras de Mr. Feuillet necesitan un refuerzo que les dan los actores.

II.

Los triunfos de Mr. Feuillet en la novela son de buena ley y pertenecen en verdad al autor. Su principal, y tal vez su mayor mérito, es su estilo. Conoce su lengua, y este elogio no es vulgar para un novelista moderno. Seguramente no carece de faltas este estilo. Se complace en los refinamientos y en las travesuras. Tiene miedo á la palabra más propia, siempre que es algo fuerte. Toda una parte de la lengua francesa, y la mejor en mi humilde opinion, está proscrita del vocabulario de Mr. Feuillet. No ha seguido nunca el consejo de Malherbe, segun el cual debia estudiarse la lengua francesa *au port au foin*. No hay en él nada del galo, y su éxito habria sido muy grande en la época de los *boudoirs* y las *cul-tas (precieuses)*. Pero en su modo algo afectado y muelle de escribir no se le puede disputar una gracia y una elegancia que le pertenecen en realidad. Se lee fácilmente lo que escribe y nos agrada. No le falta ingenio, y encuentra modos nuevos y picantes de decir lo que quiere. Hay en sus frases número que acaricia dulcemente el oido, ritmo suave y musical. Cuando escribe para el teatro y se esfuerza en dar á sus giros fuerza y nérvio, fracasa deplorablemente; se hace tirante y campanudo, cae en la declamacion. Se nota que ahueca la voz para tratar de que resuene. En la novela no tiene tanta necesidad de variar de tono. A no ser que la situacion se haga demasiado fuerte y demasiado dramática por su naturaleza, se ve que el escritor está como quiere: narra con viveza y rapidez, describe agradablemente, hace hablar á sus personajes con felicísimo tono de conversacion. Combina en sus lábios con facilidad las disertaciones morales, las interrupciones, el sentimiento. Sabe hacerles charlar con gracia y decir esas nonadas que constituyen el fondo de las conversaciones usuales. En un amable autor del género templado.

Tiene aún otros méritos. Si no tiene los grandes vuelos de la inteligencia y de la pasión, es en cambio ingenioso y delicado. Tiene análisis de mucha perspicacia y penetración. Se nota que le gusta el detalle, que se complace en él y que lo estudia. No teme sutilizar, buscar la quinta esencia, y, como dice el proverbio, cortar un pelo en cuatro. Hacen falta para esto muy buenos ojos y tijeras muy finas. La observación moral ha dejado por descubrir muy pocas cosas en los doscientos años en que se ha hecho análisis moral en Francia. Mr. Feuillet ha sabido espigar el campo que otros habían segado. Se le deben ciertamente algunas de las observaciones más sutiles que se han hecho en estos tiempos.

Sobresale principalmente en la observación de la naturaleza femenina. La observación de la mujer es la que tiene más tentaciones para los observadores refinados. El hombre vive con urgencia, y su energía, como su papel en la sociedad, llámanle á múltiples y rápidas acciones; tiene apenas la distracción de fijarse en los matices. La mujer vive, sobre todo, para el sentimiento, y las circunstancias sociales que tan frecuentemente la privan de obrar, obléganla á reconcentrarse en sí misma, á volver y revolver sus sentimientos. Afina y refina, y el escritor puede observarla como ella se observa. Mr. Feuillet ha sabido hacer algo mejor que observar á la mujer. Ha dado á sus observaciones vida y movimiento. Ha sabido crear caracteres de mujer que sienten, que obran, que aman y sufren. Hé ahí su verdadera originalidad y su valor real. La *Petite comtesse*, *Julia de Trecoeur*, las tres mujeres tan distintas que figuran en *Monsieur de Comers*, Sibila misma, la insoportable predicadora Sibila, son ciertamente personajes verdaderos que vemos con nuestros ojos, que conocemos, por los cuales podemos interesarnos. No digo que los reconoceríamos en la vida, pues no los encontraremos: ninguno de esos personajes ha existido verdaderamente; ninguno lleva ese carácter de poderosa realidad, que es la firma de los grandes pintores del género humano: en todos mézclase una parte de fantasía y de imaginación romántica á la observación; pero todos toman cierto movimiento interior que los anima y arrastra; van al fin que les señala el autor, llevados

por el impulso de sus pasiones, por la lógica de su temperamento. No se necesita más para que sea un verdadero artista quien ha creado esos caracteres. Poco importa, siendo de esta suerte, que aquí y allá se limite á mostrarnos pálidos fantasmas como los que se agitan en *Un mariage dans le monde*: no le retiraremos por eso una nombradía que ha sabido conquistar.

III.

La desgracia consiste en que Mr. Feuillet no es un artista completo. Yo bien sé que el poeta ha dicho:

Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre.

Sea. De todos modos hace falta, puesto que el vaso es pequeño, llenarlo solamente de licor. Añadiré que es grande inferioridad para un novelista no tener á su disposición más que un vaso demasiado pequeño. La novela es por excelencia un espejo hecho para reflejar la vida humana en su diversidad, y tal vez por eso no hay forma alguna en la literatura más admirable que este género ofrecido hoy á los escritores.

El primer infortunio de Mr. Feuillet es la falta de variedad. Solo una pasión le preocupa. Racine escribió *Phedre* y *Bayazet*; pero hizo también *Britannicus* y *Athalie*. No pertenece Mr. Feuillet á esa raza de grandes artistas que llevan en cierto modo varias almas en ellos mismos. Apenas ha visto otra cosa en el drama de la humanidad que el *duo* del tenor y de la jóven *prima donna*. Esta falta de variedad es mayor todavía en la observacion de los caracteres que en los sentimientos mismos. No busqueis á Mr. Feuillet en sus pinturas del amor, en esa multiplicidad de las espresiones de una sola pasión á que ha logrado llegar Jorge Sand, por ejemplo, *Indiana* y *Valentine*, *Mauprat* y *Le marquis de Villemer*, *Lucrezia Floriani* y *la Daniella*, *Leone Leoni* y *la Mare au diable*, grandes señores y grandes damas, gentes del Norte y del Mediodía, hombres y mujeres de la clase media, artistas, hijos del pueblo, vedlos á todos, á los unos y á los otros amando segun su carácter, su educacion, sus refinamientos

ó sus instintos irreflexivos, cantando la misma eterna cancion con palabras y ritmos diferentes. Nada parecido hay en Mr. Feuillet. Empieza por eliminar de la humanidad la humanidad casi toda. Deja subsistente solo una parte casi infinitesimal. Solo esta le ocupa é interesa; solo esta existe para él, y merece que se miren con interés su suerte y sus pensamientos. Lo hace así por conviccion y por desden á todo lo demás; lo hace tambien por impotencia, pues ese resto que siente más viva, brutal y francamente, se escapa á su talento indagador, sutil, y fuerza es añadirlo, afectado. Teme todo lo que es firme y resuelto. Sus amigos aseguran que solo se presta á viajar en posta, y que no puede soportar los ferrocarriles. Dicen que solo puede trabajar en un gabinete en que la luz llegue por el tamiz de persianas y cortinas, en una semi-oscuridad coloreada, embalsamada por algun ligero perfume. El aire y el dia plenos ofenden y hieren sus delicados nérvios.

La tragedia clásica sólo se ocupaba en los infortunios régios. Ya no hay reyes ni reinas en nuestro siglo de democracia; pero otros reyes y otras reinas los han reemplazado. La literatura de Mr. Feuillet es esencialmente de *clases directoras* (*classes dirigeantes*). Clases directoras es decir demasiado. Sólo existe para Mr. Feuillet la flor y nata de las clases que dirigen. No quiere contar entre sus clientes más que condes, marqueses y duques. ¿Habeis vivido, habeis amado, habeis sufrido? ¿nacisteis con un título, sois recibido en el faubourg Saint Germain? Si no lo sois, seguid vuestro camino, que Mr. Feuillet sólo es médico moral del gran mundo. ¿Teneis ochenta mil libras de renta al ménos y con eso un blason acuartelado en las portezuelas de vuestro coche? Entonces es distinto; tomaos la molestia de sentaros; Mr. Feuillet consiente en prestaros sus cuidados. Si encontráis en un libro de Mr. Feuillet un jóven bello, elegante, distinguido, obligado á hacerse intendente ó secretario para vivir, un jóven capaz de hacerle perder la cabeza á una noble doncella, tranquilizaos, ese jóven excelente no es un hijo de la clase media, es conde, cuando ménos, y antes de terminar el libro, se volverá á encontrar millonario, pues un gran nombre no sienta

bien sin mucho dinero. Fuera de estos personajes no sale Mr. Feuillet de la pura convencion: ora es el cura un poco rudo, pero lleno de caritativos sentimientos, ora el aya orgullosa y torpe, ó el aldeano lleno de celos y envidia, ó el criado fiel y lleno de abnegacion para con sus amos. Mr. Feuillet ha visto la humanidad desprovista de blasones y coronas al través de los tipos vagos creados anteriormente por una literatura que ya no es de moda.

IV.

Pues bien, sea: Mr. Feuillet solo conoce y pinta una parte demasiado pequeña de la humanidad: no consiente en poner en escena más que príncipes y duquesas, condesas y barones. Si tal es su gusto, tiene despues de todo el derecho de hacerlo. ¿Conoce bien al ménos ese rincon de la sociedad, sobre el cual ha concentrado sus observaciones? ¡Ah! no, no lo conoce tan bien, y esto, á decir verdad, es lo que más le censuro.

Es lícito no pintar más que el amor, y el amor en cierta esfera social; pero, como dice el proverbio, en amor es preciso ser dos á lo ménos, y uno de los dos es siempre deplorablemente desconocido por Mr. Octave Feuillet, siendo, sin embargo, aquel que hubiera debido, al parecer, serle más fácil de explicar, el hombre. Los hombres de Mr. Feuillet son maniqués siempre irreprochablemente vestidos y con los guantes puestos. No andan, no viven. Solo están allí para replicar á las mujeres ó permitirles que se entreguen á la passion que las domina. En materia de amantes, Mr. Feuillet se ha quedado en el tipo tenebroso de la generacion de 1830. Le educaron los románticos, y no los mejores por cierto. Son sus héroes Ellevious, *la bouche en cœur comme legilet*, sombríos y pálidos, con algo de fascinador y de fatal en la mirada. Mirad alrededor y tratad de encontrar á alguien que se parezca á los hombres de Mr. Feuillet; un jóven bueno como el de *Un jeune homme pauore*; un diplomático con licencia ilimitada como Mr. de Rias del *Mariage dans le monde*, que escribe una

historia de la diplomacia, yéndose á pasar seis meses en Inglaterra para dar á una amiga y á un tercero el tiempo de rehacer la educacion de su esposa; un Mr. de Lucan de *Julia de Freccœur*; un Raoul de Chalays enamorado de Mlle. Sibila, *esprit fort* é incrédulo solo lo bastante para dar á esa pécora sermoneadora la ocasion de convertirle, como ha convertido ya á su aya, retrotraido á su cura al Evangelio y restablecido la armonía en casa de su abuela.

Solo una vez ha tratado sériamente Mr. Feuillet de pintar á un hombre. Hizo ese dia su mejor obra, *Monsieur de Camors*. Y sin embargo, no se debe mirar muy de cerca al mismo Mr. de Camors. Se nombraria entonces en voz alta el modelo de que se ha servido el autor, y ciertamente no lo hubo nunca más admirable, bajo el punto de vista del arte por supuesto. ¡Pero cuán pálida é imperfecta es la copia si la comparamos con el original! ¡Cómo hubiera pedido á quien trató de volverlo á trazar mano más firme y más brillante colorido ese personaje, digno de vivir en los tiempos del Renacimiento en toda su energía y toda su depravacion! Poned en paralelo la obra de Mr. Octave Feuillet y ese pálido jóven de flaco rostro, de tez ajada, esa fisonomía siniestra en que solo ha quedado la energía que podeis ver en Roma, en la galería Borghese y que ha salido del pincel de Rafael: hágase el paralelo y júzguese. ¡Qué! ese malvado, corrompido desde su juventud por el ejemplo de la vida paternal; ese hombre que sin amor seduce desde el comienzo del libro á la mujer de su más fiel amigo; ese hombre que marcha en seguida por la vida sin preocupaciones ni escrúpulos, en quien solo han quedado dos cosas: el vigor de la inteligencia y la fuerza de la voluntad; ese sér capaz de todo, que no se detiene ante nada, que tiene tanta aptitud para los asuntos económicos como para la política, hecho para intrigar, conspirar, dominar, satisfacer todas las necesidades y salir triunfante en todos los golpes de mano, lo veremos en el desenlace morir de dolor! ¿Y por qué? ¡porque su mujer, un pequeño sér dulce y pensativo, que él no amó nunca y que está engañando, le ha creído capaz de pensar en envenenarla para casarse despues con su querida! ¡Qué falta de lógica en el carácter, qué fin tan

lastimoso para un ave de rapiña como esa! En verdad, ni el César Borgia del siglo XVI, ni el del nuestro han muerto de semejante enfermedad moral, ni eran capaces de morir así. Estaban exentos de eso que hubieran llamado preocupaciones.

En *Monsieur de Camors*, á decir verdad, el principal personaje no es el mismo Mr. de Camors: el mérito como el interés del libro consiste en esos tres caracteres de mujer que el novelista ha sabido colocar alrededor de él, amándole las tres con amor tan distinto y cada una segun su génio. Traido y llevado sin cesar entre ellas, no sirve, por decirlo así, para otra cosa que para dar á cada una ocasiones de manifestarse, y confieso que las tres, en su poderoso contraste, están maravillosamente trazadas. No las olvida aquel que las ha visto una vez. Mr. Feuillet se parece á ciertos artistas: es exclusivamente un pintor de mujeres. Y aún hace falta que esas mujeres ofrezcan un conjunto de rasgos particulares para que Mr. Feuillet sepa pintarlas. Solo ha sabido apoderarse de cierto número de tipos, y para contarlos no se necesitan por cierto todos los dedos de una mano. No hay hombre de ménos variedad en sus personajes que Mr. Octave Feuillet. Puede cambiar sus nombres de pila y sus apellidos; puede añadir ó quitar un florón á sus nobles coronas: aquí se detienen las diferencias. A cada momento, leyendo una nueva novela suya, nos dirigimos respetuosamente á la heroína y le decimos: «La conozco á Vd., señora; la he visto á Vd. aquí y allí, y vea Vd. cómo la llamábamos entonces. Tengo á mucho honor, por lo demás, señora marquesa, que me presenten nuevamente á Vd.» Hasta cuatro tipos femeninos de esos tiene Mr. Feuillet á su disposicion. La primera es la heroína sentimental, destino que así pára en bien como en mal, apasionada y nerviosa, nerviosa sobre todo, capaz de todas las violencias y de todos los arrebatos; se llama la *Petite Comtesse*, se llama *Dalila*, se llama *Julia de Treceœur*, se llama *Mad. de Campvallon*, se llama *Sibila*. La segunda es la mujer del hogar, tímida y dulce, resignada y dócil, sensible y pasiva: es *Mad. de Camors*, *Mad. de Rias*, *Marta*, *Dalila*, *Mad. de Lucan*, es la criatura ingénua nacida, como dicen en los teatros, para hacer el papel de víctima. La tercera es la mujer

prudente y fuerte, que tiene la juventud de la hermana y la ternura de la madre; es amiga de la mujer y del marido; es la que explica toda mala inteligencia, concierta los matrimonios, da lecciones de moral, aconseja á todo el mundo, saca de dificultades á la novela cuando se embrolla. Esta es la más útil en las obras de Mr. Feuillet, y añadiré si se quiere que es de una utilidad encantadora. Es *Mad. de Télec* en *Monsieur de Camors*, es *Mad. de Lauris* en *Un mariage dans le monde*. Falta hace á la verdad un cuarto personaje para llevar lo cómico á la compañía y alguna jovialidad á la obra: por eso hé aquí la madre, la abuela en caso necesario, á no ser que se satisfaga con ser la tia: este personaje es esencialmente bueno y algo ridículo, tiene todas las habladurías y todas las preocupaciones. Entra por todas partes como un salton, se agita, morigera á los yernos, riñe á los jóvenes, alegra al público. Tiene trages extravagantes, y es habladora sempiterna. Es la mujer de sociedad que emplea su vida, desde que cumplió los cuarenta años en hacer y recibir visitas. Se ha llamado la baronesa y la condesa en toda clase de comedias y *proverbios*: se ha llamado *Mme. de Pers* en *Julia de Treceœur*, ahora se llama *Mme. de Fitz-Gerald*. Esperemos su próxima encarnacion. Ha prestado tantos servicios al autor y la conoce tanto, que no renunciará mucho tiempo á proporcionarse sus servicios.

V.

Yo perdonaria de muy buen grado á Mr. Octave Feuillet la poca diversidad de sus personajes si al ménos encontrara siempre la verdad moral. Depende de la naturaleza y no de la voluntad del artista poder renovarse constantemente, é ir descubriendo siempre paises nuevos. Desgraciadamente, en Mr. Feuillet la verdad falta aún más que la variedad. Lo convencional ocupa en él un lugar enorme. Raramente se atreve á llegar al término de una situacion ó de un carácter. El mismo amor al crepúsculo, la misma antipatía que se nota en su estilo hácia todo lo que es franco y preciso existe en su

espíritu. Le sucede á veces que se arroja al agua para que no se le considere tímido, para impresionar vivamente los espíritus y producir en la escena uno de esos golpes decisivos, sin los cuales no hay éxito. En estos casos traspasa ordinariamente el fin, viene á ser exagerado, violento. Más á menudo aún se para en el camino. Lleva á un personaje al borde del abismo; luego, de un golpe, le trae otra vez á la llanura por un sendero cubierto de flores. No diré que Mr. Feuillet hace trampas con sus personajes; pero al ménos los escamotea. Mr. Sarcey lo decia muy galanamente el otro dia en una conferencia en el *boulevard* de los Capuchinos: el autor tiene entre las manos los hilos de la historia; los mezcla como quiere, y no sucede desgracia alguna á sus heroínas sin que él lo consienta; pero si él no los tuviera así, ¡cuán cierto es que la historia acabaria comunmente de muy distinta manera!

Esto es lo que yo censuro sobre todo á Mr. Feuillet. Yo bien sé que el artista que sigue la verdad hasta lo último, que hace salir de una situacion todo lo que comporta la lógica de las pasiones, se expone á ofender á más de un lector, y sobre todo á más de una lectora. La vida tiene realidades terribles, y los engranajes sociales no dejan escapar á quien tiene la desgracia de caer en ellos. Yo bien sé que muchos apartan la vista y meten la cabeza debajo del ala para no ver las consecuencias extremas y necesarias de los vicios ó de las faltas. Yo bien sé que el éxito, entre los que componen el mayor número en el público, está reservado á menudo para aquellos que saben contar con estas repugnancias respecto de la verdad verdadera (*verité vraie*) y que á la mayoría de los hombres les gusta, en arte como en religion, lo que llamaba Lafontaine *chemins de velours*. Pero estos son caminos en que no deben poner el pié los que aspiran al renombre de artistas verdaderos.

Puede agradar á ciertas mujeres de sociedad que se les haga ver cómo pueden dejar de querer á sus maridos, encarregar la direccion de su conciencia á un amigo, que se contentará con los derechos de la amistad, y que será el primero, en caso necesario, que les impida sucumbir á sus arrebatos. Puede gus-

tarles que se les muestre cómo se puede dar á las doce, en hermosa noche de luna, una cita en un claro del bosque, y volver al hogar tan pura como se llegó. Puede agradar á todos, hombres y mujeres, que se les engolosine con los atractivos de la fruta prohibida, y que se les haga ver cómo se juega con fuego sin quemarse los dedos; pero la verdad es que el fuego es fuego, y que se quema los dedos todo aquel que lo toca. Me gustaria más, lo confieso, que Mr. Feuillet, hombre tan conocedor del arte de pararse á tiempo, lo hubiera practicado ménos, y que hubiera dado á sus libros lo que no tienen casi nunca, el verdadero desenlace que contenian virtualmente. Confieso que muchas de sus narraciones serian entonces ménos edificantes; serian tal vez igualmente morales en el fondo; serian, en todo caso, más verdaderas, y saldria más satisfecho el lector sério que conoce la vida.

VI.

Lo que falta en realidad al inmenso talento de Mr. Feuillet, es la fuerza, y con la fuerza todas las cualidades que proceden de ella: la lógica, la sencillez, la franqueza. Lo que le falta en realidad es carácter. Es ingenioso, delicado, oportuno; pero le falta la verdadera originalidad. Nació imitador, é imitará hasta el fin. Comenzó imitando á Musset. Ganó en esta imitacion el sobrenombre bastante raro é inconveniente de *Musset de las familias*. Empezó haciendo, como Musset, novelas y proverbios. Es verdad que era más fácil tomar á Musset el cuadro algo ficticio de sus sainetes que apoderarse del génio que habia desplegado. Mr. Feuillet no ha sabido tomar á Alfredo de Musset ni su lenguaje nervioso y lleno de colorido, ni los rasgos de pasion que estallaban á menudo como el rayo. Si ha podido imitar poco más ó ménos, aunque suavizándola, la charla mundanal de *Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée*, no ha podido penetrar nunca en ese jardin de las Hespérides en que el poeta cogia frutas de oro como *On ne badine pas avec l'amour* ó algunas escenas de *Un caprice*.

Es tan grande la fuerza de la costumbre, y gusta tanto á la humanidad que se le repitan las fórmulas hechas cuando ya se han encontrado, que todavía se oye, á propósito de cada obra nueva de Mr. Feuillet, repetir á algunos críticos ese nombre de *Musset de las familias*. Hace ya más de veinticinco años que Mr. Feuillet ha dejado de imitar á Musset y que ha entrado en otra escuela. Allá por 1850 otro astro se levantó en el horizonte literario. La *Dama de las Camelias* venia de sacar á plaza el nombre de Alejandro Dumas, hijo, brillando al lado del nombre de Dumas, padre. El ardor de la multitud se puso enteramente al lado de este talento tan poderoso, tan original, tan diferente de lo que se habia visto hasta entonces. Mr. Dumas, hijo, tomando el drama en la vida contemporánea, daba como pasto á la muchedumbre ávida, las pasiones, los sentimientos, las sensaciones de la generacion contemporánea. Despues de este primer éxito siguió triunfante su carrera sin cansarse, dando sobre cada golpe uno nuevo. Ora defendiese á la mujer caida, ora se encarnizase contra ella, era siempre la mujer, en lo más íntimo de su vida moral y física, lo que mostraba en escena como en una mesa de diseccion. Allí estaban el éxito, el favor del público, la curiosidad, el arretrato. Mr. Feuillet siguió á Dumas, hijo, como habia seguido antes á Musset. En provecho de tesis á menudo contrarias, trató de asimilarse sus métodos, su arte, sus procedimientos. Tambien él se puso á analizar las sensaciones, á registrar las gavetas, á buscar hasta en las alcobas. Imitó hasta los artificios del género. *Julie* vino despues de *Le suplice d'une femme*, como *Dalila* habia venido despues de *La Dame aux Camelias*. Mr. Dumas era temerario, brutal, á la manera de los fuertes. Mr. Feuillet fué discreto, delicado, insinuante. A Mr. Dumas le gustaba asustar al lector. Mr. Feuillet se aplicó á evitar hasta la sombra que produce estremecimientos. Mr. Dumas llevaba á sus últimas conclusiones la lógica de una pasion. Mr. Feuillet se aplicó, por el contrario, á evitar toda conclusion extrema; Mr. Dumas escribia para el *boulevard* y hablaba de buen grado la lengua del *demi-monde*. Mr. Feuillet no se ha permitido nunca una sola palabra que no pudiese oír una jóven ingénua educada en un

convento. A pesar de estas desemejanzas y de otras que no hemos dicho, las analogías son grandes entre Mr. Dumas y Mr. Feuillet. Como Mr. Dumas, Mr. Feuillet ha fijado principalmente su análisis en esas fibras íntimas y ocultas en que á las miradas de nuestros padres no les gustaba descender. Ha pintado sobre todo, como él, el histerismo nervioso, la pasión enfermiza y refinada. Ha traducido en un lenguaje académico, *idealizándolas* y privándolas de su color primitivo, muchas observaciones atrevidas que Mr. Dumas había expresado en lenguaje familiar. Ha debido precisamente á estas traducciones más de un buen éxito y no poca parte de su reputación. Mucho me temo que sin el trabajo de Dumas, hijo, ni *Monsieur de Camors* habría existido, ni *Julia de Trecoeur*, ni aun ese recién llegado, *Un mariage dans le monde*, á pesar de ser tan inferior á sus antecesoras. Si se quisiera dar un apodo á Mr. Feuillet sería preciso no volver á llamarle el *Musset de las familias*, sino más bien el *Dumas, hijo, del faubourg Saint Germain*.

VII.

El éxito de Mr. Feuillet ha sido grande, y lo ha sido sobre todo entre las mujeres. La mayor parte de los hombres lo discuten, y hay quien no puede sufrirlo. No es inútil buscar el motivo de que guste á las mujeres. Es un medio de ahondar más en el estudio de su talento.

Se puede decir que el éxito de Mr. Feuillet es debido á sus cualidades tanto como á sus defectos. Gusta á las mujeres por su natural elegancia: no les gusta ménos por su repugnancia á los fallos absolutos, por su afición á estar á media luz y en la verdad á medias. Les gusta porque ha tratado sobre todo de ellas, y siempre son agradecidas para con los novelistas y poetas que les hablan de ellas mismas. Les gusta porque apenas ha observado otra cosa en la vida que lo que les interesa: la pasión, el sentimiento, el amor. Les gusta porque en vez de señalar con dedo seguro y severo las consecuencias de la pasión, solo les muestra sus debilidades para

condolerse y compadecerlas. ¡Les gusta tanto que las compadezcan, sobre todo cuando no encontrándose irreprochables en el fondo están á punto de acusarse ellas mismas en voz baja! La mano del novelista, cuando el novelista es Mr. Octave Feuillet, no es la del médico que trata de curar, es la del amigo que aconseja y acaricia. Les gusta el ensueño vago, peligroso, medio místico y medio sensual, y esta *reverie* es la que el novelista de quien tratamos les ofrece.

Mr. Feuillet gusta á las mujeres porque participa de su manera de ver las cosas y de sus preocupaciones. Les gusta la sociedad rica, feliz, brillante, titulada, y Mr. Feuillet les habla solamente de lo que en ella pasa. Tiene el mismo horror que ellas á las gentes de poco más ó ménos, á esas mujeres que tienen á su cargo una casa, que sacan cuentas, que educan niños, á esos pobres diablos que pasan el día trabajando y que se ganan la vida. Entre los personajes de Mr. Feuillet solo hay ociosos. Mr. Sarcey hacia muy juiciosamente esta observacion el otro día. Todo lo que carece de gracia, lo que es torpe, cohibido, ridículo, segun las opiniones de esa sociedad, aunque esté lleno de las mejores cualidades, es solo para él objeto de desden y de lástima. Leyendo á este escritor, poniéndose por una hora en el lugar de la heroína, se logra ser por una hora al ménos noble y título; se logra ser buscado por los caballeros más encantadores, y se abren para uno las puertas de los más aristocráticos salones.

Con Mr. Feuillet nada de esas teorías nuevas, subversivas de la sociedad actual. Ha tomado sus ideas en casa de los buenos proveedores. Solo piensa y dice lo que piensan y dicen las personas *comme il faut*. Tiene un santo horror á la democracia; las gentes de *las nuevas capas sociales* le parece que se visten mal y que no están bien educadas. No tiene nada de republicano, y una buena monarquía es el único régimen que le satisface. Se resigna muy bien á soportar el imperio; se contentaria con un régimen orleanista; pero en el fondo lo que le gustaria más es la verdadera monarquía, la de la rama legítima, aquella en que los condes, los marqueses y los príncipes están en su lugar, tienen los honores y dan el tono.

Mr. Feuillet no tiene solamente las sanas doctrinas políticas; tiene también las sanas ideas religiosas. No es él uno de esos hombres que se complacen en atacar la fé y en socavar las creencias. No lleva nunca una mano temeraria al arca santa. Es, por el contrario, uno de los devotos de este arca santa. No se limita á respetarla: marcha entonando cánticos delante. Todos sus hombres no son verdaderos creyentes: no se puede esperar tanto ¡ay! en el siglo en que vivimos; pero ninguno de ellos deja de descubrirse ante la religion. Son pecadores amables, ligeros, de ingenio: es bueno que los caballeros sean así en su juventud; pero no temais, cuando el diablo llegue á viejo se hará ermitaño. Los que no hagan su conversion antes de morir la harán entonces: ninguno de ellos infligirá al mundo el escándalo y á su familia la humillacion de un *entierro civil*. En estos tiempos de literatura impía y *atea*, los libros de Mr. Feuillet casi son libros edificantes. Es preciso ver cómo fulmina anatemas contra el ateísmo, contra la impiedad cada vez que los encuentra en su camino. Se pueden leer esos libros antes de ir á la capilla ó al volver: casi se les puede llevar como libros de horas. Es un padre de la Iglesia de los salones.

Y esta religion tiene á su favor que no es áspera ni severa. Ni siquiera tiene autoridad. Con Mr. Feuillet se está muy lejos de ese *Cristo de brazos estrechos* que predicaba Port Royal. Nada de rudas y duras lecciones; nada de siniestras advertencias; nada de amenazas. Su devocion es amable, completamente mundanal y de buen tono. Es bien nacida, como todo en él. ¡Comprende tan bien, que á pesar de todo no puede una encerrarse en un cláustro cuando es jóven y bella, ó vivir en el mundo como en dura reclusion! Enseña á ganar el cielo viviendo en tanto agradablemente la vida de fiestas en la tierra. Ha puesto tapices para los pies en lo que llamaba Bossuet el áspero sendero del Paraiso.

Este doctor no prohíbe la coquetería. ¿Prohíbe siquiera la galantería? Cierta galantería, sí, á no dudarlo: y ¿cómo podría dejar de prohibirla? Pero hay para él una especie de galantería lícita y aun legítima. Es la galantería honrada, la que obra con motivo recto. La mujer no tendrá amantes, pe-

ro tendrá buenos amigos que la ayuden á corregirse á sí misma, volviendo á conquistar el corazon de su marido. La mujer dejará que le hagan la córte, y tendrá gusto en ello; pero lo hará por recobrar para sí y para el deber mediante los celos al marido veleidoso que la desdeña por criaturas que no pueden compararse con ella. Así se tiene el atractivo de la tentacion, sin el remordimiento que sigue á la falta, y el mérito de una buena accion por donde ménos se esperaba. No se muerde la manzana, pero se la pellizca, y á condicion de que no se llegue á las pepitas, la moral se salva, y Dios no se disgusta.

VIII.

Mujeres hay, aun siendo honradas ó creyendo serlo y no habiendo de hecho cometido ninguna falta material é irremediable, que han saboreado este encanto de las novelas de Mr. Feuillet, y que si quisieran ser francas consigo mismas, se confesarían que ha procedido de ahí el mayor atractivo que les han encontrado. Mr. Feuillet es á la verdad el novelista de unos tiempos en que los jesuitas son los grandes doctores de la teología católica. Y por esto, preciso es al fin que lo confiese, es por lo que ménos me gusta. El histerismo místico de Sibila me parece una de las formas más peligrosas de la devocion, y temeria mucho, si fuera confesor, por la suerte de una penitente demasiado nutrida de semejantes lecturas. La moral y la religion son cosas sérias que se deben enseñar seriamente, sin mezclarlas con cintas y polvos de arroz. Hay siempre en las novelas de Mr. Octave Feuillet un incensario que está humeando al lado de un pebetero. Estos olores combinados del tocador y de la capilla de la Vírgen están hechos para subirse á la cabeza. No fieis de las apariencias y mirad al fondo: la serpiente está siempre debajo de la yerba. Cuando veo, como en *Le cheveu blanc*, un marido que está de buena suerte con su mujer y preparado para oir sonar él mismo la *hora del pastor*, no puede dejar de ocurrirme que es más feliz que prudente. La dignidad conyugal no

pierde poco en esos refinamientos, y un marido, con permiso de Mr. Feuillet, no debe buscar en su mujer la picante salsa de una querida ni llevarle la de un amante. Me parece que Mme. de Sévigné, esa mujer honrada de tan recto y franco sentido, hubiera apreciado muy medianamente la literatura de esa especie. Pero en los tiempos que corren la moral y la religion se han hecho muy distintas en cierta sociedad de lo que eran en la época de Mme. de Sévigné.

No faltan hoy mujeres educadas en la atmósfera del convento, ociosas, aburridas, enfermas del espíritu, que van en pos de ensueños muy ardientes y de poesía malsana. Una devoción peligrosa, que ha venido de España, despierta en ellas todas las enervaciones del alma y lleva á las veces la perturbación hasta los sentidos. Tienen curiosidades imprudentes; quieren arriesgar al ménos un ojo en el infierno sin caer en las garras del diablo. Nutren silenciosamente deseos cuya satisfacción no hallarán en el Paraiso. Ellas son las que ha visto el novelista, las que ha pintado, y en esto consiste, tal vez, su mérito mayor como artista; pero este artista tenia al mismo tiempo la pretension de ser un autor moral, y pintándolas, no ha hecho nada por darles saludables avisos. Las empuja hácia el lado á que se inclinan. Las hace creer que pueden seguir impunemente por el camino en que están. Cuando cierran uno de esos libros, están preparadas para contestar á las personas importunas que piensan en reprenderlas: «ya veis que ese camino no lleva al abismo,» se lo dicen ellas mismas y siguen en línea recta hácia el abismo. En la vida no encontrarán esos loqueros que han visto en la novela; y cuando en la vida el *Cheveu blanc* se representa entre una chimenea y una mampara, se puede apostar todo lo que se quiera á que no es el caballero quien disputa con la dama. Las desgraciadas que habian creído ser dueñas de pararse á tiempo en la fatal pendiente, no le escribirán al autor al dia siguiente para decirle:

Galeotto fu il libro e chi lo scrisse.

Más de una lo habrá pensado quizás en la amarga deses-

peracion de la caida, y más aún, en el agudo dolor del abandono.

Dia vendrá, debemos suponerlo, en que la educacion de las mujeres, habiendo llegado á ser más sana y más viril, les hará contemplar la vida con mirada más séria. Es lícito pensar que ese dia Mr. Feuillet encontrará ménos lectoras, ó á lo ménos lectoras más severas y ménos entusiastas. Las mujeres verán mejor ese dia todas las debilidades, todo el convencionalismo, todo el peligroso misticismo que hay en las novelas de Mr. Feuillet; pero aún entonces muchas cosas le serán perdonadas por haber escrito la *Petite comtesse*, *Monsieur de Camors* y *Julie de Trecoeur*.

CHARLES BIGOT.

(*Revue politique et littéraire.*)

¡QUÉ RISA!

Cuando mueren las bellas ilusiones
 Y el corazon se seca;
 Cuando la fé de los primeros años
 Se trueca en duda que la mente hiela;
 Cuando del negro hastío la amargura
 Devora la existencia,
 Tal vez asoma al labio la sonrisa
 De intenso goce cual si fuera muestra.
 ¡Y el mundo tiene envidia del que rie,
 Cual si envidiable fuera
 La máscara risueña con que ocultan
 Su hastío y su dolor las almas muertas!

M. DE LA REVILLA.

BASES FÍSICAS Y FISIOLÓGICAS

DE LA ARMONÍA.

Al analizar los grandes progresos de las ciencias físicas se presentan dificultades, que no ocurren al que se ocupa en cuestiones políticas, sociales y aun metafísicas, cuyas bases de discusión son generalmente conocidas de aquellos para quienes escribe, que son siempre personas ilustradas. Lo más común es que el conocimiento de los hechos fundamentales necesarios para apreciar profundamente los nuevos y grandes descubrimientos científicos, ó el de los principios importantes, sea, aun entre los más instruidos, insuficiente ó completamente nulo, en lo que se refiere á una cuestión particular, mientras que el interés excitado por una gran adquisición científica ó progreso es muy vivo. Por esta razón la mayor parte de los escritores que se dedican á los asuntos científicos han tenido que adoptar un sistema, que pudiéramos llamar histórico, andando paso á paso, desde lo conocido en las épocas más remotas hasta los últimos descubrimientos: y sin duda se debe á este método, que requiere una atención siempre fija por parte del lector, la proverbial aridez de la literatura científica; pero, afortunadamente, el reciente desarrollo de la teoría física de la armonía se apoya tan inmediatamente en sensaciones primarias y en algunos pocos hechos elementales de acústica, que una rápida ojeada á estos últimos basta para comprender cuánto se ha conseguido por la combinación científica de es-

tos con principios bien conocidos de fisiología y con las notas musicales.

Los fenómenos del sonido comprendidos en la ciencia acústica se clasifican esencialmente juntos bajo el mismo nombre, porque llegan á nuestra percepcion por medio de un mismo órgano de la sensibilidad, el oido. La primitiva acepcion de la palabra *sonido* puede ser definida por consecuencia, como toda accion externa capaz de excitar en nosotros la sensacion auditiva. Al examinar las acciones que percibimos como sonidos, con respecto á su naturaleza física, se encuentra que todas ellas consisten esencialmente en *movimiento*. En muchos casos se puede percibir esto con facilidad al tacto; así, por ejemplo, cuando el sonido proviene de un piano, violin, etcétera, se siente una conmocion trémula ó vibratoria en algunas partes de los cuerpos productores del sonido. Estas vibraciones no son accidentales; si las detenemos por algun medio mecánico, cesa el sonido; si se apoyan los dedos en las cuerdas vibrantes del piano, ó del violin, ó en las púas del diapason, el sonido inmediatamente se interrumpe.

Para que se oiga un cuerpo sonoro, no es suficiente que ejecute movimientos apropiados; es necesario que estos movimientos se trasmitan al oido por la vibracion de una materia intermedia. En la mayor parte de los casos, los movimientos de los cuerpos sonoros se propagan por medio del aire; otras veces, pero con ménos frecuencia, por medio de cuerpos sólidos ó líquidos. La trasmision de las vibraciones que constituyen el sonido, debe ser claramente distinta del movimiento progresivo propio del aire, producido por otras varias causas, de la misma manera que la progresion de una ola en la superficie del agua es cosa distinta de la corriente del agua en una direccion cualquiera. Un pequeño cuerpo flotante en la superficie de las olas se eleva y vuelve á bajar, pero sin que tome por el efecto de estas una direccion determinada. Experimentos hechos con prolijo cuidado han enseñado que, cuando uniformemente las olas se suceden, las unas á las otras, en la superficie del agua, cada partícula de líquido movida por aquellas, describe aproximadamente un círculo, y que, por consiguiente, vuelve otra vez á su punto de partida; y que el

movimiento progresivo de la ola es debido al hecho de que cada partícula empieza su movimiento algo despues que su precedente. Cuando el sonido se propaga por medio del aire, el movimiento de las partículas de este se parece en cierto modo al de las de agua en la ola, y en este caso se dice que el sonido se propaga por un movimiento ondulatorio de las partículas del aire; pero la semejanza solo consiste realmente en que cada partícula ejecuta el mismo movimiento determinado, y lo empieza algo más tarde que su predecesora. El camino descrito en cada caso por las partículas respectivas es esencialmente distinto. Cuando una ola se propaga en el agua, cada partícula describe casi un círculo: cuando el sonido se propaga por el aire, cada partícula de este se mueve en una direccion rectilínea, de avance y retroceso, en la direccion en que se propaga el sonido. La ola está formada por elevaciones y depresiones, por convexidades y concavidades; la onda sonora por una série alternada de compresiones y rarefacciones del aire. Es de tal importancia tener al comenzar una clara idea de esta manera de propagacion, que será conveniente exponer aquí un experimento del profesor Tyndall (1):

„Puede explicarse la propagacion del sonido de un modo sencillo y útil. Coloco cinco jóvenes, ayudantes míos, en hilera uno detrás de otro, con las manos apoyadas respectivamente en las espaldas del que tiene delante. De pronto empujo al último, este al penúltimo y vuelven á su primitiva posicion y así sucesivamente, quedando cada muchacho, despues de comunicarse el movimiento recibido, en su posicion primera. El primero, que no tiene ninguno enfrente, es impulsado hácia adelante: si hubiera estado al borde de un precipicio, hubiese caido en él; si en contacto con una ventana, hubiese roto los cristales. Podriamos de esta manera trasmitir un impulso por una hilera de quinientos muchachos, sin que cada uno de ellos tuviera otro movimiento que inclinarse hácia adelante y hácia atrás.“

De un modo análogo las moléculas de aire que llenan la cavidad del oido chocan finalmente contra la membrana del tímpano, extendida á traves del conducto que lleva desde el oido externo al cerebro. Esta membrana, que cierra por fuera el tambor del oido, entra en vibracion, su movimiento se trasmite á los extremos del nérvio auditivo, y despues por este nérvio al cerebro, donde las vibraciones quedan transforma-

(1) *Sound* by John Tyndall. Third edition. London 1875.

das en sonido. La inteligencia humana no puede esperar descubrir por qué medio misterioso el movimiento de la sustancia nérvea produce la conciencia del sonido.

Pero las sensaciones del sonido presentan una gran variedad. En todos los idiomas abundan las voces para expresar los sonidos distintamente, y cada una de ellas se aplica á una clase diferente de estos, fácilmente separada y diversificada de las demás variedades. También algunas variedades en conjunto clasificadas bajo el nombre genérico de *ruidos*, son diferentes de una *nota musical* ó de un *tono*. Un ruido es producto, ya de una sola y poderosa perturbacion explosiva del aire—como un choque repentino, la detonacion de una pistola,—ya de varias perturbaciones que chocan unas con otras, produciendo en el aire ondulaciones confusas—como en los rechinnamientos, silbidos, alborotos, en los cuales las vibraciones se suceden,—bien con intervalos irregulares, ó bien tan lentamente que cada vibracion puede percibirse separadamente. Una nota musical ó un tono, por el contrario, es el producto de vibraciones que se suceden rápidamente y con intervalos regulares. Estas dos grandes clases de sonidos han sido caracterizadas por Helmholtz con grandísima claridad (1):

„La naturaleza de la diferencia entre los tonos musicales y los ruidos puede generalmente ser determinada por la simple observacion atenta del oido, sin necesidad de auxilio artificial. Generalmente percibimos que un ruido está acompañado de una rápida alternativa de diferentes clases de sensaciones del sonido. Tómese, por ejemplo, el rechinar de un carruaje al rodar por pavimento de piedra, el romper de una cascada ó de las olas del mar y el crugir de las hojas de un bosque: en todos estos casos sentimos alternativas rápidas é irregulares, pero distintamente perceptibles, de varias clases de sonido, las cuales se suceden con frecuencia. Cuando el viento zumba, la alternativa es lenta, el sonido lento y gradualmente se eleva y cae otra vez. Por otra parte, un tono musical hiere al oido con un sonido perfectamente tranquilo, uniforme, que permanece inalterable todo el tiempo que existe y que no presenta alternativa de varias clases de constituyentes. A este corresponde un género simple y regular de sensacion, mientras que en un ruido muchas y diferentes sensaciones de tonos musicales están irregularmente mezcladas y como revueltas en confusion. Fácilmente podemos componer ruidos con notas musi-

(1) The sensations of Tone as a Physiological Basis for the Theory of Music. By Hermann L. F. Helmholtz. Translated with Additional Notes and an Additional Appendix by Alexander J. Ellis. London 1875.

cales, por ejemplo, tocando á la vez las teclas de un piano comprendidas en una ó dos octavas. Esto nos prueba que los tonos musicales son los elementos más simples y más regulares de las sensaciones acústicas. »

La pregunta que más lógicamente se presenta ahora es la siguiente: ¿qué diferencia hay entre los medios externos de excitacion para producir la diferencia entre el ruido y la nota musical? Hemos dicho que las vibraciones del aire son los medios de excitacion para el oido humano. De aquí se deduce claramente que la sensacion irregularmente alternada del oido en el caso de ruido, nos hace creer que, para el ruido, las vibraciones del aire deben tambien cambiar irregularmente, mientras que, para las notas musicales, presumimos un movimiento regular del aire, uniformemente continuo y excitado á su vez por una vibracion igual y regular del cuerpo sonoro cuyos impulsos son transmitidos al oido por el aire. Se ha demostrado por los físicos que estas conclusiones y anticipaciones son verdaderas, habiendo sido investigados con la mayor exactitud los movimientos regulares que producen las notas musicales; la pregunta ha sido, pues, contestada de esta manera: la sensacion que produce un tono musical es debida á un movimiento rápido y periódico del cuerpo sonoro; la de un ruido, á movimientos no periódicos. La definicion del movimiento periódico dada por Helmholtz es la siguiente:

„Entendemos por *movimiento periódico* el que despues de intervalos de tiempo exactamente iguales, vuelve constantemente á las mismas condiciones: la duracion de los intervalos de tiempo iguales entre un estado del movimiento y su próxima y exacta repeticion es lo que llamamos *duracion de la osciacion*, de la *vibracion* ó *balance* ó *período de movimiento*. La clase del movimiento del cuerpo durante un período es del todo indiferente. »

El movimiento de un péndulo comun, por ejemplo, es periódico; pero sus oscilaciones son muy lentas para producir un sonido musical, para lo cual necesitaríamos un cuerpo que vibrara con la inequívoca regularidad del péndulo, pero con mucha más rapidez. Si se pudiera hacer golpear á un reloj con suficiente rapidez—cien veces por segundo—los golpes perderian su individualidad y vendrian á convertirse en tono musical. Y aquí llegamos por vez primera á las fronteras de la fisiología. ¿Por qué, en general, un tono musical es agradable y un ruido incómodo, á no ser que se le haga agradable

por asociaciones independientes de sus cualidades físicas? Algunas naturalezas robustas y los niños reciben cierto grosero placer al oír algunos grandes ruidos, como lo recibirían por cualquier otro estímulo excitante; también se experimenta placer en ciertos sonidos que provienen de masas sonantes de gran superficie ó extensión; las olas del océano de múltiples sonidos, el trueno, el huracán, etc., etc. La diferencia entre el efecto fisiológico del ruido y los sonidos musicales, está descrita por el profesor Tyndall de un modo conciso:

"Supongamos la primera de una serie de pulsaciones que se sucedan con intervalos regulares, golpeando la membrana del tímpano: esta se conmueve á su contacto; y un cuerpo, después de conmovido, no puede instantáneamente quedar en reposo. El oído humano está construido en forma que la vibración sonora se desvanece con estraña rapidez; pero su desaparición no es repentina: y si el movimiento comunicado al nervio acústico por cada pulsación individual de la serie continúa hasta la llegada de la que le sigue, el sonido no cesará. El efecto de cada choque se renovará antes de desvanecerse el del anterior, y los impulsos periódicos se unirán entre sí, formando un sonido musical continuo. Por el contrario, las vibraciones que producen ruido son de una intensidad y periodicidad irregulares. La acción del ruido en el oído ha sido comparada con razón al de una luz vacilante en la vista; ambas son desagradables por los cambios repentinos y desiguales impuestos á los nervios respectivos."

La base física de los efectos de armonía y disonancia está apuntada ya con lo dicho. Se comprenderá en seguida que una ley simple, regular y matemática debe unir el efecto fisiológico con la causa externa física para formar la armonía, mientras que la ausencia ó mayor complejidad de la ley numérica engendra la disonancia. Pero antes debemos estudiar más detenidamente las diferencias esenciales entre unos y otros sonidos musicales para hacer más fácil el estudio de los principios más difíciles que envuelve la teoría de la armonía.

Los sonidos musicales se diferencian primeramente en tres puntos, á saber: *intensidad*, *grado de elevación* y *calidad*. No es necesario explicar la significación de los términos *intensidad* de un sonido musical y *grado de elevación* de una nota. Por *calidad* del tono se entiende la particularidad que diferencia el tono musical de un violin del de una flauta ó del de la voz humana, cuando estos instrumentos producen la misma nota

con el mismo grado de elevacion y con la misma intensidad; pero con objeto de exponer las peculiaridades y condiciones físicas de los movimientos sonoros que corresponden á estas tres principales diferencias entre los tonos musicales, y para comprender la naturaleza de sus combinaciones, describiremos lo más brevemente posible algunos de los principales métodos experimentales de producir sonidos musicales y combinaciones de ellos para utilidad de las investigaciones físicas.

Galileo producía un sonido musical pasando un cuchillo por el canto de una moneda. El canto ligeramente dentado de esta indicaba el carácter periódico de la vibracion, que consistía en una sucesion de toques bastante rápida para producir continuidad sonora. La produccion de sonidos musicales por toques ó ligeros golpes, se verifica vulgarmente haciendo que una rueda dentada choque de un modo rápido con una tarjeta. Este método ha dado resultados de mucho valor en manos del eminente experimentador Savart.

Pero más importante es un aparato en el cual se producen los sonidos ó notas por sucesion de corrientes de aire. Este aparato llamado *sirena*, en su forma más simple, consiste en una plancha circular de carton muy grueso en la cual se forman círculos concéntricos de muchos agujeros: si se sopla por un tubo pequeño cuyo diámetro sea igual al de los agujeros, se le pone contra el disco y se hace dar vueltas á este con rapidéz, la corriente de aire se interrumpirá cuando encuentre al carton, pero pasará siempre que coincida el eje del tubo con el de un agujero. Por consiguiente, la corriente tendrá salida tantas veces por segundo, cuantos agujeros coincidan en dicho intervalo de tiempo con el extremo del tubo. Este es el sencillo principio del instrumento que ha dado en manos de Helmholtz los resultados más sorprendentes, y no estará demás que expongamos algunos de los hechos experimentales.

Supongamos que se sopla en el tubo, moviéndose la sirena con una velocidad determinada; una nota musical de una elevacion precisa es el resultado. Auméntese la velocidad del disco; el grado de elevacion de la nota subirá con la velocidad de la rotacion, y si se dejara entonces pararse al aparato por

sí solo, la nota iría siendo más y más grave hasta perderse en el sonido producido por la corriente del aire; si, por el contrario, se sostiene la velocidad de un modo constante mientras dura el experimento, la nota sigue siendo la misma, ó como se dice, su *grado de elevacion* permanece inalterable. Este experimento prueba de un modo concluyente que la diferencia en el grado de elevacion, es decir, que una nota sea más baja ó más alta, depende de la frecuencia con que se producen las vibraciones del aire; y que si la frecuencia es mayor, la nota es más alta; y si es menor más baja, ó en general, que el grado de elevacion de la nota aumenta ó disminuye con el número de vibraciones sonoras producidas en cierto tiempo; y las notas que tienen el mismo grado de elevacion, sea cual fuere su origen, son producidas por el mismo número de vibraciones sonoras. En música se dice que dos notas que están producidas por el mismo número de vibraciones en un mismo período de tiempo están al *unísono*, cualquiera que sea el instrumento que las produzca. A cada nota se le da un símbolo y nombre, y la posicion de cada nota entre los sonidos musicales está determinada por la proporcion que existe entre el número de vibraciones y el de estas ejecutadas en el mismo intervalo de tiempo por otra nota que se escoje arbitrariamente, á la que se llama *nota fundamental*. La nota que está producida por doble número de vibraciones que la fundamental, se dice que es una *octava* más alta, y la producida por la mitad de vibraciones es una *octava* más baja que la nota fundamental. Si tomamos la nota más grave que generalmente tienen los pianos, la producida por 33 vibraciones en un segundo, como nota fundamental, todas las correspondientes en las octavas sucesivas serán producidas por 66, 132, 264, etc. vibraciones por segundo.

Si en experimentos con la sirena se mantiene constante la velocidad de rotacion, y se aumenta la fuerza con que se sopla en el tubo, la nota permanecerá con la misma elevacion, pero se hará más fuerte. En este caso las moléculas aéreas en vibracion recorren mayores espacios delante y atrás que cuando la fuerza de impulso era menor, y de aquí se sigue que la *intensidad* ó fuerza de un tono musical aumenta ó dis-

minuye según la extensión ó amplitud de las oscilaciones moleculares del cuerpo sonoro. Véase lo que dice Helmholtz:

"Cuando herimos una cuerda, sus vibraciones se manifiestan en un principio á la vista, y su tono correspondiente es el más fuerte; las vibraciones visibles van siendo cada vez más pequeñas y al mismo tiempo la fuerza disminuye. Esta misma observación puede hacerse en cuerdas movidas por el arco de un violin, en los tubos de un órgano y en muchos otros cuerpos sonoros. Las mismas conclusiones se deducen de la disminución en la fuerza de un tono cuando nos vamos separando del cuerpo sonoro al aire libre, siguiendo iguales la elevación y la calidad del tono: porque es tan solo la amplitud de las oscilaciones de las moléculas aéreas la que disminuye, conforme aumenta la distancia del cuerpo sonoro: luego la intensidad debe depender de esta amplitud y de ningún modo de otra cualquiera de las demás propiedades del sonido."

Es evidente que se pueden producir notas de cualquier número de vibraciones; pero un hecho fisiológico notable se hace aquí por primera vez palpable. Cuando se juntan varias notas, como en una pieza musical, cuyos números de vibraciones están en relación, espresando el mismo hecho en el lenguaje músico, son aceptables al oído solamente aquellas que forman una con otra ciertos intervalos musicales definidos. Toda la serie de sonidos que son inteligibles para la formación de combinaciones musicales, cuando se arregla por orden creciente de frecuencia vibratoria, constituye lo que se llama *escala musical* ó *gamma*. En la escala que se usa en las clases más sencillas de música, se halla dividida la octava en siete notas; cada una de las cuales está caracterizada por llevar en su cantidad de vibraciones una relación determinada con la de la nota inmediatamente más baja que ella. Así, por ejemplo, en la octava cuya nota más baja es C, el número de vibraciones de la serie de notas es como sigue: 264, 297, 330, 352, 396, 440 y 495. Dos veces 264, ó 528, es, por consiguiente, el número de vibraciones de la nota más baja de la octava siguiente. Se ve además que las proporciones que estos números guardan entre sí, son: $1, \frac{9}{8}, \frac{5}{4}, \frac{3}{4}, \frac{3}{2}, \frac{5}{3}, \frac{15}{8}, 2$. Es verdaderamente misterio admirable y de gran interés que en la teoría de los sonidos musicales, que en los fundamentos físicos y técnicos de la música—que parece ser entre todas las

artes, en su acción sobre el entendimiento, la más inmaterial, vaga y tierna, arte creadora de incalculables é indescriptibles estados de conciencia—corresponda á la ciencia especial del pensamiento más estricto, á las matemáticas, un papel tan importante.

Antes de ver cuáles son los procesos que realmente se verifican en el oído para hacer sensibles las diferencias entre consonancia y disonancia, será necesario comprender mejor algunos de los más recientes resultados experimentales relativamente á la *calidad* de los tonos y los efectos de sus combinaciones. Con este objeto continuaremos comparando las propiedades de los movimientos del sonido con los movimientos sensibles de las olas. La longitud de las olas, medidas de cresta á cresta, es en extremo variada. Desde el suave rizo, que es borbotón en la tersa superficie de un estanque, hasta las olas de un océano tempestuoso, pasamos por una inmensa variedad de olas. Así, la nota fundamental antes mencionada tiene una onda de 33 piés de longitud, mientras que los tonos más altos de un piano tienen ondas tan solo de tres pulgadas. De la misma manera que el grado de elevación del tono corresponde á la longitud de la ola, el grado de compresión y rarefacción alternas del aire, esto es, la fuerza ó intensidad del tono corresponde á la altura de la ola. Pero las olas pueden tener la misma altura y, sin embargo, diferente forma. La cresta, por ejemplo, puede ser redonda en unas, angulosa en otras: la calidad del tono ó *timbre* es precisamente lo que corresponde á la forma de la ola. No es difícil comprender este hecho si recordamos que para producir un tono musical solo se requiere que el movimiento sea periódico, esto es, que en cada período de vibración ocurra el mismo estado, en el mismo orden que se presenta en cualquier otro período igual.

Tienen los físicos el hábito de aplicar métodos gráficos para hacer más comprensibles á la vista las leyes de los movimientos, con más evidencia que por medio de largas descripciones verbales. Supongamos un lápiz unido á una de las extremidades de un diapason vibrante, de modo tal que marque en un papel. Cuando el diapason no suena, trazará sobre el

papel una línea recta, bien sea llevándole sobre él, bien tirando de este en una dirección opuesta: pero si los dientes del diapason han sido puestos en estado de vibrar, el lápiz marcará una línea en ondulaciones. Esta línea ondulante representa una imagen permanente de la clase de movimiento ejecutado por el extremo del instrumento durante la vibración musical.

La forma de las ondas del sonido, de la cual depende la calidad de los tonos producidos por varios cuerpos sonoros, no pueden marcarse en todos los casos. Los físicos no son aún capaces de hacer que tracen directamente en el papel sus vibraciones todos los cuerpos vibratorios: pero se han hecho muchos progresos en los métodos necesarios para conseguirlo.

Cuando se conoce la ley del movimiento de un cuerpo sonoro, la curva que la representa puede trazarse independientemente del cuerpo. Supóngase que conocemos la distancia de las vibraciones extremas á su posición media, en un momento dado: todo lo que tendremos que hacer es marcar en una línea horizontal trazada en un papel, distancias correspondientes á los intervalos de tiempo, levantar por estos puntos perpendiculares á uno y otro lado de una longitud igual ó proporcional á aquella distancia conocida; uniendo después las extremidades de estas perpendiculares, obtendremos una curva tal cual la hubiera marcado el cuerpo vibrante, si pudiera hacerlo mecánicamente. Si representamos la línea correspondiente al movimiento de un punto de una cuerda de violin, excitada por el arco, veremos de una vez plenamente la diferencia en las ondas sonoras entre el diapason y la cuerda del violin, aun produciendo ámbas la misma nota con igual intensidad. Encontraremos olas cuyas crestas tienen la misma altura, á igual distancia las unas de las otras; la única diferencia, la de calidad ó timbre, consiste en la forma de cada vibración; una es onda de cresta redondeada, igualmente ancha, de tal modo simétrica que si invirtiéramos la ola, las crestas entrarían perfectamente en las honduras y recíprocamente, mientras que la otra tiene cortes rectilíneos que ascienden gradualmente por un lado y descienden por otro de pronto,

con una cresta angulosa en cada convexidad en correspondencia con un ángulo en su concavidad respectiva.

Echemos una ojeada á algunos efectos de las combinaciones de las notas musicales. Produciendo simultáneamente diferentes notas, descubriremos en seguida que algunas combinaciones causan un efecto más agradable que otras. Se obtienen los efectos más agradables cuando una nota es justamente una octava más alta que otra: en este caso la proporción de vibración es de 1:2. La combinación de los sonidos musicales que produce una impresión agradable es denominada «concordancia» ó consonancia. Después de las octavas las concordancias más gratas son las producidas por notas cuyas razones matemáticas en los números de vibraciones son las expresadas por 4:5:6. Tres notas así proporcionadas forman un trio armónico, y si suenan con una cuarta nota que sea la octava de la primera de las tres, el todo constituye en música «la cuerda mayor.» Es innecesario para nuestro propósito entrar en detalles numéricos de las series de consonancias. Todas ellas han sido resumidas por el profesor Tyndall—con su acostumbrada profusión de ejemplos sólidos—de la siguiente manera, después de describir los experimentos hechos con una sirena, en la cual el número de agujeros abiertos podía variarse *ad libitum*, según las exigencias de la experimentación:

"Estos experimentos explican de una manera amplia dos cosas: primera, que un intervalo musical está determinado, no por el número absoluto de vibraciones de las dos notas que entran en combinación, sino por la razón ó proporción de sus vibraciones: segunda—y esto es de la mayor importancia—que cuanto menores sean los dos números que expresen la razón de las dos cantidades de vibración, tanto más perfecta será la consonancia de los dos sonidos. La consonancia más perfecta es la proporción 1:1; luego la octava, 1:2; después de esta la quinta, 2:3; entonces la cuarta, 3:4; después la tercera mayor, 4:5; y finalmente la tercera menor, 5:6. Podemos también abrir dos series, que tengan respectivamente 8 y 9 orificios; este intervalo corresponde á un *tono* en música. Es una combinación disonante. Dos series que cuentan respectivamente 15 y 16 orificios hacen el intervalo de un *semitono*; es una disonancia muy penetrante y áspera."

La pregunta que más naturalmente surge ahora es: ¿de

dónde proviene esto? ¿por qué ha de expresar la razón menor la más perfecta consonancia? Para contestar es absolutamente preciso proceder á un más perfecto análisis del sonido. Supongamos primeramente que tenemos dos alambres metálicos exactamente iguales en todos conceptos, extendidos á lo largo de una tabla sonora. Sabido es que los alambres de esta especie, cuando son movidos por la mano ó por el arco de un violín, producen una nota musical, cuya elevación depende de las dimensiones y tensión del alambre, de acuerdo con leyes físicas definidas y bien determinadas. En nuestra hipótesis, ámbos alambres son exactamente iguales, y si se les hace sonar simultáneamente y de la misma manera, debemos esperar que se produzcan independientemente dos notas de la misma elevación; que el efecto de cada sonido considerado aisladamente será aumentado considerablemente por el efecto del otro; que, por consiguiente, el sonido de ámbos será más fuerte que el de cada uno oído separadamente; pero que si ámbos tonos están realmente en *unísono*, el sonido tendrá una intensidad uniforme en el conjunto. Pero supongamos que el grado de elevación de las dos notas es solo aproximadamente igual: lo que sucederá en este caso será una consecuencia natural de los hechos fundamentales de la producción de los sonidos. Siempre que la cantidad de vibraciones no sea exactamente la misma para ámbos sonidos, las condensaciones y rarefacciones del aire producidas por los dos cuerpos sonoros, dejarán de verificarse al mismo tiempo. Al cabo de un corto espacio de tiempo, la condensación producida por uno de los cuerpos coincidirá con la rarefacción producida por el otro y *vice-versa*; ámbos sonidos mutuamente se destruyen, y esto sucede evidentemente cuando uno de los cuerpos ha producido justamente media vibración más que el otro. Si uno de los cuerpos se adelanta al otro en una vibración entera, las condensaciones y rarefacciones otra vez se producen al mismo tiempo y la intensidad del sonido vuelve á crecer. Estas alternaciones en la intensidad han sido llamadas *pulsaciones* é indican una diferencia en el grado de elevación de dos notas, tanto mayor cuanto más frecuentes son las pulsaciones.

Supongamos, como segundo paso de nuestro análisis, que

á uno de los alambres se le ha excitado cerca de una extremidad. Vibrará y producirá una nota definida, su nota fundamental, y ya se sabe que tocando ligeramente el alambre en su parte media, la nota producida será la octava de la nota fundamental, se verá al alambre vibrar á los dos lados del punto medio en dos segmentos, y el punto medio permanecerá en reposo, formando un *punto nodal*. De una manera semejante podemos dividir el alambre en tres, cuatro, cinco, seis y muchos más segmentos; y cada nueva division es claro que producirá una nueva nota. El dato más importante que se desprende de estos experimentos es que un cuerpo es capaz por ese medio de producir notas que son más altas que su tono fundamental. Estas notas más altas han sido llamadas *supratonos (overtones)* por el profesor Tyndall; pero el profesor Ellis ha preferido usar diferentes términos para este fenómeno, que será mejor comprendido por la traducción que ha hecho de Helmholtz, en la parte correspondiente á esta cuestion, que es de gravísima importancia en la teoría de la armonía:

"Examinando con exactitud y cuidado el efecto producido en el oido por diferentes formas de vibracion, por ejemplo, la que corresponde próximamente á una cuerda de violin, nos encontramos con un extraño é inexplicable fenómeno hace mucho tiempo por cierto conocido de individualidades músicas y físicas, pero comunmente mirado como mera curiosidad en su generalidad y su gran significacion para todos los puntos referentes á tonos musicales que no han sido estudiados. Cuando se aplica convenientemente al efecto de las vibraciones que le hieren, no oye solamente aquel tono musical cuya elevacion está determinada por el período de vibraciones, del modo ya explicado, sino que juntamente viene en conocimiento de una série completa de tonos musicales más altos que llamaremos *tonos armónicos parciales superiores*, y algunas veces sencillamente *parciales superiores* de aquel tono musical, para distinguirlos del primer tono, el *fundamental* ó *primer tono parcial*, ó simplemente el *primero*; el cual es el más bajo y generalmente el más intenso de todos, y por cuyo grado de elevacion juzgamos del que corresponde al *tono musical compuesto* ó solamente el *compuesto*."

Hemos supuesto en nuestro experimento ideal, que uno de los alambres solamente habia sido excitado por los dedos ó por un arco de violin; pero si el experimento se hace, un resultado inesperado y notable se verifica que no solamente ha pro-

porcionado á Helmholtz medios experimentales para el más refinado análisis del sonido, sino que nos lleva á comprender más claramente el fenómeno fisiológico presentado por las estructuras más delicadas del oído interno, y la conexión de estas estructuras con los sonidos en que descansa la teoría moderna de la armonía. Los hechos que observaremos son los siguientes: Supongamos que ambos alambres estén en unísono perfecto al empezar y escitemos uno de los alambres; el otro empezará inmediatamente á vibrar sin haber sido movido. Cerca del alambre se puede observar fácilmente estas vibraciones y se las puede hacer aun más visibles colocando pedacitos de papel sobre el segundo alambre, que son arrojados de él, tan pronto como se ponga en movimiento al primero: ó inmediatamente después de tocado el primer alambre deténganse sus vibraciones poniendo los dedos encima en varios sitios para que no produzca sonido, y como la nota seguirá, claro es que el segundo alambre suena. Las vibraciones comunicadas de este modo por un cuerpo á otro se llaman *vibraciones simpáticas* y cuando las vibraciones comunicadas producen sonido, se llama á este *resonancia*. Siempre que sucede que un cuerpo capaz de producir independientemente vibraciones sonoras es alcanzado por las ondas sonoras de un tono de la misma elevación que las que él mismo emitiría, se produce la resonancia. En nuestro experimento el movimiento de un alambre es comunicado al otro por las moléculas sólidas de la caja de madera sobre que se supone estaban colocados: pero la comunicación de las vibraciones sonoras puede también efectuarse, produciendo la resonancia, por las simples ondulaciones del mismo aire. Helmholtz dice:

„Tóquese suavemente una de las teclas de un piano fuerte, sin golpear la cuerda, como para alzar el martillo hasta que apoye en la cuerda, y cántese entónces una nota cuyo grado de elevación corresponda á la suya, dirigiendo con fuerza la voz contra las cuerdas del instrumento: al cesar de cantar, la nota será devuelta como por un eco desde el piano. Fácil es comprender que este eco es producido por la cuerda que está en unísono con la nota, porque inmediatamente que se levante el dedo de la tecla y caiga el martillo, el eco cesa. La vibración simpática de la cuerda puede demostrarse mejor, poniendo pedacitos de papel sobre la cuerda, los cuales son arrojados de ella tan pronto como vibra. Cuanto más exactamente se imite la elevación de la cuerda,

tanto más fuertemente vibrará esta. La más pequeña desviación del grado exacto de elevación deja de excitar la vibración simpática.

„En este experimento la tabla sonora del instrumento se ha puesto primeramente en movimiento por las vibraciones del aire excitado por la voz humana.“

Las vibraciones simpáticas obran con frecuencia como elemento perturbador en las percepciones musicales. Cuando se ejecuta una pieza de música en un piano, algunas notas salen acompañadas por los ruidos de algunos objetos de cristal ó metal que hay en la habitación. Si sabemos cuál es el objeto que suena y lo hacemos sonar, se verá que produce la misma nota que lo hace resonar cuando se toca en el piano.

Suscitan estos hechos una nueva cuestión: ¿cuál es la causa de las variadas formas de vibraciones, á las cuales, según hemos visto, es debida la diferente calidad ó timbre de las notas? ¿Es posible que el «color» del sonido sea motivado por los variantes *parciales superiores* que acompañan á la misma *prima* en diferentes instrumentos? Si tocamos cualquier nota en un piano fuerte, y la misma en una flauta, un órgano, un violín ó la articulamos con la voz humana, la diferencia de calidad es debida indudablemente en parte á acompañamientos accidentales del modo particular de producir el sonido; por ejemplo, el ligero sonido del roce del aire en la flauta, ó al decrecimiento rápido de intensidad en el piano, ó á su intensidad permanente en el órgano; pero la causa principal de la diferencia de calidad es la producción de *supratonos* ó *parciales superiores*, que acompañan al tono fundamental. Estos parciales superiores no solo varían para distintos cuerpos sonoros, sino también en el mismo cuerpo, excitado de varios modos.

Vamos ahora á considerar la parte que desempeña el oído en la comprensión de la calidad del tono y en la percepción de la armonía ó la disonancia. Como á complejo sistema de olas, que pasan unas por encima de las otras siguiendo imperturbablemente su camino, que puede observarse desde el arrecife en que el mar rompe, debemos considerar al aire de un salón de concierto atravesado en todas direcciones, y no solamente en la superficie, por una variadísima multitud de

sistemas de ondas intersecantes. Cada voz, cada roce de vestido, cada instrumento de la orquesta emite sus ondas particulares que se estienden esféricamente desde sus centros respectivos, se lanzan unas contra otras, se reflejan desde las paredes, y de esta manera corren acá y acullá, y aunque este espectáculo queda velado al ojo material, tenemos otro órgano de la sensibilidad que lo revela á nuestra percepcion mental. El oido analiza esta, al parecer laberíntica, interseccion de ondas sonoras, mucho más confusa que la de las olas del mar; separa los varios tonos que la componen y distingue las voces individuales, las cualidades peculiares de tono dadas por cada instrumento de la orquesta, el crugir de la seda de los trajes, las pisadas y las toses, etc., etc. ¿Por medio de qué aparato se efectúa este pasmoso resultado? El profesor Helmholtz empieza la contestacion á esta pregunta con la hipótesis siguiente:

"Supongamos que podemos unir cada cuerda de un piano á una fibra nervéa de tal modo que esta fibra sea excitada y experimente una sensacion cuantas veces vibre la cuerda: toda nota musical tocada en el instrumento excitaria, como sabemos que sucede realmente en el oido, una série de sensaciones que corresponden exactamente á las vibraciones pendulares en que habian de resolverse los movimientos originales del aire. Por estos medios, pues, se percibiria tan exactamente la existencia de cada tono parcial como realmente las percibe el oido. Las sensaciones excitadas por los diversos parciales superiores, en las supuestas condiciones, vendrian á las diferentes fibras nervéas y serian producidas en ellas de una manera perfecta, separada é independiente. Ahora bien: como cuestion de hecho, los descubrimientos microscópicos más recientes respecto á la construccion del oido conducen á la hipótesis de que existen en el oido disposiciones semejantes á las que hemos imaginado."

Las partes esenciales de nuestro órgano del oido en cada lado de la cabeza consisten sustancialmente en dos bolsas membranosas formadas de un modo peculiar y llamadas respectivamente *laberinto membranoso* y *escala media* del caracol. Ambas bolsas están alojadas en cavidades situadas en el medio de una densa y sólida masa de hueso, que forma parte del hueso temporal. Cada bolsa está llena de un fluido y apoyada tambien en un fluido que llena la cavidad en que están situadas. En el interior de cada bolsa están contenidos ciertos cuerpos pequeños y móviles; y los últimos filamentos de los

nervios auditivos están distribuidos de tal modo sobre las paredes de las bolsas, que sus terminaciones han de ser afectadas por las vibraciones de estos pequeños cuerpos duros siempre que alguna causa los ponga en movimiento. Es también muy posible que las vibraciones del fluido contenido en las bolsas, baste para excitar los filamentos de los nervios auditivos; pero, como quiera que sea, cualquier efecto de estos debe aumentar mucho de intensidad por la cooperación de las partículas sólidas; lo mismo que cuando se baña uno en mar de oleaje dulce, en pedregosa playa, apenas se siente el movimiento de las pequeñas olas, hacia adelante y hacia atrás; y en una orilla arenosa los granos de arena que están mezclados con el agua producen una impresión muy distinta en los nervios de la piel. De una manera análoga, la membrana en la cual vienen á morir las terminaciones de los nervios auditivos es virtualmente una orilla sensible, y ondas que por sí solas no serian sentidas, se perciben cuando remueven esas partículas duras.

Estas dos bolsas membranosas están forradas de un epitelio, y el nervio auditivo, al pasar á través del hueso duro del cráneo, se distribuye en ciertas regiones de cada bolsa, donde sus últimos filamentos entran en conexión peculiar con la capa epitelica. El epitelio mismo en estos sitios está modificado de un modo especial. En ciertas partes del laberinto membranoso, por ejemplo, el epitelio enlazado con las terminaciones del nervio auditivo se convierte en «procesos largos, tiesos, endebles, como cabellos,» que se proyectan en el fluido que llena la bolsa, y que, por consiguiente, son afectados fácilmente por cualquier vibración de ese fluido y comunican el impulso á las terminaciones del nervio. En ciertas partes del mismo laberinto, estos cabellos son escasos ó faltan por completo; pero su falta está suplida por pequeñas partículas angulares de arena calcárea llamadas *otolitos*, suspendidas libremente en el fluido del saco; estos, arrastrados por las vibraciones de este fluido, chocan contra el epitelio y afectan de este modo el nervio auditivo. En la escala media del caracol la pared más baja es muy elástica y en ella descansan las *fibras de Cortí*, llamadas así por el nombre del marqués

de Cortí que las descubrió; son pequeñas en forma de varillas y modificaciones de la envoltura epitelica de la escala media. Cada fibra está compuesta de dos filamentos unidos en ángulo. Gran número de estos filamentos están situados, unos junto á otros, con gran regularidad, á lo largo de toda la escala media, «de tal modo, que este órgano presenta casi el aspecto de un teclado.» Las terminaciones de los nervios probablemente entran en íntima relacion, bien con estas fibras ó con las células del epitelio inmediatas á ellos, que se agitan al más ligero impulso. Ponemos á continuacion las conclusiones de Helmholtz sobre estos fenómenos:

„Fijándose en el conjunto del oido, no puede haber duda de que el órgano de Cortí es un aparato dispuesto para recibir las vibraciones de la membrana basilar, y para vibrar por sí solo; pero nuestro conocimiento actual no basta para determinar con exactitud el modo de ejecutarse estas vibraciones. Con este fin necesitamos apreciar la estabilidad de las diversas partes y el grado de tension y flexibilidad con más precision que la que puede deducirse de las observaciones de este género que hasta ahora se han hecho en partes aisladas, tales como se agrupan ellas casualmente bajo el microscopio.

„El resultado esencial de nuestra descripcion del oido consiste, por consiguiente, en la constante conexion de las terminaciones de los nervios del oido con un aparato auditivo especial, en parte elástico, en parte firme, que pueda ponerse en vibracion simpática por la influencia de las vibraciones externas y agitan y excitan probablemente entonces las masas de los nervios.“

Bajo este punto de vista la escala media del caracol semeja un teclado en funcion lo mismo que en aspecto; las fibras de Cortí son las teclas, y las terminaciones de los nervios representan las cuerdas que las teclas golpean. Si fuera posible irritar cada una de estas fibras nérveas experimentalmente, podríamos producir á voluntad cualquier tono musical en el sentido de la persona que sirviera para el experimento, de la misma manera que se produce una nota en un piano, tocando su correspondiente tecla. Ahora bien: el experimento prueba que los cuerpos, como el diapason, que cuando se les hiere una vez siguen sonando por mucho tiempo, son susceptibles de vibraciones simpáticas en alto grado, no obstante la dificultad de poner su masa en movimiento, porque admiten una gran acumulacion de impulsos, pequeños por sí, producidos

por cada vibración separada del tono existente. Y precisamente por esta razón debe haber el más exacto acuerdo entre los grados de elevación del tono propio del diapason y del existente, porque de otro modo los impulsos consecutivos producidos por el movimiento del aire, no podrían producirse de un modo constante en la misma base de la vibración y ser, por lo tanto, a propósito para acrecentar el subsiguiente efecto de los impulsos precedentes.

Si imaginamos que de un conjunto de diapasones, y se ha indicado que las fibras de Cortí son capaces de ejecutar las funciones de estos diapasones afinados á cada nota y fracción distinta de notas de la escala, hay uno en unión con la terminación de todas las fibras del nervio del caracol, cualquier vibración comunicada á la perilinfa afectaría al diapason, que vibraría con ella, mientras que los restantes quedarían indiferentes á esta vibración de un modo absoluto ó relativo. En otros términos, la vibración daría origen á la sensación de un tono particular, y á ninguna otra, y cada intervalo musical estaría representado por una impresión distinta sobre el sentido. Al aparato acústico de caracol debe pues ser asignada la función de distinguir con exactitud el grado de elevación y calidad de los tonos, y al laberinto membranoso la percepción de la intensidad; las fibras nervosas que terminan en él, nos dicen si los sonidos son débiles ó fuertes, pero no nos dan cuenta del tono, melodía ó armonía.

Hasta ahora nos hemos referido principalmente á los caracteres físicos de los tonos musicales simples y á los fenómenos fisiológicos que envuelve su percepción; y hemos aludido solamente á la ley general de consonancia y disonancia, que resulta de la combinación de tonos, hallada por bases experimentales, á saber: que cuanto menores sean los dos números que expresan la razón matemática de las dos notas en vibración, tanto más perfecta es la consonancia de los dos sonidos. También hemos visto que cuando suenan juntas dos notas que difieren en el grado de elevación, sus sonidos *chocan*, siendo el resultado de este choque una alternación en intensidad; se producen las *pulsaciones* que son tanto más frecuentes, cuanto mayor es la diferencia de elevación de las dos

notas. Mientras no se produzcan más de cuatro ó seis golpes ó pulsaciones por segundo, el oído inmediatamente distingue los refuerzos alternados del tono, y tales golpes lentos no son desagradables al oído. Golpes muy lentos y regulares producen á menudo un efecto muy bello en pasajes sostenidos, como en cantos sagrados, atronando por las elevadas naves del templo ó por el trémolo gradual que da al tono un carácter de entusiasmo y emoción: pero si los golpes se suceden tan rápidamente que puedan llegar á ser veinte ó treinta por segundo, el sonido se hace áspero y molesto. Tales pulsaciones rápidas son producto de la combinación de ciertas notas. Dos notas que difieran en un semitono, juntas producen un sonido muy desagradable, porque la diferencia en el número de sus vibraciones es tal, que causa más de treinta pulsaciones por segundo. Aun cuando los tonos fundamentales tienen grados de elevación tan opuestamente distintos que no pueden producir pulsaciones perceptibles, los tonos parciales superiores pueden golpear y hacer el tono áspero; y esta aspereza de tono es el carácter esencial de la disonancia, porque se excita una sensación de falta de continuidad, que es tan desagradable al oído, como las causas que originan la excitación de un modo intermitente cuando se repiten rápidamente son desagradables á los demás órganos de la sensibilidad; por ejemplo, las ondulaciones y relampagueos de una luz para la vista y el roce de una escobilla para la piel. Por otra parte, si se busca la relación de aquellas notas que producen un efecto agradable ó consonancia, cuando se suenan juntas, se hallará que ni sus tonos fundamentales ni sus parciales superiores dan origen á golpes ó pulsaciones rápidos. Una nota juntamente con su octava, no produce golpes; junta con la cuarta y quinta, solamente golpes débiles causados por parciales que son bastante altos y por esto no muy perceptibles; pulsaciones algo más fuertes se originan en las concordancias restantes, tercera y sexta, menor y mayor. Como consecuencia de esto, el sonido en ciertos casos no es tan agradable como en las concordancias antes mencionadas. La existencia ó ausencia de fuertes y rápidas pulsaciones es la única causa física de la disonancia ó consonancia de notas que suenan juntas, ó,

para establecer esta conclusion con las palabras del profesor Helmholtz:

„Reuniendo los resultados de nuestras investigaciones sobre las pulsaciones, encontramos que cuando dos ó más tonos simples se producen al mismo tiempo; no pueden seguir sonando sin perturbacion mútua, á no ser que formen unos con otros ciertos intérvalos perfectamente definidos. Cuando existen estos intérvalos y no hay ninguna perturbacion, se llama al resultado *consonancia*. Cuando no existen estos intérvalos se originan los golpes, esto es, el total de los tonos compuestos ó los tonos individuales parciales y de combinacion contenidos en ellos ó que resultan de ellos, se refuerzan y debilitan alternativamente. Los tonos entonces no coexisten sin perturbacion en el oido. Mútuamente rechazan el flujo uniforme de unos y otros: esto se llama *dissonancia*.“

Nos trae esto al verdadero fondo de la teoría de la armonía. La armonía y la inarmonía se distinguen por la serena corriente de tonos, que en la primera fluyen de una manera tan suave como cuando son producidos separadamente, y por los disturbios creados en la segunda, en la cual los tonos se desvian con golpes separados. En la inarmonía, el nérvio auditivo se siente dañado por la pulsacion de tonos incompatibles; desea el puro flujo del tono armónico.

La opinion adoptada en la reciente teoría de la percepcion de los sonidos sobre el uso de las fibras de Cortí, nos habilita tambien para trazar los fenómenos físicos y mentales en su relacion con los fisiológicos. Cuando dos sonidos se unen para producir pulsaciones, el movimiento intermitente es trasportado á la fibra oportuna dentro del oido; pero los experimentos prueban que para que la misma fibra sea afectada simultáneamente por dos sonidos diferentes, no deben diferenciarse mucho en su grado de elevacion. Hemos visto cómo un alambre respondia simpáticamente á las vibraciones de otro alambre inmediato. Dice Tyndall:

„En vez de dos cuerdas concíbanse tres, que tengan todas próximamente el mismo grado de elevacion para ser extendidas sobre el sonómetro; y supóngase que el período de vibracion de la cuerda media se encuentra entre los períodos de sus adyacentes, siendo un poco más alta que la una y más baja que la otra. Tocadas cada una de las cuerdas de los lados respectivamente, harian sonar la cuerda media. Sonando al mismo tiempo las dos cuerdas de los lados, producirán golpes; la intermitencia correspondiente se propagaria á la cuerda

central, la cual produciria pulsaciones en correspondencia con las de sus inmediatas. De esta manera podemos hacer claro para nuestra inteligencia cómo una fibra de Cortí puede, en cierto modo, apoderarse de las vibraciones de una nota en unísono aproximado, si no exacto, con la suya propia; y que cuando dos notas próximas al grado de elevacion de la fibra obran sobre ella al mismo tiempo, tambien corresponden á sus pulsaciones por un movimiento intermitente por parte de la fibra. Este poder de vibracion simpática caeria rápidamente en ámbos lados del unísono perfecto, de tal modo que aumentando el intérvalo entre las dos notas, pronto llegaria un momento en que la misma fibra rehusaria ser movida simultáneamente por ámbas. Aquí cesaria la condicion necesaria del órgano para la percepcion de las pulsaciones oibles.„

Estamos, por consiguiente, en condiciones de asignar una clara razon fisiológica, á ciertas combinaciones de tonos asonantes y otros disonantes. Todos nuestros sentimientos y emociones, desde la más pequeña sensacion hasta el más alto de los estados estéticos de conciencia, son referibles en último término á una causa puramente mecánica; aunque para siempre nos esté negado el trazar nuestro camino entre la causa bien averiguada y el último resultado visible, y aunque, como en este caso, nunca sea posible á la investigacion humana saber la causa de que la agitacion de la sustancia nérvea puede despertar el deleite que la armonía nos proporciona.

(*The Westminster Review.*)

E. C.

POESIA DE HEINE.

(TRADUCCION.)

¿No ves cuál refleja mi pálido rostro,
espejo del alma,
mi intenso dolor?

O ¿acaso pretendes que mi lábio altivo
confiese mi pena
con puro candor?

—
Mi lábio orgulloso besar solo sabe,
y amarga sonrisa
tal vez traslucir;
por más que en el pecho, por hondos pesares
el alma afligida
se sienta morir.

E. LOPEZ IRIARTE.

EL REALISMO RAZONADO.

En los dos volúmenes de que consta la obra titulada *Problemas de la vida y del espíritu*, Mr. Lewes ha desenvuelto los principios y el método de un nuevo sistema metafísico. El fin de la filosofía es determinar ó justificar los principios reguladores de los actos con que la filosofía pretende explicar la posición del hombre y sus relaciones con el universo, y por esto se dirige á suministrar una teoría satisfactoria de los hechos y leyes que son resultado de la más amplia observacion y de la generalizacion más extensa. El intento de precisar los límites y las condiciones del conocimiento, que bajo su direccion pueden constituir relaciones positivas de los misterios de la existencia, estimula naturalmente á investigar los objetos y los fines de la vida humana, lo cual puede y debe el hombre buscar juntamente con los ideales que han de regir su vida. Cuando encontramos, pues, que Mr. Lewes, tratando de los *Problemas de la vida y del espíritu*, procede á deducir «los fundamentos de una creencia,» aceptamos la investigacion como el desarrollo natural de un procedimiento en el cual el estudio de la filosofía nos guia instintivamente. El hombre, que posee una accion inteligente y reflexiva, además de la puramente instintiva del animal, no puede estar satisfecho sin una teoría que venga á recaer sobre el carácter y los fines de su vida. La filosofía de todas las edades constituye el esfuerzo consagrado á esta aspiracion. Los varios sistemas de filo-

sofía que han aparecido, en cuanto se han justificado históricamente por una aceptación más ó menos parcial, han sido la expresión del nivel de reflexión más alto alcanzado por su época.

El filósofo, algo más adelantado que sus contemporáneos, pero producto inmediato de su época, interpreta y presta solidez por medio de fórmulas á las abstracciones que son la expresión ideal del grado de ciencia á que ha llegado su generación. La filosofía de cualquier período guarda siempre relación con su cultura general y alcanza influjo sobre los hombres, en tanto que suministra la manifestación teórica de las tendencias y últimos principios de esta cultura. La filosofía debe, por consiguiente, establecer «los fundamentos de una creencia» para cada generación, puesto que los hombres sienten preocupado su pensamiento por estos objetos y buscan en las generalizaciones la expresión abstracta de su experiencia.

Mr. Lewes, después de haberse ocupado en el estudio de la ciencia física y en las investigaciones incluidas ordinariamente en la metafísica, ha sido compelido á la pretensión de suministrar, como tantos otros antes que él, una teoría que satisficiera y se acomodara á las singulares exigencias de los tiempos presentes por medio de una relación estrecha con los últimos adelantos de la ciencia, proporcionando al mismo tiempo una expresión abstracta é ideal de esos resultados de la ciencia y del pensamiento. Toda filosofía, como toda teoría, no es más que la traslación de los hechos de la experiencia ó de lo concreto á la esfera del pensamiento, y por esto es una construcción abstracta é ideal del pensamiento mismo. Buscando una teoría acomodada á los tiempos actuales, Mr. Lewes intenta trasladar lo sensible á lo ideal, como ha sido ya hecho por otros escritores y pensadores. No obstante, hay una peculiaridad en su objeto, como la hay en su método, por la cual se distingue de la gran mayoría de los filósofos. Para comprender lo que da la clave del carácter de su sistema, es necesario tener en cuenta en este caso el elemento personal, porque hay «una ecuación personal» en filosofía, como la hay en la ciencia en más alto grado todavía. Mr. Lewes, como Schelling, ha hecho su vida intelectual á

la vista del público, y ha permitido al mundo contemplar las etapas sucesivas del proceso de su desenvolvimiento psíquico. Ha presentado cada fase, según él mismo aseguraba, como la última, convencido plenamente de que era la suprema indagación que podía llevarse á cabo, porque señalaba el límite que las suyas habían alcanzado.

La que puede llamarse la primer etapa, concluía con la convicción de que el estudio de la metafísica es sutil, que sus investigaciones son vanas, excepto para el intento de señalar la debilidad moral de los hombres, mostrando cómo las más grandes inteligencias que el mundo ha conocido se hallaron envueltas en la oscuridad de sus propias creaciones, persiguiendo fantasmas y haciendo ver únicamente la ignorancia humana. Dijo que la metafísica era un edificio de ilusiones; y que el único objeto de estudiar las cosas que se hallan fuera de las facultades humanas, es dejar establecido que, en efecto, lo están. En las ediciones sucesivas de su *Historia de la filosofía*, en la cual se expresaron por primera vez estos conceptos, vinieron modificaciones que indicaban un cambio en la dirección del pensamiento de Mr. Lewes, y, á su juicio, refiérense á la capacidad del espíritu humano. Vió cada vez más claro que aunque la metafísica no podía quedar establecida, era posible, sin embargo, hacer un esfuerzo enérgico para llevarla á cabo, y que sus problemas seguirían siendo insolubles para confundir el esfuerzo humano y burlarse de la impotencia intelectual del hombre, si no se trataba de abordarlos por el verdadero camino. La metafísica no puede precisarse con perfección; mas no se sigue de aquí que no pueda ser trasformada. Admitamos que sus problemas persistirán en ocultarse á nuestra vista mientras se pretenda resolverlos con el método especulativo empleado hasta aquí, pues no podrán ser abordados con el «método de la ciencia.» Lo que era ilusorio cuando se les separaba de lo que podía exponerlos bien y resolverlos, ¿no podría someterse á la investigación con ese otro procedimiento? Mr. Comte, á quien Mr. Lewes sigue en gran parte, no solo había rechazado la ontología, sino también la psicología; pero es evidente que los fenómenos psicológicos que pueden observarse deben

considerarse tan reales y susceptibles de explicacion como los mismos fenómenos biológicos. No se compadece, en verdad, con el espíritu de una verdadera induccion y las advertencias del método experimental el ignorar que existe una esfera de experiencia tan real y más fundamental que cualquiera otra esfera de indagacion. Mr. Lewes juzgó conveniente separarse de Comte en este punto. En la última edicion de su *Historia de la filosofía* indicó la necesidad de abordar los problemas de la metafísica con los principios del método positivo. Señaló la posibilidad de hacer lo que habia visto realizado en sus *Problemas de la vida y del espíritu*. Comte habia expuesto los principios del método positivo; Mr. Lewes aplica ahora este método á la psicología. En conformidad con él, trata los problemas de la metafísica, considerándolos capaces de ser resueltos, y especificando en este intento los que pueden reducirse á la experiencia.

El procedimiento necesita la traslacion ó trasferencia de las leyes ó condiciones de la experiencia á sus equivalentes en las leyes morales de la psicología, y *vice-versa*. La ciencia positiva, tratando de encontrar la explicacion de toda la experiencia, no puede arbitrariamente limitar sus indagaciones á lo exterior ó al aspecto objetivo, y abandonar por conveniencia lo interno ó subjetivo. Estas dos esferas quedan incompletas cuando se las separa y aisla, y únicamente tomándolas juntas se consiguen en ámbas resultados satisfactorios. Pero mientras los aspectos objetivo y subjetivo de la experiencia humana son de este modo inseparables y es necesario aceptarlos en sus correlaciones y examinarlos á la luz que mutuamente se prestan, adviértese que el aspecto subjetivo, como ha sido presentado hasta aquí por los metafísicos, contiene una série de conclusiones y construcciones abstractas que es imposible someter á la verificacion de la experiencia. Mr. Lewes llama á estas el elemento *metempírico*, y lo declara eliminado de la ciencia, que se alimenta con lo restante. En los problemas de causa y efecto, fuerza y materia, tiempo y espacio, relaciones del alma con el cuerpo y otros, hay elementos que pueden ser clasificados y verificados por la experiencia; mas existen otros que la experiencia no veri-

fica ni puede verificar, y que se refieren á inferencias ó juicios *suprasensibles*, que la ciencia del método positivo no puede aceptar. La trasformacion de la metafísica, para que pueda ser tratada como ciencia, consiste, según esto, en excluir esos elementos con el objeto de trazar el orden y relaciones, y si es posible explicar la formacion y resultados de los otros, los cuales pueden ser reducidos en último resultado á la experiencia sensible.

El primer efecto que produce en aquel que estudia la filosofía el sistema ofrecido por Mr. Lewes á su consideracion como explicacion de toda la realidad, no puede ménos de ser satisfactorio. Hay un gran adelanto sobre las anteriores exposiciones en lo que toca á la experiencia. Mientras Mr. Lewes se adhiere estrictamente á la experiencia como *Alpha* y *Omega* de la indagacion, y denuncia el método metafísico ó especulativo, acusa de buscar las soluciones de los problemas metafísicos por otros medios que los de la experiencia, ensancha sin embargo la categoría de lo que hasta ahora ha sido considerado como experiencia. Los resultados de la experiencia tienen un origen sensible, y todo lo que no pueda ser verificado por la sensacion es inaceptable.

La sensibilidad, según esto, ó la sensacion es la que regula la investigacion; pero el espíritu de cada hombre no es una pura *tabula rasa* en la cual se reflejan las impresiones de fuera. El espíritu es activo en el proceso y coopera á la produccion de sus propias sensaciones y percepciones. Además, la inteligencia tiene en su estructura condiciones de sensacion y de idealidad, las cuales, resultado á su vez de anterior experiencia (no individual, sino de raza), recaen sobre el material de la sensacion y determinan su forma y carácter. Hay, pues, un elemento *a priori* en la inteligencia humana, ó sea la facultad de formar percepciones y conceptos; porque su estructura ha sido modificada históricamente por la experiencia anterior del organismo social, del cual el individuo forma parte. Mientras niega que existan formas de sensibilidad ó de pensamiento, «trascendentales» en el sentido kantiano del término, Mr. Lewes se siente impulsado á admitir la realidad de formas ó tendencias de pensamiento en la experiencia del

individuo, teniendo en cuenta que no puede negarse que la función se halla determinada por la estructura y la estructura se ha formado mediante una evolución histórica, en la cual la experiencia social ha ido modificando gradualmente su forma y su carácter. Mr. Lewes conviene de este modo con Kant y las escuelas idealistas en aceptar el hecho de la existencia de un elemento *a priori* en el conocimiento y en la sensación, mientras difiere de ellos en lo que se refiere á la formación de este elemento. Como él dice en una de sus explicaciones: «El organismo heredado puede estar predispuesto á producir tonos de cierto carácter, pero la música que resulta depende necesariamente del instrumentista.» Hay una aptitud heredada que representa una modificación de estructura por medio de la cooperación de ciertas influencias externas sobre el organismo.

Las influencias externas cuando obran constantemente producen una disposición á responder en ciertos particulares sentidos más que en otros á los estímulos exteriores que operan sobre los sentidos y la inteligencia. Tenemos aquí una doctrina de las «ideas innatas» en una forma que corresponde á la de Kant, salvo que mientras Mr. Lewes busca su explicación en la esfera biológica, el sábio de Koenisberg la deriva de un origen trascendental. El organismo social, obrando de generación en generación y afectando gradualmente á las funciones por las modificaciones que lleva á cabo en la estructura, ocupa el lugar de las antiguas hipótesis espiritualistas; pero «todos los hechos de conciencia, todas las maravillas del pensamiento» quedan aceptados por una y por otra teoría. Las antiguas hipótesis sensualistas que trataban de explicarlo todo por las «sensaciones transformadas,» no tenían en cuenta para nada estas maravillas y fabricaban la experiencia separándola del pensamiento, sin el cual ni la sensación ni sus transformaciones pueden efectuarse. Un estudio atento de la experiencia nos muestra el pensamiento (como facultad de combinar) y la sensación; pero estos no son dominios aislados, sino que deben estudiarse en relación con la experiencia acumulada de la raza, la cual ha ensanchado su esfera de acción, modificando la estructura de los órganos.

Se ha dado, pues, una inmensa extensión á la esfera de la experiencia, que se hizo histórica en vez de individual y que admite ya facultades para la construcción ideal indispensable para hacer progresos en el conocimiento y alcanzar la certeza en la ciencia. La introducción de un elemento activo cooperando con la pasividad de la sensación á explicar la experiencia, necesitaba un cambio en la manera de considerar los fenómenos externos que estimulan nuestra actividad. Ya no puede admitirse la noción común de que los fenómenos se hallan regulados por leyes, en el sentido de que los hechos particulares están determinados por los hechos generales. Las leyes no tienen tal poder. No son más que nuestras concepciones del proceso de la naturaleza, ó del orden en que los fenómenos coexisten y se suceden. Es preciso, en verdad, que tengan una correspondencia objetiva; en otros términos, es preciso que los conceptos que formamos del orden natural simbolice un orden externo y positivo que existe siempre. Los conceptos no son las leyes en su existencia exterior, sino sus equivalentes racionales, así como la percepción que hacemos de un objeto de la naturaleza no es la percepción exacta del objeto, sino la expresión de lo que tiene lugar en nuestra conciencia cuando el objeto está presente. Sin embargo, los conceptos y las percepciones, aunque construcciones lógicas que solo tienen existencia ideal, reposan sobre una realidad externa, diversificándose á medida que esta se diversifica. El orden de las cosas se simboliza en el orden de los pensamientos, que debe poder verificarse en último resultado, reduciéndolo á datos de la experiencia sensible. Si las construcciones subjetivas no pueden comprobarse por medio de la experiencia, podemos afirmar que serán arbitrarias; porque su idealismo no tendrá un realismo correspondiente. Teniendo esta base, y en cuanto son productos de nuestras facultades intelectuales ó racionales, el sistema de que forman parte se denomina «*Realismo razonado.*» Bajo este sistema la ciencia, como observación de los hechos externos y descubrimiento del orden natural de los fenómenos y su manera de relacionarse, se halla idealizada: sus doctrinas forman un cuerpo de construcciones lógicas ó racionales. Las leyes y los he-

chos pertenecen ciertamente á estas construcciones, pero todas ellas descansan en los fundamentos de la experiencia sensible, á la cual, en último resultado, pueden ser reducidas. Si hallamos algunos elementos ó factores que no puedan ser reducidos al origen sensible en nuestras construcciones lógicas ó ideales, es necesario que sean, segun Mr. Lewes, trascendentales ó metempíricos, y por esto deben excluirse para que el resto pueda ser sometido al análisis bajo el método de la ciencia positiva. Tengan ó no correspondencia en la realidad estos elementos llamados metempíricos ó suprasensibles, necesitan siempre una explicacion metafísica. En cuanto á la metafísica así comprendida, Mr. Lewes supone que por primera vez se le aplica ahora un procedimiento aplicado consciente ó inconscientemente por los hombres de ciencia en todas las indagaciones fecundas. No pretende haber dado origen á la idea de hacerlo, sino expresarla definitivamente por la primera vez en sus principios y desarrollos, y mostrar cómo la metafísica debe estar basada sobre los hechos, y sus problemas resueltos por medio de los principios de la experiencia. Aplicando el método de la ciencia á todas las cuestiones filosóficas, espera que Inglaterra tendrá una filosofía nacional y cosmopolita como no la ha tenido hasta ahora. Ha tenido ciencia, poesía y literatura; pero á despecho de los filósofos y pensadores que hicieron época, tales como Locke, Hobbes, Berkeley y Hume, no se ha llevado á cabo hasta aquí ningun intento notable para dar una concepcion del mundo, del hombre y de la sociedad levantada en armonía sistemática de principios. Ensayos, no sistemas se han producido tan solo hasta ahora, y hoy por vez primera Mr. Herbert Spencer se halla realizando el propósito de fundar una filosofía. La Alemania ha llevado ventaja á Inglaterra, porque tiene adquirido desde hace mucho tiempo el hábito de filosofar; pero ha querido construir la filosofía con un método falso. El verdadero método, que es el de la ciencia, ó el procedimiento positivo, fué primero reducido á sistema por Comte. La mision del porvenir consiste en extender y perfeccionar esta doctrina. «Las siguientes páginas, dice Mr. Lewes, están animadas por el deseo de extender los procedimientos positivos á todas

aquellas cuestiones que hasta aquí han sido ignoradas ó se ha creído que no podían incorporarse á las doctrinas positivas.» Lo que Kant trató de hacer cuando quiso reducir la metafísica á las condiciones científicas, juzga Mr. Lewes que puede intentarse ahora en condiciones favorables. ¿Cuáles son estas condiciones? La contestación á esta pregunta se presenta pronto por sí misma. Es preciso que renunciemos á resolver lo insoluble. Es preciso eliminar en todas partes los elementos metempíricos, y en vez de querer saber el *por qué* de las cosas, debemos quedar satisfechos con mostrar *cómo* las cosas son. Con objeto de orientarnos en la eliminación de todo lo metempírico, es muy conveniente encontrar las reglas para filosofar, á que debemos amoldar nuestros esfuerzos. La filosofía es la armonía de lo concreto y lo abstracto, y es preciso que busquemos en los principios psicológicos la clave de la explicación positiva de los fenómenos de la conciencia. La psicología suministra el material de la experiencia; y por consiguiente, de la ciencia, cuyos principios deben guiarnos al conocimiento de la realidad. Los principios psicológicos son los que dan la base para las sucesivas indagaciones de la obra de armonizar lo concreto y lo abstracto, y de mostrar sus mútuas relaciones. Mr. Lewes juzga que el *realismo razonado* debe considerarse como el resultado de los principios psicológicos aplicados á la gran cuestión metafísica referente á la realidad externa.

Antes, sin embargo, de que abordemos esta cuestión, que constituye uno de los problemas de la metafísica que deben ser tratados con el método positivo, es necesario establecer con más precisión los límites en que es posible filosofar. «Los límites del conocimiento» es, por lo tanto, el primer problema que Mr. Lewes aborda, y va seguido por el problema de los «principios de la certidumbre» á propósito del cual se trata del método y de los resultados de nuestro procedimiento subjetivo, de las leyes de la inteligencia y de la razón y de los servicios que prestan para llegar al conocimiento. Encontrados ya los principios de la certidumbre, los aplicamos á la experiencia en el Problema III «de lo conocido á lo desconocido,» y en esta sección se consideran el valor y los resultados

del razonamiento en sus varias manifestaciones de induccion, deduccion y reduccion. El Problema IV, aplica los principios que se acaban de obtener á la explicacion de la «fuerza y la materia,» su naturaleza y mútuas relaciones, y esto mismo se hace con respecto á la «fuerza y la causa» en el Problema V, y finalmente, en el Problema VI, «lo absoluto en sus relaciones con la sensibilidad y el movimiento» aparecen los últimos resultados del sistema de Mr. Lewes en su aplicacion á la existencia, ofreciéndonos una exposicion de los principios fundamentales de su metafísica en sus correlaciones generales. En un volúmen que más tarde verá la luz se tratarán otros problemas con los mismos principios que han sido aplicados en este método; sin embargo, se ha desenvuelto lo bastante en los dos que se han publicado ya, para que podamos juzgar el carácter y las consecuencias del sistema.

De Mr. Lewes puede decirse que es el primero que ha intentado aplicar sistemáticamente los principios del método positivo á los problemas de la metafísica; pero hay que tener presente que, llevando á cabo esto, no ha hecho otra cosa que amplificar y dar mayor precision á lo que ha sido descubierto por otros. Como sucede en toda filosofía digna de este nombre, el *schema* de Mr. Lewes interpreta y trata de aplicar los principios que puede decirse existen «en el aire» como resultado de una tendencia general inseparable del más alto grado de cultura de la moderna sociedad. Es fácil esclarecer esto, con palabras de una obra reciente. Cada fenómeno, y en último resultado la naturaleza, dice el profesor Lazarus, es un gran hecho, cuyas relaciones ó resultados pueden ser sometidos á la observacion, y cuyas conexiones se hallan determinadas por leyes invariables. El fin de la ciencia es conocer estas leyes ó estos modos de inter-conexion. La ciencia natural se dirige á expresar en pocas palabras el resultado de todas las operaciones de la naturaleza ó de las fuerzas naturales. Este principio es comun á toda ciencia positiva. Toda proposicion que no pueda ser reducida mediante el análisis á un hecho general ó particular, no tiene un significado real é inteligible. «Cada ley expresa un hecho general, y la única explicacion adecuada de una ley consiste en mostrarla subordinada á una ley más alta

y general.» El mismo escritor pone en parangon la idea *positiva* del espíritu con la metafísica. Lo que para la última es la abstracción vacía de un centro único, es para la otra el compuesto de las energías y capacidades que un organismo presenta. El alma, la personalidad espiritual, ó el *Ego*, son los nombres que expresan la suma de funciones psíquicas de un individuo.

El centro propio de la existencia se siente mucho mejor que se piensa, y pensarlo es lo que la metafísica pretendió hasta ahora. En oposición á la idea abstracta de igualdad, defendida por los psicólogos franceses, el profesor Lazarus establece la distincion en la capacidad de desenvolvimiento individual, el cual varia segun la distinta é innata constitucion de las funciones físicas ó de los órganos, en las razas y en los individuos. Pero mientras la variedad de funciones se halla determinada por las modificaciones de estructura, las causas de los fenómenos producidos mediante la accion de la estructura y de las influencias externas, son inesplicables. La razon de que las ondulaciones del aire se sientan unas veces como sonido y otras como color, es desconocida; pero nosotros solo tenemos que ver con el *cómo* y no con el *por qué* de las cosas. La existencia de un fenómeno, ó lo que es lo mismo, de nuestra percepcion de un fenómeno, debe considerarse como un hecho; todo lo que podemos hacer es buscar las leyes de su inter-conexion. La sensacion y la intuicion no son mera pasividad, nos dice el profesor Lazarus, sino una aprehension activa por medio de la cual lo que se aprehende se aísla de todo lo que le rodea. No podemos separar la observacion y la reflexion; el espíritu es á la vez activo y pasivo, aunque en el tejido interno de los conceptos y de los pensamientos lo mismo que en las relaciones entre el mundo externo y el hombre, prepondera unas veces lo activo, otras lo pasivo. La sensibilidad y el movimiento, la receptividad y la produccion, la influencia del mundo sobre el hombre y la del hombre sobre el mundo, las relaciones teóricas y prácticas, todo está fundado y representado en el dualismo del sistema nervioso, en el círculo de las influencias centrípetas y centrífugas. Es preciso que no se perturbe la conexion interna. Su unidad, el mo-

do de su union, la fuerza y la direccion de la vida y del esfuerzo interno componen la individualidad, que se difunde como un color peculiar sobre toda la actividad psíquica. Los primeros elementos de la vida espiritual son las sensaciones inmediatas producidas en nosotros por el mundo exterior. El movimiento del espíritu comienza con ellas y á ellas vuelve con el objeto de asegurar un punto fijo y material para los nuevos desenvolvimientos de su actividad. El pensamiento jamás puede negar su origen sensible, ni decir que se halla completamente separado de la sensibilidad. Desprende las más elevadas ideas y las leyes más generales del creciente caudal de la experiencia que surge de la percepcion sensible y que puede confirmar su verdad por el hecho de que están demostradas con ejemplos concretos en la realidad. Cada distinta representacion se encuentra acompañada de algun elemento que pertenece al sentido. Tan sólo ideas muy simples y directas serian posibles sin el lenguaje.

En el ejemplo de un sordo-mudo, el lenguaje está representado trabajosamente por signos con objeto de hacer posible un grado psíquico más alto, y rara vez vencen su poca inclinacion á pensar. Unicamente por medio del lenguaje reciben precision y claridad los conceptos indefinidos y las ideas abstractas. La importancia del lenguaje es, pues, muy grande como medio de educar y desarrollar las facultades de la inteligencia. Mas el cultivo del lenguaje, como el de la inteligencia, no es obra del individuo sino de la evolucion colectiva de la humanidad. Los más complicados fenómenos y manifestaciones de la vida son, segun esto, sociales, y son tan solo posibles en un medio social. Verdad es, que para conocer las leyes de la sociedad, es fuerza conocer al individuo, por lo cual la antropología es el fundamento necesario de la sociología. Porque la sociedad está compuesta de individuos, y todo tiene lugar por la accion combinada de estos. Sin embargo, el conocimiento de la naturaleza humana en su manifestacion colectiva, es esencial para el del individuo, cuyos más elevados desenvolvimientos solo son posibles en la organizacion social. Es preciso que haya cierta predisposicion en el primero, aunque esta predisposicion haya sido gran-

demente alterada y modificada por la experiencia histórica de la raza; pero hay muchas cosas en el individuo que solo puede aparecer en el organismo social. El hombre se hace hombre en sociedad. Los elementos morales é intelectuales de su naturaleza solo se desenvuelven en ella; por consiguiente, si el estudio que hacemos de ellos se limita al individuo, será este estudio del todo incompleto. Las leyes de estos fenómenos no se deducen de la solidaridad individual, sino que pertenecen á la sociología (1).

Hemos parafraseado y condensado las opiniones del profesor Lazarus, de modo que pueda verse hasta qué punto corresponden á las que Mr. Lewes nos expone en sus «Problemas de la Vida y del Espíritu.» El mismo método—el *positivo*—es comun á entrambos, y ámbos buscan en la experiencia (la cual en sus primeros rudimentos es sensacion) la fuente de toda verificacion. Ambos afirman la union de los elementos activos y pasivos en la sensacion y percepcion, y ámbos encuentran el campo en que es posible extender nuestro conocimiento más allá de lo que comunica inmediatamente la sensacion, lo extra-sensible, en las relaciones sociales del hombre, esto es, en la humanidad. La lógica de la sensacion, como Mr. Lewes llama á la parte puramente sensible de nuestra experiencia, la cual es comun á hombres y animales y puede ser explicada por la fisiología, se sustituye por la lógica de los signos, que se hace posible por el lenguaje y solo puede deducirse de la experiencia del organismo social en la humanidad. Ambos convienen en negar la existencia de un fundamento en la experiencia para el conocimiento de una esfera supra-sensible, y ámbos afirman que el pensamiento y la conciencia, lo ético y lo intelectual son productos de los elevados desarrollos del animal cuando cede á los impulsos sociales. Ambos todavía consienten en que las facultades de la inteligencia y de la sensibilidad tienen su comun raíz en el organismo individual, modificado por las influencias externas y recibiendo tendencias y predisposiciones definidas mediante la

(1) Die religiösen, politischen, un sozialen Ideen der asiatischen Culturvolker von Carl Twisten Herausgegeben von Prof. Dr. M. Lazarus. 1872.

experiencia acumulada de la raza. Así explicadas, la inteligencia y la sensación encuentran objetivo para sus más altos desenvolvimientos en el organismo social de la humanidad.

¿De qué manera, puede preguntarse, ha suministrado Mr. Lewes algo nuevo, ó ha hecho algo más que desenvolver con mayores detalles los principios comunes á todos los que han aceptado el método positivo para la indagacion de los fenómenos psicológicos y sociológicos?

Mr. Lewes ha hecho, en verdad, esto último; pero ha hecho más. Él ha sido quien aplicó el método positivo á los fenómenos de la psicología y de la sociología más sistemáticamente que ningun otro escritor moderno, excepto Mr. Herbert Spencer, y además ha tratado de dilucidar dentro de su escuela una série de problemas metafísicos que el método positivo habia considerado siempre insolubles. El profesor Lazarus, por ejemplo, se satisface con el hecho de la sensación, con su correlativa percepción, como resultado del estímulo aplicado por los fenómenos externos á ciertas capacidades definidas de función, las cuales dependen de la estructura. El hecho de la cooperación de los elementos objetivo y subjetivo era todo lo que podia asegurarse, ó lo que juzgaba necesario explicar. Mr. Lewes no se satisface con esto. Pretende examinar las relaciones precisas entre los dos elementos, con objeto, si es posible, de trazar el modo de su correspondencia y resultados. Tan escrupulosamente como el profesor Lazarus, se abstiene él de preguntar el *por qué* de las cosas; mas penetrando en las raíces de nuestra experiencia, aspira á descubrir exactamente el *cómo* de su construcción y constitucion en último análisis, en los elementos de la sensación. Verifica el examen detallado del proceso del pensamiento, el cual, aunque identificado en último término con la sensación, es, por su aspecto activo, una série continuada de percepciones y conceptos individuales, cuyo principio es la manifestacion del resultado ó convergencia de las múltiples actividades psíquicas.

En todo proceso psíquico existe un triple movimiento, y como la sensación, el pensamiento y la moción (con sus equivalentes objetivos—trabajo del sentido, trabajo del cerebro y trabajo del músculo) cooperan en distintos grados de

energía á cada estado mental, cada uno de estos estados es una funcion con tres variaciones. A cada proceso sensible corresponde un proceso nervioso, y la lógica de la sensibilidad es la expresion de las sensaciones comunes al hombre y á los animales. Así como la biología solo puede ser estudiada verdaderamente en las relaciones del organismo y del medio externo, así la psicología solo puede estudiarse en las relaciones de la inteligencia y de las condiciones sociales.

La lógica de los signos, que mediante la actividad de la inteligencia extiende nuestro conocimiento á lo extra-sensible, comercia con estas relaciones, y nuestro conocimiento más elevado no se verifica por medio de los sentidos, sino á través de lo que Mr. Lewes llama «evolucion psicológica de la materia sociológica.» El resultado de tal proceso es una série de construcciones lógicas ó intelectuales fundadas en último término sobre la intuicion del sentido, pero extendidas y amplificadas mediante la facultad de agrupar que es distintiva de la inteligencia, hasta que tenemos un cuerpo de construcciones ideales, que son resultado directo de la abstraccion levantada sobre el dato sensible. La sensacion y la abstraccion son ciertas, porque ámbas se dan de una manera intuitiva y se hallan sometidas á la unidad por el procedimiento de la inferencia, el cual es la region intermedia en que caben la duda y el error. Mr. Lewes nos muestra que la ciencia, á la manera de la ficcion y la poesía, hace uso de la imaginacion; mas las ficciones del pensador, á diferencia de las del poeta, «se construyen con obediencia á rigurosos cánones y se hallan amoldadas á la accion de la realidad, dos condiciones que no se encuentran en los poetas y en los metempíricos.» La ciencia es ciertamente tan ideal «que confia abiertamente en datos que *no* son verdaderos sino dentro de su exclusiva esfera de abstraccion.» Sus construcciones simbolizan algo real, pero no lo puede probar. Las leyes de la ciencia son tipos creados por la imaginacion científica, «la cual convierte los elementos de la observacion concreta en abstracciones, desembarazándose para ello de todos los elementos particulares que la perturban.»

¿Cuál es, pues, se puede preguntar ahora, el mundo real de

la existencia externa que suministra los estímulos á la sensación y á la percepción, y cuál es el proceso intelectual ó ideal que á través de las hipótesis hace que podamos extender nuestro conocimiento con ayuda de la abstracción? El mundo que nosotros conocemos es el mundo de nuestra propia experiencia, y toda experiencia es en último término resultado de la sensación. No se halla en la experiencia la prueba de la existencia actual, porque nuestro mundo de la experiencia está edificado sobre la abstracción en una serie de construcciones ideales. Todo lo que conocemos es el mundo ó la existencia como se encuentra amoldada y modificada por nuestras facultades internas; pero este mundo es real para nosotros desde el momento en que tiene sus raíces en la intuición. Nuestro conocimiento, aunque relativo, no es deficiente, y por eso Mr. Lewes puede denominar á su concepción filosófica de la existencia un sistema de Realismo razonado. ¿Es posible para nosotros alcanzar por medio del análisis algunos elementos últimos, de los que podamos decir que existen como aparecen, y aparecen como son? Teniendo presente que todas las leyes y términos científicos, que todos los nombres de procedimientos generales, y hasta todos los conceptos que se desprenden de las sensaciones individuales, son construcciones ó creaciones abstractas, ¿podemos colocar nuestras manos sobre algo, ya pertenezca á la esfera subjetiva, ya á la objetiva, de lo cual podamos afirmar la permanencia, que no sea un elemento variable en el flujo universal que resulta de la idea del universo, tal cual la presenta el Realismo razonado? Nosotros conocemos únicamente las relaciones de lo objetivo y de lo subjetivo, y los términos de estas relaciones se presentan á nosotros como términos de los problemas que la metafísica está llamada á resolver. Mr. Lewes resuelve los problemas, identificando los términos. El principio de equivalencia, que es el instrumento del razonamiento, es el medio por el cual extendemos nuestro conocimiento y ensanchamos la esfera de nuestra experiencia. Por consiguiente, todo lo que nuestro razonamiento puede llevar á cabo es establecer la equivalencia ó identidad de aquellos elementos que parecen opuestos é irreconciliables cuando se presentan. Observamos

que él identifica, para mostrar su equivalencia, la fuerza y la materia, la fuerza y la causa, y que en último resultado las correlaciones de la sensación y de la moción, que son los aspectos subjetivo y objetivo de la misma realidad y constituyen la existencia actual, son lo absoluto. La suma de existencia siempre es constante, y sus fenómenos son las fluctuaciones de los elementos componentes, pasando de una forma á otra y conservando, sin embargo, la identidad por medio de su equivalencia y correspondencia. La sensación es el último límite del aspecto subjetivo y la moción el último del aspecto objetivo. Estas son las únicas realidades permanentes en el universo, y la ciencia expone sus relaciones en términos ideales, los cuales simbolizan, aunque no prueben, la realidad. El Realismo razonado es, pues, una filosofía de identidad (ó la filosofía de la identidad). De todo lo que hemos dicho aparece que el sistema metafísico de Mr. Lewes descansa sobre una hipótesis física, la identidad de la suma de la existencia; es decir, la indestructibilidad de la fuerza. Todo lo que las leyes del pensamiento y los procedimientos de la razón hacen, es afirmar y dar extensión y variedad á estos principios fundamentales. La suma de la existencia es siempre la misma, y cuando nos representamos las partículas moleculares de que se halla compuesta y sus mútuas relaciones en la fuerza que produce los cambios, atendemos únicamente á la existencia que se nos revela por los datos de la sensación, bajo dos distintos aspectos: el estático y el dinámico. Los átomos ó últimos elementos en que descomponemos las moléculas no son reales para los sentidos, sino puramente ideales. «No pueden presentarse á los sentidos—dice Mr. Lewes—pero se presentan á la intuición, y son vistos por la inteligencia, no como reales, sino como postulados lógicos, símbolos que sirven para el cálculo.» Siendo, como se vé, todas las cosas reductibles en último término á sensación y moción, cuya expresión ideal, como los átomos, no es real, sino un postulado lógico ó intuición, tenido inmediatamente como cierto, puede preguntarse: ¿de dónde viene el principio de la diversidad, el cual, después de demostrada la identidad ó equivalencia de los aspectos ó fases separadas de la norma de existencia, in-

introduce variedad y movimiento y una fecunda distinción? Refiriéndola á los dos aspectos, objetivo y subjetivo, parece que Mr. Lewes afirma la identidad sin probarla; se desliza á través de todas sus construcciones y análisis experimentales dentro de los límites de la sensación, cuyas construcciones se ha dicho con verdad que son una descripción y no una explicación de los fenómenos—una representación del contenido de la experiencia bajo los símbolos de la sensación—que iguala los dos aspectos, interpretando el uno con el otro y transfiriéndolos constantemente. Por ejemplo, la teoría de Mr. Lewes de la función, es tan solo la afirmación de la identidad de lo explícito y de lo implícito. Lo que se necesita en un lado se toma del otro. Los platillos de la balanza están en el fiel porque se hallan igualmente cargados. Se dice que la inteligencia con todas sus facultades no es otra cosa que una función del organismo, cual obra bajo ciertas condiciones; pero también se declara que la función es la capacidad de producir lo que la inteligencia con sus varias y ricas facultades produce mediante ciertas excitaciones externas. Todo lo que la inteligencia llega á ser, todo lo que se desenvuelve explícitamente, se supone que se encuentra implícitamente dado en el universo y que espera únicamente condiciones adecuadas para manifestarse. Si la sensación se considera, pues, como un poder de diferenciación activa y la sensación y el pensamiento son una misma cosa, ¿qué es esto sino nivelar los platillos de la balanza, colocar en la sensación implícitamente (en potencia) lo que ha de manifestarse después explícitamente? Del mismo modo, la esfera objetiva de la existencia, en que la fuerza y la materia, las moléculas y sus facultades de cambio, inter-relación é inter-acción, en suma, todo lo que existe se considera identificado eternamente consigo mismo, contiene elementos ó poderes de diferenciación que producen la fluctuación y la variación y las manifestaciones de las variedades infinitas del proceso. La cuestión que por último surge puede formularse así: ¿es esto una explicación filosófica ó es puramente una descripción hipotética?

Con objeto de poder aceptar la teoría de Mr. Lewes de la sensación y la moción como lo Absoluto, eternamente igual

é idéntico á sí mismo y capaz de desenvolverse en innumerables variedades, es preciso que nos convenzamos de que la fase objetiva, fuerza y materia, ó los aspectos estático y dinámico de la existencia son capaces de dar la razón de sus propios fenómenos, y por otra parte de que la sensación y el pensamiento son capaces de agotar y explicar todas sus condiciones peculiares en la experiencia. Mr. Lewes alteró la forma del antiguo problema sobre el origen de los elementos *a priori* del pensamiento ó conocimiento, sosteniendo que toda intuición debe fundarse en una experiencia anterior, y que los elementos *a priori* que existen indudablemente en el pensamiento del individuo se deben á la influencia del medio social, á la experiencia de la raza, y que efectivamente existe un elemento *a priori* que se da histórica, no trascendentalmente. Esto sin duda ninguna dará la clave para muchas cosas de la experiencia intelectual que han sido atribuidas por los metafísicos á un origen más elevado. Pero puesto que en el constante regreso de la experiencia á sus condiciones existe necesariamente un vacío, es fuerza que exista una fase de la experiencia cuyas condiciones se presumen, no se conocen. Mr. Lewes se esfuerza en probar que los elementos *a priori* en las proposiciones matemáticas dependen y se derivan de la experiencia hereditaria; pero la experiencia más elemental, ¿no implica algo en el pensamiento que se halla fuera de lo que la sensación suministra? El método para probar esto es comparar las formas rudimentarias de la sensación y del pensamiento. Nos es imposible entrar de lleno en esta cuestión; mas al tratar de la formación de nuestros conceptos en la comparación de los diferentes objetos hay un dato general que solo se reconoce por el pensamiento, el cual es un supuesto indispensable de toda generalización que no puede reducirse á una sensación pasiva (1).

El pensamiento es una facultad de generalización y opuesta como tal á la pasividad de la sensación singular. El elemento supra-sensible ó metempírico que Mr. Lewes elimina está pre-

(1) Lotze's Logik. Drei Bücher vom Denken, vom Untersuchen und vom Erkennen.

sente en el pensamiento mismo, el cual en su actividad no puede ser reducido á una pura identidad con la sensacion. Ciertamente es, sin duda ninguna, que las esferas sensible y extra-sensible de la experiencia, á las cuales Mr. Lewes se limita, constituyen todo el mundo del sentido; pero la pregunta que está por contestar es si no existe otro mundo sin el cual mucho de lo que entra dentro de la esfera de los sentidos no tiene explicacion. Se necesitaria tiempo para responderla satisfactoriamente; pero puede aventurarse esta cuestion: ¿está autorizado Mr. Lewes para negarlo, cuando ha sentado la doctrina de que tenemos que aceptar los postulados lógicos que se conocen solamente por el pensamiento ó por abstracciones que son por consiguiente las revelaciones del mismo pensamiento, y que no pueden hallarse en ninguna esfera de la experiencia sensible? No vemos en dónde pueda trazar la línea divisoria cuando admite la validez de nuestra nocion de lo infinito, aunque esta pueda no tener base en los sentidos (*vide* p. 430, vol. II). La nocion de lo infinito como cantidad es desechada por Mr. Lewes, que conviene con Hegel en considerar la mente ó el pensamiento como infinito, pues aquel es un símbolo abstracto que significa «una operacion ó cantidad.» Del mismo modo, el sugeto lógico que comprende todo grupo de predicados ó atributos—es como la sustancia que yace bajo los fenómenos—la unidad inteligible que agrupa los elementos particulares. En todas las operaciones del pensamiento está contenida implícitamente esta concepcion de sustancia implícita, aunque no explícitamente; pero es evidente que no tiene su raiz ó equivalente en los sentidos. El poder de sustantivar las abstracciones, que es una de las aptitudes fundamentales del pensar, y sin la cual nuestro universo de sensaciones ó sentimientos, aislados y distintos, fuera un mundo de exterioridades, sin contenido, es esencial en el sistema de Mr. Lewes. Pues ¿cómo puede reducirse esto á lo sensible? La misma pregunta podria hacerse con respecto al principio de equivalencia ó identidad, á que Mr. Lewes reduce la causalidad y sin el cual no podria alcanzarse ningun progreso con su sistema. Lo mismo sucede tambien con los axiomas matemáticos; pero en otro artículo discutiremos este punto. Mr. Le-

wes aduce que, al reducir los axiomas matemáticos á un génesis empírico, ha destruido los pilares del templo de los metempíricos, y si él ha conseguido referir la universalidad y la necesidad á un origen empírico, preciso es admitir que la jactancia está justificada. Pero todas estas leyes ó modos de pensar envuelven cierta determinada constitucion del pensamiento mismo, en la cual descansan: constitucion de que solo parcialmente podemos darnos cuenta con ayuda de la experiencia hereditaria. Estiéndanse estas experiencias todo lo posible y habrá necesariamente un punto en que el pensamiento se ha de ver obligado á dar cuenta de sus propias condiciones ó en que el sentimiento—si ha de identificarse con el pensamiento—necesita justificarse como estado pasivo y como capacidad de lo activo, agrupados bajo condiciones específicas. Mr. Lewes no ha logrado demostrar cómo debe resolverse este misterio, y cómo las leyes del pensamiento originadas en sí mismo determinan la naturaleza y capacidad del mismo pensamiento. Si, no obstante, se asume tal poder de producirse y regularse en cualquier grado del desarrollo de la experiencia, necesitamos garantizar la palanca con que el idealista cree que puede levantar el universo.

Aunque dentro de los límites restantes es imposible tratar de un modo conveniente la gran cuestion del origen del conocimiento y su influencia y alcance en las escuelas opuestas de sensualismo é idealismo, necesitamos decir como de pasada una palabra sobre la controversia que Mr. Lewes fielmente describe como caballo de batalla del metafísico. Quede de una vez sentado que el pensamiento, con todas sus consecuencias, tiene su origen en el sentido solamente: las columnas del templo han sido derribadas, y la ruina no tardará mucho. Por otra parte, si Mr. Lewes, con intencion de reivindicar la metafísica trasformándola, no ha podido dar cuenta, por la experiencia del individuo ó de la raza, de todos los fenómenos encontrados en la conciencia, necesario es igualmente reconocer que ha fracasado. Es preciso reconocer que gran parte de la vida filosófica del difunto Mr. Mill fué dedicada á la empresa de resolver el problema que ha venido á ser tambien la pesadilla de Mr. Lewes. Convencidos estamos de que si algu-

na vez se ha de conseguir trazar desde sus primeras formas el origen puramente empírico del pensamiento, del conocimiento y del sentimiento, será en la dirección en que trabajan Mr. Lewes y Mr. Spencer. Mr. Lewes y los que como él piensan, alegan el origen empírico del pensamiento; pero dicen que no hay necesidad de limitar la experiencia á la vida del individuo. Cualquier número de generaciones puede, añadiendo su cuota á ciertos modos de pensar y sentir, engendrar al fin tendencias instintivas en el individuo que respondan á los elementos *a priori* que en el hombre se encuentran.

Al abandonar Mr. Lewes el desesperado intento de probar que las formas y elementos del pensar, tales como nacen con el individuo, podían haber sido desarrolladas según su naturaleza sin una experiencia más rica y amplia que la individual, dá á entender muy particularmente que la necesidad y la universalidad no nos son dadas por medio de los juicios empíricos formados en determinados límites. Mr. Lewes, en consecuencia, busca auxilio entre las nieblas de un largo pasado. El tiempo viene á ser su Dios. ¿Hay cosa que no pueda llevarse á cabo, la demolición del pensamiento mismo inclusive, por medio de «cortas jornadas y largos períodos?» El problema no consiste en saber lo que Kant entendió ó dejó de entender, sino en averiguar si la noción de la experiencia acumulada explica aquellos elementos del pensamiento, ante los cuales, el investigador, durante largo tiempo y hasta hoy, cuando contemplaba al individuo quedaba confundido ó tenía que abandonar el campo confesándose derrotado. Mr. Lewes, en realidad, no se ha desembarazado de los elementos que piden explicación. Refiere la certeza de los axiomas matemáticos á intuiciones que han de ser verificadas por medio de la experiencia; pero la intuición retiene un elemento que solo puede suplir el pensamiento. La intuición de la certeza de los axiomas es diferente por completo de todos los resultados obtenidos por la experiencia, puesto que comprende un elemento que no existe en ella. La exposición de Kant, en el prefacio de segunda edición de «La Razon Pura,» todavía no ha sido refutada; y el argumento de la Introducción de la Enciclopedia de Hegel sigue á mi ver siendo válido. Es indudablemente verdadero, con ar-

reglo al antiguo apotegma atribuido á Aristóteles, «*Nihil est in intellectus quod non fuerit in sensu,*» que nada hay en el pensamiento que no exista previamente en la experiencia; pero la contraproposición puede ser verdadera igualmente, que nada hay en el sentido que no exista previamente en el pensamiento. Las dos formas necesarias se reparten igualmente los honores, y los sentidos son los deudores más importantes del pensamiento. Pronto se revelará á todo análisis imparcial que la naturaleza del pensamiento—que es al mismo tiempo instrumento y objeto de investigación filosófica—lo impele hácia la investigación, cuyos medios de interpretación no pueden encontrarse fuera del pensamiento mismo. Mi argumento contra Mr. Lewes, por lo tanto, es que aun cuando estuviera para conseguir sus experiencias organizadas, que no pueden darse como supuestos sino como dadas en el proceso, no podrían ser aplicadas en esta combinación. Lo que mantengo es que el pensamiento, por su propia naturaleza, rechaza la comunidad con el único sentimiento con el cual puede asociarse la vida animal. Hay otros puntos en que la teoría se dobla, se rinde, por ser la carga que tiene que soportar demasiado pesada. Pero más convincente que todo es el hecho de que antes que el instrumento pueda ser aplicado, la cuestión en su integridad necesita haber sido planteada de algún otro modo, porque es preciso que se demuestre la identidad de los juicios empíricos con los de necesidad, que solo ha sido afirmada hasta hoy.

Hemos visto que el conjunto del sistema de Mr. Lewes descansa en el supuesto de la propia identidad de existencia ó invariabilidad de la suma total de ser; pero que es una intuición del pensamiento que no puede ser explicada por experiencia sensible. Hay, pues, elementos en la experiencia que solo pueden ser explicados por el pensamiento mismo y que no pueden ser resueltos mediante la consignación de estados pasivos en el sentimiento. En realidad, Mr. Lewes supone en sus postulados todo lo que saca de ellos en los datos de la experiencia. No se ha hecho la luz tocante al origen de los principios de fuerza, moción y forma, que el análisis en último extremo encontrará tan inconcebibles como el principio

teleológico ó el origen de la ley orgánica del desarrollo, que se ha hallado que determina la causa de todas las cosas. En realidad, tan imposible es reducir esta ley á condiciones meramente mecánicas, como explicar por estas el impulso de la naturaleza á obrar de acuerdo con un plan.

Los elementos de la experiencia, cuando se analiza profundamente, sugieren la existencia de hechos y leyes que no son reductibles bajo las leyes más altas ó generalizaciones más amplias á que pueda llegar el hombre, y por consiguiente, llegamos aquí á un terreno neutral en que el conocimiento flaquea y es incompetente, y la fé puede entrar sin presunción. El sistema de Mr. Lewes exhibe el curso y orden de los fenómenos en el mundo de los sentidos cuando son reducidos á los términos del sentimiento: pero encontramos otros elementos que son comunes al sentido y al pensamiento, que sugieren dificultades y problemas de los que no nos dan cuenta los elementos presentes realmente en la experiencia y que nos hacen buscar más allá de ellos mismos una explicación de que no podemos prescindir.

(*The Fortnightly Review.*)

J. SCOT HENDERSON.

LA PERLA DE LA VIDA.

(IMITACION DE DORER-EGLOSS.)

En la juventud florida
Nace el instinto de amar,
Como en su concha escondida
Brilla la perla, nacida
En lo profundo del mar.

Más tarde se desvanece
La juventud, y el dolor
Con la desventura crece;
Mas nunca desaparece
De nuestro pecho el amor.

Perla es amor, que á tenerla,
Siempre vivireis amando,
Cojed su concha, y romperla,
No importa, mirad la perla
Y ved cuál sigue brillando.

A. CHARRO-HIDALGO.

GOETHE Y SCHILLER.

Hay pocos espectáculos más nobles que la amistad de dos grandes hombres, y la historia de la literatura no nos ofrece nada comparable con la amistad de Goethe y Schiller. Fué tal vez más apasionada y completa la amistad de Montaigne y Etienne de la Boetie; mas era la union de dos naturalezas afines, que descubrieron desde luego esta afinidad, no la union de dos rivales incesantemente contrapuestos por sus partidarios y resueltos en un principio á conservarse alejados. Fueron y son rivales Goethe y Schiller, naturalezas en muchos sentidos antagónicas, jefes de opuestos bandos, y atraídos á fraternal union solo por lo que de más elevado habia en sus naturalezas y en sus fines.

Mirar á estos grandes rivales, era advertir desde luego su profunda desemejanza. La hermosa cabeza de Goethe tenia la tranquila victoriosa grandeza del ideal griego: la de Schiller ostentaba la ardiente belleza de un cristiano que mira á lo porvenir. La frente maciza; los ojos de ancha pupila como aquellos que dió Rafael al Cristo niño en la sin rival Madonna de San Sixto; las facciones fuertes y de buenas proporciones, trazadas en verdad por el pensamiento y el dolor, pero mostrando que el pensamiento y el dolor habian turbado, mas no vencido, al hombre fuerte; cierto saludable vigor en la morena tez hacen que Goethe contraste notablemente con

Schiller, el de los ojos vivos, la frente estrecha, las irregulares facciones, gastadas por el pensamiento y el dolor, debilitadas por las dolencias. La una *mira*; la otra *vigila*. Ambas son magestuosas; pero una tiene la magestad del reposo y otra la del conflicto. La estructura de Goethe es maciza, imponente; parece más alto de lo que es en realidad. La estructura de Schiller es desproporcionada; parece más pequeño de lo que es realmente. Goethe se conserva siempre derecho. Schiller «camina como un camello.» El pecho de Goethe es como el torso de Teseo: el de Schiller, que ha perdido un pulmón, presenta una curva.

Una diferencia semejante puede trazarse muy bien en los detalles. Goethe decía á Eckermann: «El aire beneficioso para Schiller obraba en mí como un veneno. Fuí á visitarle un día, y no habiéndole encontrado en su casa, me senté á su escritorio para tomar algunas notas. Poco tiempo despues sentí una indisposicion, que iba creciendo gradualmente, y estuve á punto de desmayarme. No supe en un principio á qué causa atribuir esta desgraciada y poco frecuente situacion; pero luego noté que un olor terrible salia de una gaveta muy próxima. Cuando la abrí, encontré con gran asombro que estaba llena de manzanas podridas. Me acerqué inmediatamente á la ventana y respiré el aire fresco, con lo cual me restablecí en un instante. Al mismo tiempo llegó su mujer, y me dijo que siempre estaba llena la gaveta de manzanas podridas, porque el olor que despiden es beneficioso para Schiller, que no puede vivir ni trabajar sin percibirlo.»

Otro detalle que no carece de importancia y que caracteriza las prácticas saludable y no saludable de la literatura podemos añadir al anterior, y es que Goethe escribía en las frescas mañanas, enteramente libre de estímulos, y Schiller trabajaba en las horas calenturientas de la noche, estimulando su lánguido cerebro con café y champagne.

Comparando al uno con el ideal griego y al otro con el ideal cristiano, harto hemos dado á entender que el uno es el representante del realismo y el otro el representante del idealismo. El mismo Goethe ha indicado la distincion capital

que existe entre ellos: Schiller estaba animado por la idea de la libertad. Goethe lo estaba por la idea de la Naturaleza. Esta distincion se manifiesta en sus obras; Schiller busca siempre algo más grande que la Naturaleza, y quiere hacer de los hombres semi-dioses; Goethe se esfuerza constantemente en procurar que se deje su libre desenvolvimiento á la Naturaleza para que produzca las formas más elevadas de la humanidad. La caida en el pecado era para Schiller el más feliz suceso, porque los hombres huyeron, merced á ella, del instinto á la libertad conscia, viniendo con este sentido de libertad la posibilidad de la moral. Esto, á juicio de Goethe, era dar á la moral un valor que no tiene en realidad, pues preferia el ideal de una condicion en que la moral fuese innecesaria. Reconocia la importancia de una buena política; pero daba más valor á una sociedad que no la necesite.

Eran á la verdad Goethe y Schiller naturalezas distintas; pero si hubieran sido contradictorias de un modo tan fundamental como generalmente se cree, nunca se hubieran unido tan íntimamente como á la postre se unieron. Eran opuestos y afines, con algo de las mismas diferencias y semejanzas que pueden encontrarse entre el Marte griego y el romano. No tiene en la mitología griega el dios de la guerra el mismo lugar preminente que en Roma tuvo, y cuando los escultores griegos lo representaban, representábanlo como el vencedor que despues del combate vuelve al reposo llevando en sus manos el ramo de oliva mientras se sienta Eros á sus piés. Los escultores romanos, ó los que trabajaron para Roma, representan á Marte como el dios de la guerra en todo su furor, en el mismo acto de guiar las huestes á la victoria. Pero siendo tan diferentes estos dos conceptos, eran, despues de todo, conceptos del dios de la guerra. Podemos comparar á Goethe con el primero, á Schiller con el segundo: eran espíritus afines, unidos por un propósito comun.

Habiendo indicado ya los contrastes que los separaron, convendria decir algunas palabras de las analogías que sirvieron de base á su intimidad. No es necesario señalar los puntos salientes que dos poetas así tuvieron en comun. Bastará á nuestro propósito señalar algunos más profundos. Ambos es-

tuvieron verdaderamente convencidos de que el arte no es un mero lujo, una mera diversion para encanto del perezoso ó alivio de aquel que vive abrumado por el trabajo, sino una influencia poderosa, séria en sus fines, aunque agradable en sus medios, un hermano de la religion, con ayuda del cual se realizó el gigantesco plan del Universo. Esto no era en ellos una frase sonora. Profesaban ardientemente esta opinion. Creian que la cultura elevaria al género humano á la plenitud de su poder, y ellos como artistas no conocian cultura igual á la del arte. Sin duda por haber advertido esta creencia dijo Karl Grün: «Goethe es el idealista más ideal de la tierra: un idealista estético.» De aquí procede tambien el error muy generalizado de creer que Goethe «miraba la vida solo como un artista,» es decir, que solo estudiaba la humana naturaleza en cuanto podia ofrecerle materiales para el arte, punto que examinaremos más detenidamente en otra ocasion. Las fases de su desenvolvimiento han sido muy análogas y los llevaron á términos muy parecidos. Ambos empezaron con rebeldía; ámbos renunciaron á un desórden titánico al pasar de la juventud á la edad madura. En Italia la contemplacion de las obras maestras completó la metamórfosis de Goethe. Schiller hubo de emprender la suya en el brumoso Norte y bajo la constante presion de la inquietud. Suspiraba él tambien por Italia y creyó que el clima de Grecia le haria poeta. Su intenso é histórico pensamiento no acertaba á encontrar estímulos ni placer en las artes plásticas. El alimento con que su grande alma se nutria eran los grandes hombres y los grandes hechos. «Su purificacion poética vino de ideales morales, así como en Goethe el ideal moral procedió del artístico.» (1)

Las *Vidas* de Plutarco formaban la Biblia de Schiller. Las obras maestras de la poesia clásica vinieron á sus manos en ese período de su desarrollo para llevarlo suavemente de la mano al mismo punto en que Goethe estaba. Leyó las tragedias griegas en desdichadas traducciones francesas, y con ayuda como esa tradujo penosamente la *Isigenia* de *Eurípides*.

(1) *Gervinus*, véase pág. 152.

Homero, en la fiel traducción de Voss, vino á ser para él lo que era el original para Goethe. Y hasta qué punto se arrojó de lleno en el mundo antiguo, puede verse en su poema *Los dioses de Grecia*. Del mismo modo que Goethe, había visto separarse gradualmente y cada vez más sus opiniones religiosas del cristianismo ortodoxo, y como Goethe había formado un sistema para sí con Spinoza, Kant y los sábios de Grecia.

Al tiempo, pues, en que estos dos hombres parecían más antagónicos y estaban más opuestos en sus sentimientos, iban acercándose cada vez más en su desarrollo, y una firme base se estaba preparando para sólida y duradera unión. Goethe contaba cuarenta y cinco años; Schiller treinta y cinco. Goethe tenía que dar mucho, que Schiller aceptó con gratitud, y si no pudo devolver al pensamiento de su amigo la influencia que tuvo este sobre él ni aumentar los magníficos tesoros de su saber y su experiencia, pudo darle lo que después de todo era más valioso, *simpatía é impulso*. Excitó á Goethe para trabajar. Lo retiró del cultivo cada vez mayor de la ciencia y lo devolvió á la poesía. Le instó para que concluyera lo que estaba ya comenzado y para que no dejara sus obras en fragmentos. Trabajaron juntos con el mismo ardor y con idéntico propósito, y su unión es el más glorioso episodio de la vida de cada uno, y ha quedado como un ejemplo eterno de noble amistad.

De todos los homenajes que ha rendido un pueblo entusiasta á la grandeza de Schiller, no hay tal vez ninguno que tenga el peso de ternura y autoridad de la noble alabanza de Goethe. Es un hecho muy curioso de la historia de Shakspeare que no se conoce una sola línea escrita por él en alabanza de otro poeta de su tiempo. Era la moda por aquellos días que los poetas escribieran versos en elogio de sus amigos, y los elogios dedicados á Shakspeare son tales, que pueden satisfacer la idolatría de sus admiradores de hoy; pero no existe ningún elogio, ni un verso siquiera de aquel cuyos elogios importarian más que todos los otros juntos (1). Si las murmura-

(1) Hay en verdad, en el *Passionate Pilgrim* unos versos en que se habla de Spenser con muchos elogios, pero es dudoso que el *Passionate Pilgrim* sea

ciones literarias y alguna malicia juntamente hubieran producido la absurda impresion de que Shakspeare fué frio, egoista é idólatra de sí mismo, este hecho curioso habria constituido á la verdad una prueba condenatoria. Me he valido de Shakspeare como contraste de Goethe tantas veces en mis trabajos, que no haria bien si omitiera el contraste en este punto. De todos los sentimientos que se atribuyen ordinariamente á los literatos, la envidia es aquel de que más lejos estaba, así como de todas las cualidades con que se engalana la grandeza, sobresalia por su magnanimidad. La corriente del tiempo llevará á edades remotas la memoria de varios cuyos nombres vivirán solamente en sus alabanzas, y los futuros estudiantes de historia literaria no encontrarán en la vida de Goethe ningun hecho parecido al que hemos notado en la de Shakspeare; verán cuán entusiasta fué la admiracion que profesó á sus rivales, Schiller, Voss y Herder, y con cuánta prontitud descubrió el génio de Scott, Byron, Beranger y Manzoni.

Pero debo abandonar ya este intento de caracterizar á los dos rivales y proceder al relato de su activa cooperacion en el trabajo comun.

Mientras el gran mundo estaba profundamente agitado por el rápido curso de la Revolucion, el pequeño mundo de Weimar seguia tambien su camino casi como si no sucediese á la sazón nada que interesase al destino del género humano. Como Goethe es la figura más grande de Alemania, los ojos de todos los alemanes se convierten á su actitud deseosos de saber cómo se condujo en aquellos dias. Lo ven moviéndose fuera de la corriente de las ideas, sin simpatizar activamente con los sucesos, y algunos encuentran la mejor explicacion del caso en esta breve fórmula: «era un egoista.» Si se fijan, sin embargo, en sus compañeros y rivales, encontrarán la misma indiferencia. Wieland, el enemigo declarado de todo despotismo, estaba asustado por el reino del terror y pedia una dictadura. No era Schiller, por extraño que el caso parez-

otra cosa que la tentativa de un librero deseoso de atribuir á Shakspeare una obra que no escribió, y es lo cierto que Shakspeare no es el autor del soneto en que se menciona á Spenser, puesto que el soneto fué publicado con anterioridad por un tal Richard Barnfield.

ca, el poeta de la libertad, el creador de Posa, más favorable que Goethe á la revolucion francesa. La república le habia dispensado un honor particular. Le habia concedido el diploma de ciudadano, aquella dignidad que fué conferida al mismo tiempo á Washington, Franklin, Tomas Paine, Pestalozzi, Campe y Anacarsis Clootz. El diploma firmado por Danton y Roland y fechado en 6 de Setiembre de 1792 se conserva actualmente en la Biblioteca de Weimar, y allí los viajeros pueden notar la característica exactitud con que diletreaban los franceses el apellido de Schiller: *á Mr. Gille, publicista aleman*. Este honor lo debió Schiller á sus *Bandidos*, ó como sus admiradores decian, á *Roberto, capitan de bandidos*.

Desde un principio miró con poca simpatía á la Revolucion, y el proceso de Luis XVI produjo en él una impresion tan profunda, que comenzó un mensaje á la Convencion Nacional; pero los sucesos se adelantaron rápidamente á este proyecto de intervencion particular. Como Wieland, cifraba sus únicas esperanzas en una dictadura.

Siendo tal la posicion de las primeras inteligencias, no debe maravillarnos que siguieran sus particulares direcciones, como si nada aconteciese á la sazón en Francia ó en otra parte alguna. Weimar no podia tomar parte en la política europea. Los hombres de Weimar tenian que representar un papel en la literatura. Veian en ella la posibilidad de una regeneracion. Creyendo en la poderosa eficacia de la cultura, se consagraban á ella con patriotismo. Una rápida ojeada sobre la literatura alemana nos hará ver que el patriotismo tenia un noble trabajo que hacer en defensa de esta causa.

La feria de Leipsig rivalizaba con nuestra Prensa Minerval: libros de caballería, historias de bandidos célebres, supersticiones germanas, los sentimentales cuadros domésticos de Augusto Lafontaine y representaciones del género del *Sturm und Drung* (1) bullian en los sagrados lugares del arte como

(1) Sabido es que el período de la historia de la literatura alemana, llamado del *Sturm und Drung* (de tormenta é ímpetu) corresponde exactamente á los que se conocen con el nombre de románticos en los pueblos neo-latinos.

(Nota de la R.)

nueva invasion de los godos. En la escena reinaba Kotzebue. El *Extranjero* llenaba todos los teatros y conmovia la sensibilidad de un público muy propenso á las emociones. Klopstock acentuaba constantemente su carácter de oráculo y se hacia constantemente ménos poético.

Juan Pablo daba á la verdad señales de poder y de originalidad, pero esceptuando á Goethe y á Schiller, Voss, que habia escrito su *Luise* y traducido á *Homero*, era el único que parecia estar en disposicion de capitanear una escuela de que la nacion pudiera enorgullecerse.

Tal era el estado de las cosas cuando Schiller concibió el plan de un periódico, *Die Horen* (1), digno de recordacion por muchos motivos para los que estudian la literatura alemana. Goethe, Herder, Kant, Fichte, los Humboldts, Klopstock, Jacobi, Engel, Meyer, Garve, Matthisson y otros, debian formar una falange cuya irresistible fuerza les daria rápidamente el dominio del país.

Esta fué la empresa que formó el primer eslabon de la amistad de Goethe y Schiller. Cierta dia del mes de Mayo de 1794 se encontraron al volver de una explicacion de Batsch en la Sociedad de Historia Natural de Jena. Hablaron sobre la materia, y Goethe oyó con agradable sorpresa á Schiller criticar el método parcial que adoptaban unánimemente los que enseñaban las ciencias. Cuando llegaron á la casa de Schiller, Goethe entró con él, exponiendo la teoría de las Metamórfosis con gran calor. Cogió una pluma y trazó un rápido bosquejo de la planta típica. Schiller le oyó con gran atencion, apoderándose de cada punto con claridad y rapidez; pero moviendo al cabo la cabeza, dijo:

—Eso no es una observacion, es una idea.

Goethe añade:

—Mi sorpresa fué penosa, pues estas palabras indicaban claramente el punto que nos separaba. Las opiniones que habia expuesto en su ensayo sobre *Anmuth and Würde* reaparecieron en mi pensamiento, y mi antigua antipatía casi se reavivó. Logré, sin embargo, dominarme y le contesté que estaba

(1) *Las horas.*

sumamente satisfecho de ver que yo tenia ideas sin saberlo y que era capaz de contemplarlas con mis propios ojos.

No cabe disputar que Schiller tenia razon, aunque tal vez asignaban él y Goethe á la frase una significacion exclusivamente subjetiva. Goethe sabia muy bien que la planta típica no se puede buscar en la Naturaleza, pero creia que se *revela* en las plantas (1). Como habia llegado á creer en un tipo por la observacion directa y la comparacion y no por medio de una deducccion *a priori*, sostenia que ese tipo era una intuicion (*Anschauung*), no una idea. Schiller estaba, probablemente, más impresionado con la evidencia metafísica. El vacío que entre ellos existia era, á la verdad, muy profundo, y Goethe dice con exactitud:

—En un conflicto del Objeto y el Sugeto, el mayor y el más interminable de todos los conflictos, comenzó nuestra amistad, que habia de ser eterna.

La amistad habia comenzado. La mujer de Schiller, á quien Goethe tenia una gran consideracion, se esforzó en reunirlos, y el proyectado periódico *Die Horen* trajo á union amistosa su actividad y sus simpatías. Rápido fué el crecimiento de esta amistad y benéfico por ámbas partes. Schiller hizo á Weimar una visita de quince dias; Goethe iba á Jena con frecuencia, y encontraron que estaban de acuerdo, no solo en determinados asuntos, sino tambien en el modo de considerarlos. «Me costará mucho tiempo, escribe Schiller, desenredar todas las ideas que habeis despertado en mí; mas espero que no se perderá ninguna.»

Lamentando que con motivo de habérsela prometido ya á un editor no le fuera posible dar la novela *Wilhelm Meister á Die Horen*, Goethe envia, sin embargo, á Schiller todo el manuscrito á partir de la tercera parte, y aprovecha con gratitud la amistosa crítica con que fué leida por aquel.

Le dió, sin embargo, las dos *Epístolas*, el *Urterhaltungen deutscher Ausgewanderter*, las *Roman Elegies* y el ensayo sobre *Literary Sansculotism*.

(1) Goethe, hablando de sus trabajos en otra parte, dice lo siguiente: "Traté de encontrar el primitivo animal (*Urthier*), en otros términos, la concepcion, la idea del animal." Werke XXXVI, pág. 14.

La cita de *Wilhelm Meister* nos lleva á retroceder algunos meses, al período en que el poeta tomó vivo interés en la direccion del Teatro de Weimar y sintió tambien mayor interés por esa novela en que habia pensado tantos años. La acabó; pero la acabó en sentido muy distinto de aquel en que fué comenzada. Yo estoy muy distante de creer que la crítica de Schiller fuera muy ventajosa para esa produccion.

Finalizaba el mes de Julio cuando fué Goethe á Dessau, y desde allí á Dresde, donde se esforzó por olvidar con Meyer las turbaciones del tiempo en la contemplacion de los tesoros del arte. «Toda Alemania, escribe á F. von Stein, está dividida en hombres ansiosos, politicastros é indiferentes. En cuanto á mí, no encuentro nada preferible á representar el papel de Diógenes, y ruedo en mi tonel.» Volvió de ese viaje y fué adquiriendo diariamente mayor intimidad con Schiller. Comenzaron el cambio amistoso de las cartas que se han publicado despues en seis tomos muy conocidos. En las cartas escritas por Goethe á varios amigos en aquel mismo período, 1795, se advierte un interior contento que atribuye acertadamente á la nueva influencia que experimentaba. «Fué para mí, dice, una nueva primavera en que todas las semillas fructificaron y florecieron alegremente en mi naturaleza.» El contacto con la mente ardorosa y la viva ambicion de Schiller, le dió el estímulo que habia necesitado tanto tiempo. Las espuelas que escitan ordinariamente la actividad de un escritor, el deseo de labrarse una fortuna ó el de conquistar la gloria, no le aguijoneaban. No necesitaba dinero; habia alcanzado ya bastante reputacion, y no habia nacion á que apelar debiera. Pero la lucha sin descanso de Schiller y la emulacion que promovia, obró como por arte de magia sobre él. Los años de su amistad fueron los más productivos para entrámbos. En una carta inédita de la señora de Stein á Carlota de Lengefeld, fechada en 1795, se descubre esta observacion digna de apuntarse: «Yo creo tambien que Goethe se está acercando más á Schiller, pues ahora parece estar más enterado de que existo. Se me representa como un náufrago refugiado en cualquiera de las islas del Mar del Sur que empezase á pensar ahora en volver á su hogar.» Lo del naufrago

gio se refiere por supuesto á Cristiana Vulpius y lo del hogar al salon de la señora de Stein. Sin embargo, es posible invertir estos términos.

El 1.º de Noviembre tuvo Goethe otro hijo; le dice á Schiller que pague su contribucion con una hija, de modo que la familia poética pueda ser unida y aumentada por medio de un matrimonio. Pero el niño murió á los pocos dias. El 20 escribe Schiller: «Hemos deplorado hondamente la pérdida que habeis sufrido. Podeis consolaros con el pensamiento de que ha sobrevenido muy pronto y de que afecta, por tanto, más que á vuestro amor, á vuestras *esperanzas*.» Goethe contesta: «No sabe el hombre si es mejor en tales casos dejar que siga su curso natural la afliccion, que reprimirla por medio de los diversos auxilios que la cultura nos ofrece. Si se decide por este último método, como á mí me ha sucedido siempre, solo se fortifica por un instante, y he observado que la naturaleza hace valer sus derechos al través de otra crisis cualquiera.»

No parece que sobreviniera otra crisis en este caso. El poeta desplegaba en todas direcciones su actividad. Gotting acababa de presentarse en Jena con el descubrimiento de que el fósforo arde en el nitrógeno, y esto dirigió los pensamientos de Goethe á la química, que fué su recreo por algun tiempo. La anatomía no dejó nunca de atraerle, y en desapacibles mañanas se le veia dirigirse al través de la nieve á las explicaciones de Soder, con diligencia que podian envidiar los estudiantes jóvenes. Los Humboldts, especialmente Alejandro, con quien estaba en correspondencia activa, mantuvieron vivo su ardor científico, y á sus enérgicos consejos debemos los ensayos sobre *Anatomía comparada*. Constantemente hablaba con ellos de estos asuntos, exponiéndoles elocuentemente sus ideas, que nunca se habrian transcrito quizás al papel, si ellos no le hubieran instado tanto. Verdad es que no acabó los *Ensayos*, y solo en 1820 dió á la estampa lo que habia escrito. Estas conversaciones con los Humboldts comprendian un vasto campo. «No hay, tal vez, presuncion alguna, decia el poeta, en suponer que muchas ideas han entrado desde entonces, por medio de una *tradicion*, en el fondo comun de la ciencia

y han florecido con buen éxito, aunque al jardinero que esparció las semillas no se le nombra nunca.»

Los planes poéticos eran numerosos y algunos fueron ejecutados: Una tragedia sobre el asunto de *Prometheus Unbound* fué empezada por él, mas no la continuó. El *Himno á Apolo* fué traducido. *Alexis und Dora*, el *Vier Jahres-Zeiten* y algunos de los poemas más pequeños fueron escritos entonces y entregados á Schiller para *Die Horen* ó el *Musen-Almanach*. No mencionamos las traducciones que hizo de escritos de Madame de Stael ni *La Autobiografía de Benvenuto Cellini*. Pero la producción de este período que causó mayor sensación fueron los *Xenien*.

Ya hemos indicado que el estado de la literatura alemana no era brillante á la sazón, y que el gusto público era muy mediano. *Die Horen* fué dado á luz para corregir por medio de una ilustre unión de «*todos los talentos*» ese gusto degradado. Vino, fué visto y no hizo ninguna conquista. Las medianías, puestas sobre las armas, lo combatieron en numerosos periódicos. La estupidez, contra la cual, como dice Schiller, hasta «los mismos dioses son impotentes,» no fué perturbada en lo más mínimo. *Die Horen* fué una doble quiebra, pues no pudo sostener sus gastos y no logró escitar gran admiración entre sus escasos compradores. Artículos de los escritores más insignificantes fueron atribuidos á los más ilustres. El mismo Federico Schlegel atribuyó un escrito de Carolina von Wolzogen á Goethe. El público cayó en una gran confusión, en un verdadero embrollo. «*Todos los talentos*» no han logrado todavía establecer un periódico duradero y hay buenas razones para creer que no lo producirán nunca. *Die Horen* tuvo el mismo destino de *The liberal*, en que Byron, Shelley, Leigh Hunt, Moore, Hazlitt y Peacock tomaron parte. Pero los dos grandes poetas que habian tomado el mayor interés en aquella publicación, no podian ser impunemente desconocidos. Tomaron una venganza literaria, y esta venganza fueron los *Xenien*.

Una pequeña biblioteca podria coleccionarse con las obras aludidas en estos epigramas; pero para mis lectores el asunto tiene necesariamente muy poca importancia. No exclamarán

ellos como Boas: «El 31 de Octubre de 1517 empezó la Reforma de la Iglesia en Alemania; en Octubre de 1796 empezó la Reforma de la Literatura. Así como Lutero publicó sus *Tesis* en Wittemberg, así Goethe y Schiller publicaron sus *Xenien*. Nadie había tenido hasta entonces el valor de afrontar así la sagrada *Estupidez*, de azotar toda *Hipocresía*.» Se conoce muy bien que tales flagelaciones eran necesarias por el clamoreo que en todas partes se levantó; pero que se lograra realizar alguna purificación literaria de importancia es lo que no nos parece tan evidente.

La idea fué de Goethe. Vínole á las mientes leyendo la *Xenia* de Marcial, y habiendo hecho una docena de epigramas, se los envió á Schiller para el *Musen-Almanach*. Schiller los leyó con verdadero deleite, pero dijo que debían hacerse ciento, dirigidos principalmente contra los periódicos que se habían distinguido por sus ataques á *Die Horen*. Ciento pareció pronto un número demasiado pequeño, y se acordó que fueran mil. Se escribieron con el más amplio espíritu de colaboración, debiéndose algunas veces la idea á uno de los poetas y la forma al otro. Algunas veces escribía uno el primer verso y dejaba el segundo para su compañero. No es posible hacer un verdadero reparto de los epigramas, en el cual se fueran distribuyendo uno por uno, aunque no faltan críticos que han logrado hacer una distribución aproximada. Maltzahn ha prestado recientemente eficaz ayuda á los que han intentado ese trabajo, pues le ha sido dado consultar los manuscritos originales. Con arreglo á estos nuevos datos resulta que Goethe escribió una sexta parte del todo y los ménos injuriosos y personales.

La sensación que produjeron esos epigramas fué extraordinaria. Los malos escritores del reino formaban un ejército y se consideraron personalmente agraviados. Los pietistas y la gente sentimental fueron entregados á la burla, los pedantes y los pedagogos verdaderamente azotados. Era tan considerable el número de las opiniones y las personas maltratadas, que los oídos del público resonaron fuertemente con los ayes de los mal heridos. Se intentó muy pronto tomar el desquite, y la *Xenien-Sturm* quedará como un curioso episo-

dio de la guerra «de muchas cabezas aturcidas contra las dos que eran doctas.» «Es divertido, escribe Goethe á Schiller, ver lo que ha irritado verdaderamente á estas gentes, lo que creen que nos irritará, cuán vacía y baja es la opinion que tienen de los demás, cómo lanzan exclusivamente sus flechas á los reductos exteriores y cuán escasamente piensan en la inaccesible ciudadela que habitan los hombres sérios y decididos.» La sensacion producida por la *Dunciad* y por los *English bards and Scotch Reviewers*, no fué comparable á la que produjeron los *Xenien*, aunque el chiste y los sarcasmos de estos eran poca cosa comparados con el vitriolo de la *Dunciada* y los *Bardos ingleses*.

Mirándolos solamente á la luz de una apreciacion del chiste como tal, y no á la viva luz de la indignidad ó malicia de las personas, los *Xenien* parecerán débiles producciones, y la sensacion que produjeron ha de parecer absurda en cierto modo. Pero la verdad es que tropieza con el mismo desengaño el lector moderno del *Anti-Jacobin*. Sabemos que sus páginas fueron el terror de los adversarios y la maliciosa alegría de los amigos. Sabemos que por mucho tiempo fué considerado como el repertorio de la gracia inglesa, y los *Dias del Anti-Jacobin* son citados por los ingleses como los *Dias de los Xenien* por los alemanes. Cuando leemos ahora, exentos de toda excitacion personal, entrambas producciones, experimentamos, sin embargo, un sentimiento de asombro ante su enorme influencia. En los *Xenien* hay algunos epigramas que saboreamos todavía, merced á la sal y al donaire con que están escritos. Hay tambien muchos que no tienen pretensiones de agudeza, pero expresan admirablemente cánones críticos y filosóficas ideas. El buen gusto no se puede crear con los ataques de que el malo es objeto, pero habia al ménos la esperanza de que tales castigos dejarian algunas partes doloridas. En este sentido los *Xenien* prestaron buenos servicios.

GEORGE HENRY LEWES.



VIDA DE KANT.

VI.

KANT Y WOELLNER.

1.—*Los decretos religiosos.*

Necesitamos remontarnos un poco para referir este desagradable y célebre conflicto. Existían las circunstancias exteriores de peor género que podían trasformar en persecucion política una discusion teológica. Bajo el gobierno del gran rey y de su ilustre ministro jamás hubiera sucedido al filósofo de Koenisberg lo que en estos momentos era natural consecuencia de la nueva forma de gobierno.

Federico «El único» murió el año de 1786. Su sucesor Federico Guillermo II, muy diferente del gran rey, de fútil y voluble espíritu, y sin elevacion alguna de pensamiento, no hubiera sido por sí mismo un peligro para nuestro filósofo. Por el contrario, al ocupar el trono le dió muestras de benevolencia y de respeto. Hizo que fuese Kiese Wetter á Koenisberg para que estudiara en sus propias fuentes la filosofía kantiana. Se entregó en brazos del misticismo y de lo misterioso, más por su forma extraordinaria y estravagante que por pietismo. En una palabra, no le convencía el pietismo, pero le seducía. En verdad no podía costar mucho trabajo atraer á esa direccion á un hombre que sentía interés y hasta admiracion por St. Germain y Cagliostro. Ya nadie ignora con qué medios y con qué facilidad supieron alucinar y conquistar al crédulo monarca.

La política prusiana tomó en este reinado el camino de la reaccion, que se iba acentuando á medida que en Francia se desencadenaba la revolucion y crecían sus impetuosos

ataques á la Iglesia y el Estado. La revolucion estaba aliada en Francia con el pensamiento libre. La monarquía en Prusia contraia alianzas con los enemigos más apasionados de las luces, y cayó en el error de buscar en el crecimiento del poder clerical una proteccion contra el deseo de las novedades políticas.

Dos años más tarde del cambio de trono, cayó el ministerio Zedlitz, y en su lugar fué colocado el 3 de Julio de 1788 un teólogo fanático y ambicioso, el antiguo predicador Juan Cristian Woellner. El general ayudante del rey, Bischofsverder, tenia sus mismas ideas. Desde estas regiones y con la fuerza de la autoridad superior, se organizó una verdadera campaña contra el racionalismo, con objeto de expulsarlo de todas sus posiciones ventajosas en la cátedra y en la literatura. Pocos dias despues del nombramiento del ministro, el 9 de Julio de 1788, se publicó un decreto que obligaba severamente á los profesores de religion á sujetarse á lo dispuesto como norma única y exclusiva, amenazándoles en caso contrario con la pérdida del empleo. Este es el memorable decreto de Woellner. Otro posterior del 19 de Diciembre del mismo año suprimia la libertad de la prensa, sometiendo á la censura las obras nacionales y sujetando á inspeccion las extranjeras. Para que se llevaran á cabo estas medidas se estableció en Abril de 1791 una autoridad especial encargada de la inspeccion y vigilancia en todas las cuestiones religiosas y de enseñanza. Constaba esta autoridad, especie de consejo supremo, de tres hombres, que se llamaban consejeros consistoriales, siendo en realidad los más serviles instrumentos de Woellner; sus nombres eran: Hermes, Woltersdorf é Hilmer. Tenian omnímmodo poder sobre todos los empleos académicos y eclesiásticos; tenian en sus manos la promocion y el ascenso, la supresion y la facultad de disponer de todos ellos. Examinaban á todos los candidatos para los empleos académicos y religiosos, y recaia este exámen en su fé y sus opiniones. Los predicadores y profesores existentes estaban rigurosamente vigilados y sometidos á la censura, que solo atendia á sus ideas religiosas. Viajaban por todas las provincias, inspeccionaban los establecimientos públicos, decretaban sobre la enseñanza y los libros de texto, recomendando los que ellos mismos escribian ó encomendándolos á los que *pensaban bien*. Aquel que no se acomodaba explícitamente á estas disposiciones, provocaba las sospechas de la autoridad inquisitorial, y se le señalaba como *mal pensado*. A los sospechosos se les llamaba racionalistas, enemigos de toda religion y ateos. No se tardó mucho en llamarles tambien jacobinos y demócratas. En 1792 y 94 los decretos sobre religion y censura fueron más severos

todavía. Se consideraba á todo racionalista como sedicioso, y todo profesor al tomar posesion de su cargo debia jurar sobre los libros simbólicos.

2.—*La doctrina religiosa de Kant.*

En estos momentos precisamente sobrevinieron las investigaciones críticas de Kant sobre política y religion. La Crítica de la Razon práctica, que ya contiene el elemento fundamental de la doctrina religiosa de Kant, se publicó en el mismo año en que Woellner subió al poder. La filosofía crítica y con ella un nuevo racionalismo mejor fundado, se habian extendido á las más lejanas regiones del mundo científico, y se encontraban en el momento más propicio para conquistar las cátedras de las Universidades alemanas. Su íntima naturaleza era totalmente opuesta al espíritu con que gobernaba en la enseñanza el ministerio de Federico Guillermo, y que amenazaba á la libertad del pensamiento y de conciencia, no en sus extravíos y exageraciones, sino en sus mismas raíces. Una figura de tanta influencia como la de Kant y una filosofía tan poderosa como la suya debian provocar muy pronto en el campo enemigo rudos ataques y disposiciones hostiles. Una carta de Kiesewetter que fué encontrada entre los manuscritos de Kant demuestra que desde el primer dia en que Wolterdorff ejerció sus funciones, habia ya propuesto al rey que se prohibiera al filósofo Kant explicar cosa alguna (1). Pero el ataque que se dirigió contra Kant no se hizo de esa manera que tanto agradaba á Wolterdorff.

Kant mismo ofreció esta ocasion al fanatismo de Berlin. Habia enviado para su publicacion en 1792 á la *Revista Mensual* de Berlin, inspirada por el racionalismo de aquella época, un trabajo sobre el «mal absoluto.» Se hacia la impresion de la *Revista* en Jena; pero con objeto de evitar todo lo que pudiera sugerir el pensamiento de que se habia querido evitar la censura y hacer una especie de fraude literario, encargó Kant explícitamente que se sometiera su artículo á la censura de Berlin. Dió Hilmer la autorizacion para que se imprimiera, añadiendo sin embargo para su completa tranquilidad que lo hacia «en vista de que los artículos de Kant solo son leidos por los científicos muy profundos.» Se publicó el artículo en Abril de 1792. Poco despues envió Kant al mismo periódico y con la misma recomendacion su segundo trabajo sobre «La lucha del bien y del mal.» Como asunto

(1) Schubert, Kant's Biographie. F. 130.

concerniente á la teología bíblica, pasó este escrito á la censura comun de Hilmer y Hermes. Negó este último el *imprimatur*. Apoyó Hilmer á su colega y comunicó por escrito esta resolución al director de la *Revista*. A las observaciones de este se replicó sencillamente «que los censores no tenían otro criterio que el decreto sobre religion y que no podían dar explicaciones de ningun género.» Esto imposibilitó desde luego la publicación del artículo en la *Revista Berlinesa*. Pero Kant, que habia publicado ya la primera disertación, deseaba vivamente hacer lo mismo con las tres siguientes que se hallaban enlazadas con la primera de un modo íntimo y directo. No habia otro camino posible que dar este escrito á una facultad teológica para que lo examinara y diera el necesario permiso.

No se dirigió á Goettingen, por ser Universidad extranjera; tampoco podia dirigirse á Halle, que habia prohibido se publicara el escrito de Fichte, «Crítica de toda revelación.» Adoptó el camino más corto y sometió sus disertaciones á la censura de la facultad teológica de Koenisberg. Esta votó por unanimidad la autorización, y poco tiempo despues fueron publicados los cuatro estudios como obra completa y formando un solo volúmen con este título: «*La religion en los límites de la razon*,» obra que fué impresa en 1793 en la casa de Nicolovius en Koenisberg. Causó tanta sensación esta obra de Kant, que al año siguiente era ya de todo punto necesaria una segunda edición. Pero el tribunal clerical de Berlin no podia ver esto con calma, y aprovechó la ocasión por tanto tiempo deseada de tomar alguna medida contra nuestro filósofo.

El 12 de Octubre de 1794 recibió Kant esta extraordinaria orden: «Federico Guillermo, rey de Prusia por la gracia de Dios, etc., á nuestro fiel é ilustre súbdito, salud. Nuestra elevadísima persona ha visto desde algun tiempo con sumo disgusto cómo habeis abusado de vuestra filosofía para relajar y desnaturalizar muchas de las doctrinas fundamentales de la Santa Escritura y del cristianismo, particularmente en vuestro libro sobre la *Religion en los límites de la Razon* y en otros escritos menores. Nos esperábamos algo mejor de vos, y debeis tambien comprender hasta qué punto faltais á vuestros deberes como maestro de la juventud y á mis paternales prescripciones en bien del país. Esperamos de vuestra parte en el menor plazo posible una justificación completa, y os advertimos que si no quereis caer en desgracia con nos, no incurrais de nuevo en las faltas cometidas, aplicando por el contrario todo vuestro celo y autoridad, como es deber vuestro, á que se lleven á cabo con mejor éxito nuestras paternales intenciones. En caso contrario, os atendreis necesariamente á las dolorosas consecuencias que os sobrevinieren.

Haceos acreedor á nuestra alta gracia. Berlin 1.º de Octubre de 1794. Por orden especial de S. M., Woellner.»

Al propio tiempo todos los profesores de filosofía y de teología de Koenisberg tuvieron que comprometerse por escrito á no dedicar cursos á la filosofía religiosa de Kant.

En esta época se hallaba nuestro filósofo en la cima de sus años y de la gloria: tenia setenta años de edad, y el mundo entero glorificaba su nombre. Con ocasion de la medida de que acababa de ser víctima obró con la mayor prudencia. La guardó para sí mismo y con tanto secreto, que excepcion hecha de un solo amigo, nadie tuvo conocimiento del hecho hasta que él lo propagó despues de la muerte del rey. El cambio de ideas que se le pedia, era absolutamente imposible; la resistencia abierta era inútil y contraria á sus sentimientos. El único partido que le quedaba era el silencio. Sobre un pedacito de papel que se encontró entre otros despues de su muerte, escribió las siguientes palabras que expresan su situacion y sus pensamientos como en un monólogo: «Abdicar y dementir una conviccion interior es una bajeza, pero callar en un caso como el presente, es el deber de un súbdito; y si todo lo que se dice debe ser verdadero, no por eso es un deber decir públicamente toda la verdad.»

En este sentido respondió Kant á la carta real justificándose de los cargos que se le hacian y demostrando que eran infundados. En cuanto á la recomendacion que se le hizo de emplear mejor su talento, la cumplió condenándose al silencio. Se resignó á no dar curso alguno sobre asuntos de religion. «Para evitar la última sospecha—dice al final de la carta—aseguro solemnemente y declaro, como muy fiel vasallo de Vuestra Real Magestad, que en lo futuro, así en mis escritos como en mis clases, me abstendré por completo de todo lo que se refiera á la religion, así á la natural como á la revelada.» Estas palabras, «como muy fiel vasallo de Vuestra Magestad,» contienen una reserva mental muy prudente y que tal vez podrá parecer á algunos demasiado prudente. Se comprometia á callar mientras el rey viviera, y adoptó este giro con el pensamiento de que en caso de que el rey muriera ántes que él, como seria entonces súbdito del sucesor, recobraría de nuevo su libertad de pensamiento.—Esplicitamente lo dice él mismo en otra parte.

Los hechos, en efecto, justificaron la prevision. Kant tuvo la satisfaccion de recobrar su libertad de pensar, al ocupar el trono Federico Guillermo III, con el cual reapareció en Prusia el verdadero espíritu de tolerancia. La lucha entre la razon y la fé, entre lo racional y lo positivo, crítica y precepto, ó como quiera llamarse, dieron lugar, de parte de los teólo-

gos, á ataques muy sensibles é injustificados contra nuestro filósofo. A él le importaba que esta cuestion se siguiera lealmente y en conformidad con lo que se debia buscar, que no era la derrota del adversario, sino el progreso de la ciencia. No era aquello un mero proceso entre la teología y la filosofía, pues bien considerada en su generalidad, la discusion alcanzaba á las relaciones de las ciencias filosóficas con las positivas, que se diferenciaban entre sí en la Universidad, segun los diferentes miembros que la componian. Fué tal esta lucha entre los individuos de las facultades, que casi tomaron aspecto de derecha é izquierda de Parlamento. En esta discusion intervino Kant con su escrito «La disputa de las facultades,» poniendo término á aquellas divisiones de la ciencia y señalando á cada parte los límites en que podia desenvolverse. En el prefacio daba cuenta de lo que le habia acontecido durante el ministerio Woellner. Tal fué el último escrito digno de su talento.

VII.

ULTIMOS AÑOS DE KANT.

El extraordinario génio de este hombre, fortalecido por una inquebrantable fuerza de voluntad, excitado siempre por trabajos nuevos y á cual más difíciles, se conservó siempre activo y diligente en lo posible para un cuerpo enfermizo y agoviado por los años. Pero estaba este cuerpo agotado, y las fuerzas corporales se fueron debilitando rápidamente. Aperciéndose Kant de su propia caducidad, se habia retirado, desde 1797, de su cátedra, y fué poco á poco suspendiendo todas sus relaciones con la sociedad. Desde 1798 no acudió ya á ninguna de las invitaciones que tanto le halagaban antes, encerrándose en un pequeño círculo de amigos. De dia en dia se limitaba más la esfera de su vida y aumentaba el peso de sus años. Sin embargo, se ocupaba todavía de un trabajo original que designaba, frecuentemente, como su obra maestra, con esa preferencia que demuestra siempre el anciano por el último hijo que tiene. Debia exponer esa obra la transicion de la metafísica á la física, y él mismo la titulaba *Sistema de la filosofía en su totalidad*. Hasta los últimos meses antes de morir escribió en ella con toda la asiduidad posible. Es lícito dudar del valor de esta obra, de sus nuevos pensamientos, del orden y método que en ella existe, aun sin haberla leído, al considerar el estado de debilidad en que su autor se encontraba y al pensar en las conclusiones á que él podia haber llevado

su filosofía. No puede comprenderse qué pensamientos nuevos podían traerse dentro de una filosofía como la suya. Hombres competentes que han leído su extenso manuscrito aseguran que solo es la repetición de sus obras anteriores con el sello de la debilidad senil. Ese manuscrito se perdió, pero ha sido hallado de nuevo. Se ha pensado en su publicación, y las noticias que de él se dan confirman todo lo que se decía (1).

Lo que verdaderamente iba destruyendo á Kant no era una enfermedad especial, sino el marasmo con todos sus achaques. Estinguíase su memoria, aletargábanse sus miembros, vacilaban sus pasos; á consecuencia de esto disminuyó sus paseos, hasta que al fin los suprimió por completo. A lo último apenas podía tenerse en pie y necesitaba del apoyo y cuidado de los otros. A todo esto se unía una constante pesadez de cabeza que excéntricamente atribuía él á la electricidad del aire, para hacer que sus sufrimientos fuesen producto de circunstancias, y no de su propia debilidad. Los sentidos fueron debilitándose, especialmente el de la vista; perdió el apetito y se puso tan débil, que no pudo ocuparse ya de sus asuntos, ni contar dinero, ni certificar sus cuentas. En su antiguo discípulo Wasianski halló por fortuna un amigo decidido que generosamente se encargó del cuidado de su casa. Kant experimentó todos los achaques propios de la senectud. El 24 de Abril de 1803 cuando ya había cumplido setenta y nueve años, escribió estas palabras bíblicas que pocos como él pueden hacer suyas: «Segun la Biblia, dura nuestra vida setenta años, y cuando pasa, llega á los ochenta, y si tiene algun valor, solo es el de la pena y el trabajo.»

No debía él cumplir los ochenta años. Despues de un ataque agudo en Octubre de 1803 se repuso todavía por algunos meses. Las fuerzas le abandonaban cada vez más. Ya no podía escribir su nombre y olvidaba lo escrito. Las imágenes se borraban de su espíritu; las palabras más usuales faltaban á sus labios; no conocía ya á sus más íntimos amigos, y su cuerpo, que él en broma solía llamar su «Pobreza,» estaba seco como una momia. Estaba completamente harto y cansado de la vida. Al fin vino la muerte á sacarle de tan lastimoso estado, á 12 de Febrero de 1804. Si él hubiera vivido hasta el año siguiente, habría podido celebrar como *docent* de la Universi-

(1) Dice Wasianski, que segun el juicio de Schulze, á quien Kant enseñó el manuscrito, era ese trabajo el comienzo de una obra que no podía redactar. Ultimamente han discutido sobre el asunto las *Neuen-preussischen, Provincial-Blaetter* y los *Preussischen-jahrbuecher*. En fin, el que con más atención se ha ocupado de ese manuscrito y ha dado más noticias es Rudolf Reicke; segun este, consta de cien pliegos, y respecto á su contenido están todos conformes.

dad de Koenisberg su quincuagésimo aniversario. Fué contemporáneo y súbdito de Federico el Grande, y sentíase con razón por su espíritu hijo legítimo de esa época. El primer escrito que publicó al entrar en la carrera académica, «*Historia natural del cielo,*» lo dedicó al gran rey. Su obra más importante, la *Crítica de la Razon pura*, la dedicó al ministro Zedlitz. Entre las grandes figuras científicas de la época de Federico, es él la primera y la que con mejor derecho está al lado del mariscal en el monumento de Federico en Berlin.

En el espacio de su carrera académica ¡cuántas variaciones extraordinarias en la historia del mundo! La guerra de siete años y sus gloriosos resultados, que elevaron á la Prusia al rango de las primeras potencias de Europa; la guerra de la independencia americana; las sacudidas de la revolucion francesa, que en el último año de nuestro filósofo termina su primer período despues de tantas trasformaciones y pasa de su última forma republicana bajo el consulado, al absolutismo del imperio. No fué Kant un espectador ocioso de todos estos acontecimientos. Despues de sus estudios filosóficos, nada le interesaba tanto como la historia política del mundo. Seguía su curso con el más vivo interés. Abrazó la causa de América contra Inglaterra con la más viva simpatía, y aun con más calor se interesó por la revolucion francesa. La estrella de Federico el Grande se elevaba cuando Kant comenzó sus estudios académicos, y terminaba su brillante carrera cuando Kant comenzó sus trabajos académicos, cuando Kant comenzaba la que habia de recorrer. Los últimos años de nuestro filósofo vieron tambien levantarse la de Napoleon.

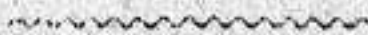
Murió antes de que la dominacion extranjera cayese sobre el suelo aleman y de la guerra de la independencia. Pero el espíritu de su filosofía estaba con la causa alemana, y Kant, que con tanto interés habia visto fundarse la independencia de otras naciones extrañas, hubiera sido sin duda alguna uno de los primeros en defender la libertad de su propia patria contra el humillante yugo del extranjero.

Kant tenia una antipatía decidida á la guerra como tal, y lo que particularmente excitaba su interés eran las reformas de los Estados y de sus Constituciones, hechas y basadas en ideas de justicia. Sus opiniones políticas particulares fueron determinadas en parte por los acontecimientos que él presenció, y no se interpretarán en sujecion á su particular matiz ni en sus características contradicciones si no se tiene presente la gran influencia que ejercian aquellos acontecimientos y la excesiva sensibilidad de Kant para todas estas cosas. El gobierno prusiano bajo Federico el Grande, la independencia americana, conquistada y fundada por Washington, y la

Francia de 1789 ejercieron gran influjo en las ideas políticas de nuestro filósofo. Sus mayores simpatías eran para el Estado de Federico, y sus antipatías para Inglaterra. Defendía con entusiasmo la idea primitiva de justicia de la revolución francesa y esta fué durante largo tiempo el tema favorito de sus conversaciones. Toda la tolerancia que tenía siempre con las opiniones opuestas á las suyas, desaparecía al tratar este último punto. La mejor Constitución para él, era aquella que á la mayor libertad uniera la legalidad mayor, pues entendía que sin esta condicion no es posible justicia alguna. La revolución francesa le atraía grandemente por la idea de derecho que contenía, pero no podía ménos de rechazarla por la anarquía inseparable del comienzo de una revolución.

KUNO FISCHER.

(Concluirá en el próximo número.)



REVISTA CRÍTICA.

I.

Es la *Academia matritense de jurisprudencia y legislación* un centro científico de no escasa importancia, donde se ventilan en animada discusión los diferentes problemas de la ciencia del Derecho, ora en su aspecto más elevado y filosófico, ya bajo un punto de vista esencialmente práctico. Palenque oratorio en que ejercitan sus fuerzas los más aventajados jóvenes que se dedican al foro, suele resentirse á veces de la fogosidad é intemperancia que á la juventud son peculiares, y sus debates, tanto por esta razón, como por la influencia de la política, no siempre se distinguen por la serenidad y la templanza; pero á vueltas de esto, la Academia presta indudables servicios á la ciencia y sus trabajos merecen la atención pública.

La apertura de las tareas anuales de la Academia es siempre una solemnidad. Los presidentes de esta corporación son por lo general, á la vez que eminentes jurisconsultos, hombres políticos de importancia; los temas sobre que versan sus discursos de inauguración se refieren siempre á graves problemas políticos y sociales y revisten habitualmente un señalado carácter de actualidad; la sesión inaugural tiene, por lo tanto, importancia política además de científica, y no es maravilla que los discursos que en ella se pronuncian ocasionen en la prensa importantes, y no pocas veces acalorados debates.

Agena la REVISTA CONTEMPORÁNEA á la política palpitante, no hemos de considerar bajo este punto de vista el discurso pronunciado en la apertura de los trabajos de la Academia por su presidente, D. Eugenio Montero Rios, por más que no sea fácil prescindir por completo de toda consideración política, tratándose de un trabajo que en realidad es más político que otra cosa. Procuraremos considerarlo sin tener en cuenta ciertas circunstancias que han preocupado mucho á los periódicos diarios y que á nosotros nos importan poco, y nos atendremos ante todo á la significación científica que este discurso entraña.

Versa el discurso del Sr. Montero Rios sobre las relaciones de la Iglesia

con el Estado, y se distingue más por la copia de erudición histórica y jurídica que en él se advierte que por su abundancia de razonamientos filosóficos. Más que exposición de una teoría completa y fundada en principios de las relaciones de la Iglesia y el Estado (teoría que fuera aplicable á todas las religiones positivas), es una exposición de las diversas vicisitudes que estas relaciones han experimentado en la historia, mirando únicamente á la Iglesia católica, de la cual se ocupa ante todo el orador. Es, en suma, un trabajo más histórico que filosófico, y más político que histórico, y en tal sentido ofrece su juicio dificultades no pequeñas para publicaciones que, como la nuestra, llevan por norte el abstenerse de la política palpitante.

Pertenece el Sr. Montero Rios á la escuela llamada *católica-liberal*, y dentro de ella al especialísimo grupo que entre nosotros ha representado recientemente el partido radical. En su cualidad de liberal halaga al Sr. Montero Rios la teoría que separa á la Iglesia del Estado; en su concepto de católico, piensa que entre ámbas instituciones debe reinar íntima armonía; y pareciéndole, por tanto, contrario á la libertad el ideal ultramontano, contrario al catolicismo el sistema de la separación absoluta de las dos potestades, y poco liberal y poco católico juntamente el régimen de los Concordatos y de las regalías, parece inclinarse á un sistema especial, que intenta aplicar á España, y que se reduce á dejar á la Iglesia en libertad absoluta, renunciando el Estado al sistema regalista, pero reivindicando á la vez para sí toda libertad de acción y asegurando la situación económica de la Iglesia, mediante el presupuesto de obligaciones eclesiásticas. Tal parece ser el ideal del Sr. Montero Rios, desenvuelto posteriormente en la prensa por nuestro colega *El Imparcial*, con escaso aplauso de los ultramontanos, no mucha satisfacción de los conservadores y dudoso regocijo de los radicales.

Parte toda esta concepción política de la idea de una armonía necesaria y conveniente entre las potestades civil y eclesiástica, armonía que el Sr. Montero Rios reclama de los defensores del catolicismo, exhortándoles á que abandonen sus tradicionales pretensiones y se reconcilien con el liberalismo moderno. Como en tales casos acontece siempre á los que piensan como el Sr. Montero Rios, vuelve los ojos el reputado canonista á los primeros siglos de la era cristiana, buscando en ellos los antecedentes de su democrática doctrina, y deplora amargamente el opuesto rumbo que ha seguido después la Iglesia católica, con lo cual no hay para qué decir cuánta suma de sutilezas y habilidades habrá menester para conciliar sus sentimientos liberales y democráticos con la sumisión que debe á una Iglesia tan poco afectada á cuanto participe de tales tendencias.

Todo el que está al corriente de lo que significa el llamado *catolicismo liberal*, no ignora qué lamentable desconocimiento de las leyes que fatalmente rigen al desarrollo histórico de las instituciones religiosas, y de la misión que ha cumplido y de las condiciones y carácter que reviste la Iglesia católica, implican las apreciaciones histórico-políticas, los extraños espejismos y alucinaciones, y las aspiraciones democráticas de los que á semejante escuela pertenecen. El catolicismo liberal, haga lo que haga, será siempre un protestantismo vergonzante, y su constante aspiración á volver al primitivo estado de

la sociedad cristiana, lo prueba cumplidamente. Si la Iglesia católica pasó de la democracia apostólica á la aristocracia episcopal primero, y á la monarquía pontificia despues, ha sido porque á ello le obligaban de consuno su propio carácter y la mision que le tocaba cumplir en el mundo; y la obra bienhechora que llevó á cabo en la Edad Media, civilizando á los bárbaros y manteniendo, en medio del caos feudal, una autoridad moral incontrastable, no hubiera sido cumplida, si en vez de una monarquía aristocrática fuera la Iglesia entonces una aristocracia fragmentaria ó una democracia turbulenta. La Roma cristiana, heredera de la Roma imperial, tenia que ser á su vez un imperio; y así como la aristocracia republicana de la Roma antigua no bastaba para realizar la unidad material y política del mundo, tampoco la aristocracia episcopal ni la democracia apostólica hubieran logrado realizar la unidad moral de la Edad Media. La unidad política necesitó un César; la unidad moral y religiosa necesitó un Papa.

Las instituciones no son tan libres como el individuo. Este suele hacer lo que quiere; aquellas hacen siempre lo que es necesario que se haga. Una lógica fatal sigue su vida; una ley incontrastable las arrastra é impele á realizar su destino, y la voluntad de los hombres tiene que doblegarse ante estas necesidades inflexibles de la historia. Y precisamente si hay una historia lógica en el mundo, es la historia de la Iglesia católica, institucion de tal manera construida y desarrollada, que por el enlace perfecto de todos sus elementos se asemeja á los más acabados organismos, y por el desenvolvimiento de su vida se parece á aquella rigurosa dialéctica que constituye la grandeza admirable de la doctrina de Hegel.

No es más fundada que esta filosofía de la historia la abstracta y arbitraria separacion que entre lo espiritual y lo temporal hacen los que piensan como el Sr. Montero Rios. Para un libre-pensador, semejante distincion es óbvia; en lábios de quien se llama católico es incomprensible. Y ante todo, ¿es empresa llana establecer la distincion? ¿Cabe trazar fácilmente una línea divisoria entre lo que á los altos intereses de la vida espiritual toca y lo que á la pura vida material se refiere? ¿Es posible circunscribir con tal llaneza la esfera en que ha de moverse la Iglesia y aquella en que ha de funcionar el Estado, ó habrá de tropezarse á cada paso con conflictos de jurisdiccion?

Reputándose poseedora la Iglesia de aquella verdad absoluta, religiosa, moral y social juntamente, fuera de la cual no hay salvacion, háse de extender forzosamente su influencia á todos los órdenes de la vida á que esta verdad pueda referirse, y aunque de buen grado deje al poder político legislar á su albedrío sobre la propiedad, organizar á su gusto las formas de Gobierno y reglamentar á su placer la administracion, no ha de poder hacer otro tanto en cosas que afecten á los altos intereses de que es guardadora. ¿Cómo ha de exigirse á la Iglesia, por ejemplo, que consienta en la prensa y en la tribuna la discusion de sus dogmas, que reputa inmutables y divinos? ¿Cómo se ha de pretender que tolere que la enseñanza, entregada á sí misma, se erija en cátedra del error? ¿Cómo que reconozca como derecho natural la libertad de conciencia que es á sus ojos libertad de condenacion? ¿Cómo que entregue al Estado la organizacion de la familia, que es para ella institucion divina á que

da origen un sacramento? ¿Cómo, en suma, que abra sus brazos á ese liberalismo en que ve la negacion de todos sus principios y á que se opone con perfecto derecho, rigurosa lógica y admirable constancia? Hé aquí lo que no ven los que piensan como el Sr. Montero Rios, y lo que irremisiblemente les coloca fuera de la Iglesia.

No es lícito á quien de católico se precie halagar tales esperanzas y aspiraciones, ni sustentar tales teorías; pero ménos lo es incurrir en desaciertos políticos como el que apadrinan los secuaces del Sr. Montero Rios. Sin duda que el aspecto político de la cuestion ofrece dificultades no pequeñas. Como siempre acontece, la lógica de las ideas conduciria á lamentables resultados en la práctica. Aceptado en absoluto el punto de vista católico, las consecuencias que de él se dedujeran (como las deduce el ultramontanismo) serian la muerte de la libertad y de la moderna civilizacion. Aceptado el punto de vista contrario, la lógica conduce á declarar un antagonismo inconciliable entre el liberalismo y la Iglesia católica, antagonismo que llevado á la práctica con un criterio excesivamente radical, pondria en peligro graves intereses é irrogaria en determinados paises daños cuantiosos á la misma libertad. La historia contemporánea prueba cumplidamente la verdad de lo que decimos.

Existiendo (como es indudable) el antagonismo, las necesidades de la vida práctica, que siempre se imponen en más ó en ménos á la lógica inflexible de los partidos, han traído consigo entre la potestad religiosa y la política el sistema de las transacciones. Sin abdicar de sus principios la primera ni de sus prerogativas y derechos la segunda, pero atentas ámbas á los graves intereses que les están confiados, viven hace tiempo en hostilidad latente, pero haciéndose concesiones que varían en extension é importancia segun las condiciones de cada pueblo; de aquí el sistema de las regalías y el régimen de los Concordatos; de aquí la multitud de combinaciones políticas que existen en los diferentes paises de Europa y que oscilan entre dos extremos, en muy pocas naciones existentes: el régimen ultramontano puro y la separacion absoluta entre la Iglesia y el Estado.

Un Estado libre; una Iglesia absolutamente libre y retribuida por el Estado; hé aquí el régimen de los que piensan como el Sr. Montero Rios. ¿Es político y práctico, es favorable á los intereses de la libertad y del Estado? Hé aquí lo que no puede admitir quien de político práctico se precie.

Una Iglesia que gozara de todas las libertades y además de los privilegios materiales que la proteccion económica del Estado le asegura, seria el enemigo más poderoso de la libertad y acabaria por absorber y anular á ese Estado que se la entregaba atado de pies y manos tan cándidamente. Tratándose de Iglesias cuyo poder es nulo, como las protestantes por ejemplo, ese sistema pudiera ser aceptable; pero tratándose de una Iglesia como la católica, ese sistema es el *delirium tremens* de la candidez.

Católicos fueron nuestros antiguos monarcas, y con serlo hasta el fanatismo, á ninguno le ocurrió semejante absurdo; antes, cuanto mayores privilegios otorgaron á la Iglesia, con tanta más fuerza reivindicaron los derechos del Estado y acentuaron el régimen de las regalías. Ninguno de ellos toleró

un Estado dentro del Estado, y no ya eso, sino Estado sobre el Estado sería la Iglesia organizada de esa manera.

Lo práctico y lo político, sobre todo tratándose de un país como el nuestro, y teniendo en cuenta, de un lado los intereses de la libertad y los fueros del Estado, y de otro los intereses no ménos graves que afectan á la conciencia religiosa, es reivindicar con mano fuerte para el Estado sus fueros, privilegios y libertades enfrente de la Iglesia, mediante un racional y sensato sistema de regalías, y de otro otorgar á la Iglesia las libertades que el derecho comun reconozca á todas las instituciones, en cuanto sean compatibles con la paz, la seguridad y los derechos del Estado, teniendo en cuenta que siendo, como debe ser en España por razones de justicia y conveniencia, retribuida la Iglesia, esta retribucion ha de colocarla con respecto al Estado en la misma situacion en que se colocan todas las instituciones cuyo sostenimiento corre á cargo del poder. Podrá parecer este sistema falto de lógica á los que pretenden que la vida práctica sea desarrollo inflexible de ideas absolutas; pero su valor político no podrá ser negado por los que entienden que es y será siempre la política transaccion y transicion, esfera sometida á condiciones ineludibles de tiempo y espacio, órden de vida en que no impera lo absoluto y donde lo mejor es siempre enemigo de lo bueno.

Y basta de esta cuestion que insensiblemente nos vá llevando á donde no quisiéramos ir; que lo dicho es suficiente para mostrar todo lo que hay de insostenible en la posicion y de impracticable en la política que se revela en el discurso del Sr. Montero Rios.

* * *

En el Ateneo continúan los debates á que nos referíamos en la anterior revista. El tema discutido en la seccion de ciencias morales y políticas ha perdido su carácter práctico, pues lo que actualmente se ventila no es el peligro que pueda encerrar el positivismo, sino el valor científico de esta doctrina. En la seccion de ciencias naturales sucede otro tanto, gracias á haber puesto sobre el tapete el Sr. Magaz la cuestion del animismo, sosteniendo un dualismo abstracto entre el espíritu y la materia, y dando lugar á vigorosas réplicas del Sr. Moreno Nieto.

En la seccion de ciencias morales se preparan á terciar en la discusion los ilustrados representantes de la filosofía católica, Sres. Perier y Carballeda, con lo cual volverá á discutirse el tema y se cambiarán el terreno y las condiciones del debate, siendo de esperar que la contienda sostenida hasta ahora entre racionalistas y positivistas cese para unir todas sus fuerzas contra los nuevos adversarios, lo cual dará gran interés á la polémica.

Una circunstancia notable de estos debates es la actitud que paulatinamente han ido tomando los campeones del positivismo. Encerrados al principio, como en una fortaleza, en los resultados de la experiencia científica, hostiles á toda especulacion y marcados con indudable sello materialista, han ido poco á poco, á impulsos del desarrollo natural del debate, suavizando estas asperezas y abdicando de tales intransigencias hasta colocarse en terreno más accesible y llano para todos. Hoy por hoy, más bien que al positivismo naturalista,

defiéndose allí una doctrina inspirada en Spencer, y que ofrece no pocas conexiones con el neo-kantismo, doctrina despojada ya de ciertas exageraciones y muy aceptable para los que militan en las filas de la filosofía crítica.

Esta trasformacion de las condiciones del debate, esta acertada direccion dada á la tendencia positivista, débese en nuestro juicio á un jóven orador que se ha colocado desde luego al frente de la escuela y ha conquistado en pocos dias las simpatías del Ateneo. Este orador es el Sr. Simarro. Hombre de espíritu verdaderamente filosófico, de vasta cultura, de ámplias aspiraciones; talento que reúne en sí la penetracion delicada de Stuart Mill y las elevadas miras de Herbert Spencer, al buen sentido y al intencionado gracejo de Voltaire; hijo de la enciclopedia vigorizado por las robustas enseñanzas del siglo XIX; fantasía viva y pictórica que sabe encarnar en gráficas metáforas, ingeniosas comparaciones y razonados chistes las más obtusas concepciones de la ciencia; orador vehemente, ameno, dado á la paradoja y á la sutileza, sarcástico é intencionado, pero no elocuente,—el Sr. Simarro es una de las inteligencias más poderosas con que cuentan las nuevas ideas y uno de los jóvenes de mayores esperanzas que se han presentado en el Ateneo. El, ayudado por un fisiólogo tan eminente como el Sr. Cortezo y por jóvenes tan instruidos como los Sres. Camó y Ustariz, está sosteniendo el peso de estos debates y dando no poco que hacer á sus adversarios, por más que entre ellos se cuentan inteligencias tan privilegiadas como los Sres. Moreno Nieto y Gonzalez Serrano.

II.

El movimiento bibliográfico ha ofrecido poco de notable en la presente quincena. Algunas traducciones (entre ellas una del célebre, ameno y licencioso *Decameron* de Boccaccio) y una novelita del Sr. Perez Galdós, es todo lo que se ha publicado en estos dias. Nada hemos de decir de las primeras, y únicamente diremos á los amantes de la buena literatura (ya que de traducciones se trata) que muy en breve aparecerá la primera version castellana de las poesías del gran Leopardi, debida á uno de los escritores más discretos é ingeniosos de nuestra patria, al Sr. D. José Alcalá Galiano.

El reciente *Episodio nacional* del Sr. Perez Galdós, segundo de la nueva série que piensa publicar, se titula: *Memorias de un cortesano de 1815*, y en nada desmerece de los anteriores. En esta segunda série de sus ya populares *Episodios* ha abandonado con buen acuerdo el Sr. Perez Galdós la forma de narracion personal que adoptó en los precedentes; con lo cual se evitan no pocas dificultades y ganan en movimiento y colorido las novelas. Distinguen al señor Galdós las vivas y animadas pinturas de los personajes, las gráficas y pintorescas descripciones de lugares y sucesos, y el sentimiento espontáneo y natural con que están escritas sus obras, avaloradas además por los curiosos datos históricos que contienen y el color local de que están revestidas. Estas cualidades, que debe el Sr. Galdós, tanto á su aficion á las novelas inglesas, como al atento estudio del escritor que le sirve de modelo para sus episodios

(Errkmann-Chatrion), se observan en las dos novelas con que ha iniciado la nueva série que piensa publicar. Más interesante la primera, bajo el aspecto novelesco, lo es la segunda por su carácter político, pues en ella se da cabal idea y se encierra exacta pintura del vergonzoso período que se extiende desde la restauracion de Fernando VII hasta la revolucion de 1820. Los torpes vicios de aquellos repugnantes cortesanos y de aquellos políticos indignos están retratados de mano maestra y encierran saludables enseñanzas para el presente. Los que hoy deploran la actual corrupcion política, contemplen aquel cuadro y vean cuánto hemos ganado en moralidad y cultura; los que achacan á la libertad los males presentes y personifican en el absolutismo el honor y la virtud, busquen esos timbres, si les es posible, en aquel absolutismo de fatal memoria; y los que aspiran á restablecer aquel régimen, representado hoy por un aventurero corrompido é imbécil, enrojeczan de vergüenza ante el recuerdo de lo que intentan restaurar. El Sr. Perez Galdós con la publicacion de su novela no se ha limitado á prestar un servicio á las letras; ha realizado además un oportuno acto patriótico que deben agradecerle los amantes de la patria, de la civilizacion y de la libertad.

*
* * *

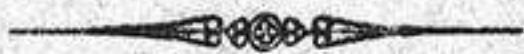
Los teatros han ofrecido en estos dias novedades importantes. Un drama romántico, de sorprendentes efectos y vigorosa versificacion, pero revestido de ese tinte algo melodramático que caracteriza á la nueva escuela; y una comedia, falta de novedad en su pensamiento, pero escrita en culta y delicada forma, sazónada con chistes decorosos y realzada por una versificacion fácil y castiza, han proporcionado merecidos triunfos á sus autores. Titúlase el drama *En aras de la justicia* y es produccion de un escritor novel, el Sr. D. Daniel Balaciart, que inaugura con firme paso su carrera dramática; denomínase la comedia *La mejor conquista*, y es debida á un autor ya aplaudido, el señor Herranz, que á nuestro juicio ha hallado en esta obra el género á que le llaman indudablemente sus aptitudes.

Pero el verdadero acontecimiento teatral de la quincena ha sido la representacion del drama del ilustre duque de Rivas *El desengaño en un sueño*. Esperábase su representacion como una solemnidad, y lo fué en efecto; pero el éxito no ha respondido á las esperanzas de la empresa y de los admiradores del insigne vate. La prensa unánime ha rendido tributo de admiracion y respeto al autor y de aplauso á la empresa que á costa de grandes sacrificios ha presentado con lujo extraordinario el espectáculo; pero examinando atentamente lo que han dicho, y sobre todo lo que han callado los críticos, y reparando en las manifestaciones espontáneas del público, pronto se advierte que la obra no ha alcanzado el éxito que se presumia.

No podia suceder otra cosa. *El desengaño en un sueño*, con ser una concepcion grandiosamente pensada y gallardamente escrita, no tiene condiciones para la escena. Más que drama es un poema dramático,—algo semejante á esas obras que, como el *Manfredo* de Byron y el *Fausto* de Goethe, no pueden impunemente llevarse á las tablas. Su pensamiento filosófico, desconsolador y pesimista, su accion puramente fantástica, sus personajes apenas bos-

quejados, sus pasiones apenas desenvueltas, no pueden despertar en el público el interés ni la simpatía. Aquella acción que lleve por teatro el cerebro calenturiento de un hombre dormido, aquellos personajes que proceden con la precipitación que distingue á las figuras forjadas en el sueño, aquellos episodios que se suceden con la rapidez vertiginosa de una pesadilla, son sin duda bellos, pero no dramáticos; admirables, pero no conmovedores. Por eso el público se manifestó á la vez respetuoso y frío, y todo el aparato escénico, aunque deslumbró sus sentidos, fué impotente para despertar en su alma la dormida emoción. Obras de esta clase son para leídas, no para contempladas en escena, porque en el teatro solo interesa la vida real, nunca las visiones del ensueño ni los caprichosos fantasmas que la mente forja.

M. DE LA REVILLA.



CRÓNICA DE LA LITERATURA INGLESA Y NORTE-AMERICANA.



Hay dos pueblos separados por el Océano que están influyendo poderosamente en los destinos y en la cultura del mundo con un sentido histórico que se diferencia hondamente en la esfera de la política, y que conserva un innegable carácter de semejanza y tal vez de identidad en los diversos ramos de la ilustración. Estos dos pueblos son Inglaterra y los Estados-Unidos. La variedad de los elementos etnológicos que concurren en esta última nacionalidad no ha podido luchar victoriosamente con la supremacía que viene ostentando desde un principio la raza anglo-sajona, llevada al nuevo continente en sus arriesgadas expediciones, y en laboriosa emigración por las falanges de obreros y descubridores arrojados en el nuevo mundo por las dolorosas contiendas de carácter político y religioso de la metrópoli, el natural estímulo de lo desconocido, y el deseo de conquistar en una tierra vírgen las dichas condiciones de existencia que no aparecían tan fáciles y asequibles bajo el régimen de instituciones seculares, de arraigadísimas tradiciones, de formas consagradas por la costumbre y de cortapisas impuestas por la utilidad común, tal como había venido manifestándose históricamente en virtud del consentimiento de todos.

Así se advierte fácilmente que, á pesar de la diversidad de las razas, prepondera el sentido anglo-sajon en América, y constituye un predominante elemento en el espíritu nacional de aquel pueblo. Fácilmente pueden señalarse hondas diferencias entre la metrópoli y las emancipadas colonias. La monarquía, sólidamente establecida en la primera, muéstrase solo como institución de

larga vida ante los ciudadanos de un pueblo organizado bajo el principio federativo, y en forma democrática y republicana. La aristocracia, elemento político de gran importancia, factor social de trascendencia suma en Inglaterra, solo puede hallar alguna correspondencia en los Estados-Unidos, atendiendo á la natural desigualdad que engendran la diversidad de las fortunas y del arraigo en las localidades. Estas y otras distinciones responden despues de todo á profundas semejanzas, pues si se advierte como es debido lo mucho que importa en el sentido federal norte-americano la tradicion descentralizadora de la raza preponderante, y se notan, como es justo, el sentido político y social de la aristocracia inglesa, cuya significacion principal no es otra que la superioridad de capital é influencia consagrada por el tiempo, se advertirá desde luego una directa relacion, una innegable afinidad entre ámbos pueblos, aun considerándolos bajo el punto de vista de sus diferencias.

Pasando ahora á tratar de sus analogías, ¿quién se negará á reconocerlas, si se trata de las superiores esferas de arte, religion y ciencia? Convendria desde luego preceder esta indagacion especial con una rápida ojeada á las costumbres. En esta esfera, si bien es verdad que alguna diversidad se advierte por razon de carecer los norte-americanos de aquellos elementos históricos que la metrópoli atesora, merced á su larga vida en la historia, la semejanza es sorprendente si se atiende á la relacion no interrumpida que se ha establecido por medio del sentido tradicional entre la metrópoli y las que fueron un tiempo sus colonias.

La lengua, cuya importancia para el pensamiento y por el pensamiento es artículo de fé para la ciencia moderna, acredita parentescos cercanos entre las gentes constituidas en agrupacion social. Pues una misma lengua se habla en Inglaterra y en los Estados-Unidos. De aquí que la tradicion científica y literaria, inseparable de la lengua por cuanto esta expresa en resúmen, mediante sus monumentos, las aptitudes favoritas de cada pueblo sea la misma en ámbas nacionalidades. Presenta tambien caractéres muy semejantes y aun idénticos la vida religiosa, principalmente influida por el protestantismo: corre por los mismos cauces la actividad científica, concentrada con brillantes excepciones, que hemos de apuntar oportunamente en la direccion experimental y la inspiracion artística, acaso sigue los mismos rumbos en poesía, música y artes del diseño, aunque el hecho innegable de que no es la cultura artística, considerada en su integridad y no en una forma aislada, timbre muy señalado de entre ámbos pueblos, recomienda tal vez mayor reserva por su misma indeterminacion relativa.

Estas consideraciones, que el ilustrado lector puede ampliar y ampliará seguramente en su pensamiento, nos llevan á tratar en el mismo artículo del movimiento literario en Inglaterra y los Estados-Unidos. Entiéndase, sin embargo, que esta resolucion no implica el desconocimiento de la genialidad y de los caractéres que distinguen á esos dos pueblos ilustres. Dos ramas de un mismo árbol se distinguirán siempre por el hecho de no ser una sola, aun en el caso de que no se quieran consignar otras diferencias más características.

I.

TEOLOGÍA.

La literatura teológica de Inglaterra ofrece un vasto conjunto de obras importantes, y se enriquece constantemente. Debemos empezar esta reseña hablando á nuestros lectores de la importante edicion de la Biblia que está publicando el editor Mr. John Murray, con el siguiente título: *La Santa Biblia con comentarios críticos y explicativos por obispos y otros individuos del clero de la*

Iglesia anglicana (1). Se ha dado recientemente á la estampa el tomo quinto de esta publicacion, que como comentario apologético se conoce en todo el Reino-Unido con el nombre de *The Speaker's*. Comprende este tomo los libros de Isaias y Jeremías, con notable explicacion y crítica de esas lamentaciones que resuenan aún en el mundo como una de las manifestaciones más sublimes de la fé, el patriotismo y el dolor. No es del caso emprender la crítica de los comentarios de este tomo, ni el corto espacio de que podemos disponer nos permite entrar en consideraciones históricas y filológicas sobre los textos bíblicos que contiene. Diremos únicamente que la crítica inglesa ha recaído principalmente sobre los comentarios puestos al libro de Isaias por el Dr. Kay. La guerra á muerte que ha sido declarada por este distinguido hebraizante á los asiriologistas y á los críticos de las escuelas racionalista y liberal ha provocado enérgicas contestaciones. La polémica ha versado principalmente sobre la unidad del libro, sobre el valor de las profecías y su cumplimiento. Sin que deba entenderse que tratamos de mortificar en lo más mínimo el sentido ortodoxo, séanos permitido manifestar que hubiéramos querido ver en el Dr. Kay mayor cuidado en sus explicaciones y citas. Los argumentos que se han opuesto á sus comentarios merecen seria consideracion. En cuanto al libro de Jeremías, diremos que ha sido puesto al cuidado del Dr. Payne Smith. Tambien se han levantado contra este respetable dean las iras de los asiriologistas, y no ha contribuido poco á provocarlas su afirmacion de que el libro del Dr. Schrader, *Las inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento*, ha sido refutado en importantes puntos por un crítico católico de Tubinga. El Dr. Payne ha tenido, sin embargo, más suerte que su compañero, pues se ha reconocido con justicia que si no da pruebas á la verdad de extraordinaria aptitud para la crítica, sabe sacar mejores resultados de los trabajos ajenos.

Merece tambien un recuerdo especial la traduccion del Nuevo Testamento que ha hecho el Dr. Davidson, sirviéndose de la última edicion del texto griego, por von Tischendorf (2). La traduccion del Dr. Davidson no es á la verdad una traduccion libre. Sin caer en el servilismo que invalida muchas veces los esfuerzos más generosos, se observa desde luego que Mr. Davidson se sujeta bastante á la version autorizada. La *Introduccion* con que acompaña é ilustra su importante trabajo es digna de atento estudio. El autor discute detenidamente la octava edicion de Tischendorf, revelando no comunes conocimientos filológicos, examina las alteraciones del texto y hace que se convierta seriamente la atencion del lector á los trozos en que se entablan con más fundamento polémicas de importancia entre las personas competentes.

Aunque impresa en Leipsig, no dejaremos de recomendar á nuestros lectores la nueva edicion de los famosos escritos de Mr. Gladstone sobre la cuestion religiosa (3). Reunidos en un solo tomo tres importantes trabajos, que con los títulos *Vaticanismo*, *Los decretos del Vaticano* y *Los discursos del Papa*, examinan las cuestiones que preocupan más hondamente al mundo religioso, puede asegurarse que ofrecen en esta forma á los hombres reflexivos la mejor ocasion de examinarlos. ¿Está siempre encerrado Mr. Gladstone en aquellos

(1) *The Holy Bible; with an Explanatory and Critical Commentary by Bishops and other Clergy of the Anglican Church. Vol. V. Isaiah. Jeremiah. Lamentations. London. John Murray. 1875.*

(2) *The New Testament. Translated from the Critical text of von Tischendorf; with an Introduction on the Criticism, Translation and Interpretation of the Book. By Samuel Davidson. D. D. London: Herry S. King and Co. 1875.*

(3) *Rome and the new est fashions in religion by the Right Honorable W. Gladstone. Leipsig Tamhnitz. 1875.*

límites que deben considerarse indispensables para toda polémica fecunda? Confieso ingenuamente que abrigo algunas dudas en este punto. Particularmente en la crítica de las alocuciones pontificias, me ha parecido encontrar más de una vez cierto prurito de secta que no se compadece muy bien con la naturaleza del asunto. Dígase lo que quiera, predomina abiertamente en Mr. Gladstone el sentido protestante. Los otros ensayos expresan perfectamente celos y desconfianzas, grandemente justificados por desgracia, en un hombre de Estado que convierte seriamente su espíritu á las reformas eclesiásticas, que tienen más directa conexión con los derechos del Estado y su seguridad. De todas suertes, el lector que mejor sepa darse cuenta de las imperfecciones de estos tratados de Mr. Gladstone, no puede ménos de reconocer que está perfectamente justificada por la importancia del contenido, la inmensa sensación que han producido en el mundo culto. El último dogma proclamado, los textos del Papa, que expresan mejor el sentido de su acción sobre las conciencias, las posiciones que ha tomado el catolicismo en esta gran crisis de las doctrinas, la lucha del espíritu progresivo con los órganos más acreditados de la fé, justifican la ansiedad, los temores, la inquietud y la vigilancia de los hombres que figuran en primera línea actualmente. Mr. Gladstone, algo apasionado tal vez en más de una ocasión, revela ilustración, competencia y celo, dignos de aprecio. Las grandes cuestiones que trata de dilucidar, esperan aún su definitiva solución; pero no es por eso ménos cierto que importan grandemente todos los estudios serios que se dedican á fijarla clara y razonablemente.

El interesante movimiento reformista que representan los *Viejos católicos*, se relaciona directamente con esas grandes cuestiones, é importa, sin duda, averiguar hasta qué punto ha logrado conmover al mundo religioso. Un interesante libro, cuyo autor oculta modestamente su nombre bajo el pseudónimo *Theolorus*, y que se titula *La nueva Reforma, narración del movimiento VIEJO CATÓLICO, desde 1870 hasta el presente, precedida de una introducción histórica* (1), se ha publicado en estos últimos tiempos. Una réplica de las muchas que se han dirigido ya desde el campo católico á Mr. Gladstone, ha publicado también poco há Mr. Aylmer Ward. Titúlase esta réplica *El Racionalismo y su relación con las impugnaciones de Mr. Gladstone* (2). No carece este folleto de ciertos puntos de vista, dignos de alguna estimación para el filósofo, aunque la verdad es que no plantea muy acertadamente la cuestión, y que las condiciones de lenguaje y estilo de su folleto dan la razón á los críticos que se han complacido en llevar al ánimo de las gentes el convencimiento de que Mr. Aylmer Ward no es un buen escritor.

Mr. Gladstone acaba de dar á la estampa un prólogo al acreditado libro de Emile Laveleye, sobre el protestantismo y el catolicismo, al frente de la excelente traducción que ha publicado Mr. Murray (3). Sabido es que ese libro aspira á demostrar que las diferencias existentes entre las razas germánica y latina dependen muy principalmente de la diferencia de las religiones que generalmente profesan.

(1) *The New Reformation. A Narrative of the old catholic movement from 1870 to the Present Time with a Historical Introduction by Theolorus.* London. Longman. 1875.

(2) *Rationalism and its Relation to Mr. Gladstone Expostulations.* By Aylmer Ward. London. Burns oaks and Co. 1875.

(3) *Protestantism and Catholicism in their Bearing upon the liberty and Prosperity of Nations. A Study of Social Economy.* By Emile de Laveleye. With an Introduction by the Right Hon. W. E. Gladstone. M. P. London. Murray. 1875.

II.

FILOSOFÍA.

La cultura filosófica no está limitada en Inglaterra al movimiento positivista que preocupa á todos los que siguen con atención las evoluciones del pensamiento contemporáneo. Si alguna prueba necesitáramos, nos la darían muy brillante algunos de los trabajos que debemos mencionar en esta reseña. Es el primero el notable libro de Mr. Robert Flint, *La filosofía de la historia en Francia y Alemania* (1). Mr. Flint se ha propuesto dar á conocer las doctrinas de filosofía de la historia, sin prevenciones ni prejuicios de ninguna clase atento tan solo á presentarlas claramente por medio de exactas exposiciones. Sabido es que uno de los problemas que han preocupado más á los historiadores de la filosofía es el método que debe seguirse en el orden de las exposiciones incluidas en sus obras. El método cronológico, que es el que primeramente se nos ocurre, ha parecido inadecuado é imperfecto por referirse exclusivamente al orden del tiempo, y prescindir de la relación ideal y permanente de los sistemas. Atentos á este aspecto principal han optado otros historiadores por el método racional, que presupone esa relación y coloca las teorías con arreglo al dato racional. Este procedimiento no puede agradar á los ingleses por el sentido particular que caracterizó siempre sus trabajos, y siempre los alejó de la verdadera ciencia especulativa. No es extraño, por lo tanto, que Mr. Flint no haya querido adoptarlo en su *Historia de la Filosofía de la Historia*, que es el nombre que en realidad debiera llevar su obra. Ni el orden cronológico ni el racional han merecido sus simpatías, y ha optado por hacer exposiciones de las doctrinas, agrupándolas por naciones, y subdividiéndolas luego dentro de esta agrupación principal cronológica y racionalmente á un tiempo, pues si bien es verdad que sigue el orden de su aparición, retrotrae al mismo capítulo las que presentan afinidades notables. Me parece que este procedimiento de Mr. Flint es el más arbitrario y el menos filosófico que se le hubiera podido ocurrir. Sea cual fuere la influencia que quiera atribuirse al espíritu racional y al genio de las razas en los progresos de la ciencia, siempre resultará completamente inadmisibile que al tratar de exponer los desenvolvimientos de una ciencia, se haga la división de sus períodos por razones completamente ajenas á su naturaleza y esfera propias. Si Mr. Flint ha querido dar á entender, y no podemos creerlo de una persona tan ilustrada, que determinadas doctrinas son fruto del suelo, fácilmente se le podría mostrar que en distintos países encuentran autorizados representantes unas mismas ideas, y que no puede ser de otra manera, porque lo que caracteriza á la ciencia es precisamente la universalidad de su contenido, que pertenece á todas las inteligencias, y no es ni puede ser privilegio de ninguna.

Con arreglo á su método, Mr. Flint ha dedicado el tomo de que hablamos á Francia y Alemania. Precede á todos estos trabajos una introducción en que pasa revista rápidamente á los trabajos históricos de la antigüedad, comprendido este término en su aplicación al Oriente y al mundo greco-romano. Traza también en ella á grandes rasgos la historia de las ideas de la unidad del género humano y del progreso, bases de toda filosofía de la historia. Son de notar también en este interesantísimo trabajo, magistralmente hecho, algunas exposiciones, como, por ejemplo, la de la magnífica concepción contenida en la célebre *Ciudad de Dios*, de San Agustín.

(1) *The philosophy of History in Europe*. By Robert Flint. Professor of Moral Philosophy and Political Economy in the University of St Andrews. Vol. I. France and Germany. Edimburgh and London. W. Blackwood and Sons.

Las doctrinas de filosofía de la historia que pertenecen á Francia, por ser el país en que fueron concebidas, son bastante completas. Empieza con una indicacion interesantísima de la teoría de Bodin; comprende estudios notables sobre todos los pensadores que han cultivado el ramo de la filosofía á que el libro pertenece, llegando hasta los demócratas, como Michelet y Quinet, á Odysse Barot y Laurent, y al fundador del positivismo, Augusto Comte. Algunas exposiciones flaquean un tanto, y más la crítica que les corresponde. Sirvan de ejemplo las del famoso *Discurso de Bossuet*. El pastor protestante, y Mr. Flint lo es, según tengo entendido, aparece con demasiada claridad en las páginas dedicadas á reseñar la concepcion del ilustre caudillo de la Iglesia gálica. Otras exposiciones están hechas, en cambio, de un modo admirable. Las de la doctrina de Montesquieu la teoría de la perfectibilidad, representada principalmente por Turgot y Condorcet las eclécticas de Cousin y Jouffroy y la positivista de Comte, cuya relacion con Turgot y el célebre Saint-Simon está muy bien indicada en el libro, así como la exposicion y la crítica de las doctrinas de Guizot, son apreciables trabajos. Las cartas de Odisse Barot están expuestas y apreciadas breve y acertadamente, y los trabajos de Laurent son objeto de estimables consideraciones. Desistimos de seguir examinando esta parte, y nos limitaremos á indicar que algunas teorías, como, por ejemplo, la de Wronski, no están examinadas, pero que este defecto lo subsana Mr. Flint, prometiendo que todas estas imperfecciones se corregirán en los apéndices de la obra.

La segunda parte del tomo, que se ha publicado ya, está consagrada á Alemania. Comienza esta segunda parte con una brillante exposicion de los progresos de la historiografía. Extracta luego las principales teorías, partiendo de Wegelin y llegando hasta Conrado Hermann. La extraordinaria erudicion de Mr. Flint brilla especialmente en esta parte de su trabajo. Contiene estudios como los de Leibnitz, Lessing, Kant y Schiller, Fichte, Schelling, Krause y Hegel, cuya influencia describe dando noticia de las escuelas; noticias en que hay un noble recuerdo para Sanz del Rio, como discípulo de Krause. Los errores de crítica no deben obstar para que reconozcamos el valor de estas exposiciones. Mr. Flint trata luego del movimiento posterior, del segundo sistema de Schelling, los Herbartianos, Bunsen, Lasaulx, Lotze, Lazarus y Herman, indicando de pasada el sentido de las tendencias de Baader y Schopenhauer. Si la erudicion que revelan los textos no bastaran la acreditarían seguramente las notas bibliográficas que acompañan á los capítulos.

El sentido de Mr. Flint parece referirse principalmente al psicologismo escocés sin perjuicio del concepto ecléctico y teológico que resalta en sus reflexiones. Debemos confesar que la crítica de Mr. Flint carece de fijeza, y que á las veces resulta contradictoria y no muy profunda. Estas consideraciones nos llevan á resumir estos someros juicios, diciendo que la obra de Mr. Flint es principalmente de consulta. Añadiremos para concluir que el segundo tomo de que ha de constar la obra estará dedicado á Italia é Inglaterra. El autor promete que al terminar la obra no solo la completará convenientemente con los apéndices necesarios, sino que ofrecerá á sus lectores un resumen de la doctrina que estima más verdadera como resultado de toda la historia de la idea de la historia.

Otro sentido tiene la última obra del célebre Mr. George Henry Lewes, la edicion que últimamente se ha publicado de sus *Problemas de la vida y del Espíritu*. Renunciamos á dar una indicacion del contenido de esta notable obra, porque en este mismo número verán nuestros lectores un excelente artículo de Henderson en que se hacen la exposicion del libro y algunas consideraciones críticas de mucha oportunidad. Sabido es que Mr. Lewes está llevando al positivismo un profundo sentido que llamaríamos metafísico si no temiéramos herir los oídos de sus correligionarios. Con esta valerosa tentativa se asegura Mr. Lewes un puesto al lado de Stuart Mill, Herbert Spencer y Bain.

Un filósofo de los Estados-Unidos, Mr. Charles W. Shields, profesor de

Armonía de la ciencia y de la religión revelada en Princeton College, ha publicado recientemente un trabajo que se titula *Religion y ciencia* (1). El Dr. Shields traza un rápido bosquejo de los conflictos de la ciencia y la religión, y de cómo han ido los teólogos tratando de conciliar sus dogmas con la ciencia. En este sentido, el trabajo de Mr. Shields tiene como se ve muchas analogías con el libro de su compatriota el célebre Draper. ¿Resuelve el Dr. Shields alguna cuestión, desvanece alguna duda? El lector que sigue atentamente esas páginas, que las lee con la esperanza de hallar en ellas la solución que parecen prometerle, tropieza al cabo con un gran desengaño. Lo único que el profesor de Princeton College nos dice en el sentido de la solución y de la paz, es que debemos esperarlos de una filosofía futura que no logra determinar, cuyo carácter no vislumbra como debiera esperarse, cuyo secreto no ha logrado arrancar á esa misteriosa esfinge que presencia nuestras luchas y nuestras angustias desde la oscura región de lo porvenir. Algo más podíamos esperar tal vez de un profesor cuyo especial encargo consiste en explicar la armonía de la ciencia y la religión.

Dejemos por hoy la literatura filosófica y pasemos á tratar brevemente de otros tomos.

III.

HISTORIA.

El primer libro de que debemos hablar en esta sección es la *Vida de Swift* por Mr. Forster (2), muy conocido ya como uno de los primeros biógrafos ingleses. Swift por su ironía, por haber representado como pocos escritores esa alegría *sui generis* que llaman *humour* los ingleses, por la corrección y el sabor verdaderamente clásicos de su prosa y por las particularidades verdaderamente curiosas de su vida, es uno de los personajes que siempre han escitado más vivamente la atención de su país. Las biografías que existen no podían satisfacer las necesidades del público. Mr. Forster ha correspondido á la ansiedad que produjo el anuncio de su obra. Algunos defectos podríamos señalar en ella, y ya los ha señalado la crítica inglesa; pero nos limitaremos por ahora á indicar que pocas veces ha producido tanta mortificación la costumbre de publicar por partes las obras. Esto, en realidad, es un elogio para Mr. Forster. El ilustre biógrafo sobresale igualmente en la *Vida de Swift*, por el esmero de su trabajo, la solidez de su crítica y las cualidades literarias que distinguen á esa interesantísima obra.

Un escritor norte-americano, Mr. Georges Fort ha publicado poco há un notable trabajo histórico sobre la masonería. Titúlase su libro *Historia primitiva y antiguas tradiciones de la franc-masonería* (3).

Debemos mencionar el último tomo que se ha publicado de las *Vidas de los arzobispos de Canterbury* escritas por el Dr. Hook (4). Calientes aún las cenizas del autor, ha caído en las manos de los lectores ese libro cuando se hallaban dolorosamente impresionados por la muerte de un hombre tan respetable. Este tomo comprende las vidas de Laud y Juxon. Esta última, merced á la exten-

(1) Religion and Science. By Charles W. Shields D. D. Profesor of the Harmony of Science and the Revealed religion in Princeton College. N. J. New-York. Scribner Armstrong and Co. London. Trubner.

(2) The Life of Jonathan Swift. By Jhon Forster. Vol. I. 1667-1711. London: John Murray. 1875.

(3) The early History and Antiquities of Free-masonry. By George F. Fort. Philadelphia S. P. Putnam. London. Sampoor Louv and Co.

(4) Lives of the Archbishops of Canterbury. By Walter Farquhar Hook. Vol. XI. Reformation period. London Richard Bentley and Son. 1875.

sion de la de Laud y al cuidado con que esta última ha sido escrita, podría considerarse como un suplemento del tomo. Se advierte desde luego que el biógrafo se complacia verdaderamente en dar toda la luz posible á la figura de Laud. Representante este célebre arzobispo de la doctrina estrictamente anglicana, no podía encontrar un biógrafo más á propósito que Mr. Hook, defensor enérgico y perseverante de ese sentido eclesiástico.

Llamaremos también la atención de nuestros lectores sobre las *Protestas de los lores* recientemente coleccionadas con un notabilísimo prólogo por Mr. Rogers (1) y como no es del caso proscribir de esta crónica aquellos libros que producen alguna sensación, no por su mérito, sino por circunstancias especiales que estriban tal vez en su carencia de oportunidad y de juicio, diremos algo de un extravagante trabajo que se titula *Hamlet ó la filosofía de la historia de Shakspeare* (2). El escrito de Mercade es la más peregrina manifestación de ese exagerado culto á los grandes hombres que ha hecho perder la cabeza á tantas personas apreciables. Muchas veces se ha creído encontrar en las obras maestras de los poetas insignes concepciones generales é ideales expresados simbólicamente. Justo es confesar, sin embargo, que á Mercade le corresponde la gloria más ó ménos discutible de haber encontrado en una tragedia del ilustre autor de *Romeo y Julieta* la ciencia novísima que en aquellos tiempos apenas existía en el estado de presentimiento, en gérmen, como promesa de un risueño porvenir entrevisto en profunda meditación por algunos pensadores esclarecidos. El procedimiento de Mercade consiste en dar á los personajes de la célebre tragedia que interpreta á su antojo una como personificación de elementos primordiales de la civilización, encerrándose casi siempre en un solo período de esta y en buscar luego por medio de la interpretación anagramática de los nombres una explícita confirmación de este sentido que á los personajes se atribuye. El padre del infortunado príncipe de Dinamarca es según él la encarnación del *Cristianismo puro anterior al siglo segundo*, Polonio encarna *la autoridad y la tradición*, el Espectro representa *el renacimiento del cristianismo*, Laertes la *literatura ortodoxa*, los cómicos *la literatura que condujo á la reforma*. Las explicaciones anagramáticas son curiosísimas. Elegiré para muestra la más delicada. El nombre de la encantadora Ofelia se expresa anagramáticamente como sigue: (Hope Ophz Y (n) A (fter) L (ife) ó sea esperanza en la vida futura. Estas ingeniosas escentricidades de Mercade le han valido muchas censuras y no pocos sarcasmos. Entre los últimos parécenos el más curioso este que á continuación transcribimos. Parodiando su manía anagramática dícele un distinguido crítico que el nombre Mercade puede entenderse anagramáticamente como sigue: *Mere C (hildish) D (ull) A (bsurdities)* ó sea: meros absurdos necios é infantiles. Preciso es confesar sin embargo que Mercade acredita ingenio y laboriosidad dignos de mejor causa ó de trabajos más serios y razonables.

Citaremos para dejar esta sección la *Historia de Grecia en la época de Pericles*, por Mr. Lloyd (3). Su obra es un interesantísimo libro, merecedor de atento estudio y particular aprecio.

(1) A Complete Collection of the Protests of the Lords: With Historical Introductions. By S. E. T. Rogers. 3 vol. Oxford.

(2) Hamlet or Shakspeare's Philosophy of History. A Study of the Spiritual Soul and Unity of Hamlet. By Mercade. Williams and Norgate.

(3) History of Greece during the Age of Pericles by W. W. Lloyd. 2 vol. London. Macmillan and Co. 1875.

IV.

CIENCIAS.

La literatura científica ha seguido enriqueciéndose en Inglaterra con obras notables, y esto no debe sorprendernos, porque es sabido cuánto importan á los ingleses y á los norte-americanos las ciencias experimentales en que casi por tradicion no han dejado de producir constantemente los más notables adelantos. Nos limitaremos por hoy á dar una sucinta indicacion de las obras más notables que en este ramo hemos podido registrar.

Mr. John Charles Melliss ha dado recientemente al público un curioso libro que se titula: *Santa Helena: descripcion física, histórica y topográfica de la isla, con inclusion de su Geología, Fauna, Flora y Meteorología* (1). Esta obra es de gran interés para los naturalistas. Mr. Sterry Hunt ha publicado tambien una brillante coleccion de *Ensayos de Química y Geología* (2). Estos trabajos comunicados desde 1858 por Mr. Sterry Hunt á diversas sociedades y periódicos, tienen principalísimo interés para los geólogos. Los puntos de vista del distinguido escritor á quien nos referimos promovieron interesantísima controversia con el Prof. Dana y otros tratadistas norte-americanos. Se trata, pues, de trabajos que no han pasado desapercibidos para las personas competentes.

El célebre Tyndall ha dado al público una segunda edicion de sus famosas *Lecciones sobre la Luz* (3). Comprende esta nueva edicion interesantísimas comunicaciones de hombres muy distinguidos de los Estados-Unidos como Mr. Barnard, Mr. Draper y Mr. White. Otro sábio no ménos acreditado, Mr. Hooker, ha publicado con el concurso de otras personas de probada competencia en botánica, un libro que se titula *La Flora de la India británica*, obra cuyo tomo primero se recomienda por su intrínseco valor á cuantos cultivan este interesante ramo de las ciencias de la naturaleza (4). Este primer tomo, cuya parte primera apareció en 1872, se ha completado ahora y pertenece al número de aquellas obras que no se discuten porque no lo han menester en ningun concepto. Y ya que hablamos de botánica, séanos permitido mencionar tambien una apreciable obra de consulta, de Mr. Henslow. Esta nueva edicion de que hablamos ahora no será desdeñada seguramente por todos los que consagran la actividad de la inteligencia á ese rico y admirable reino de la naturaleza en que tienen igual cabida los árboles gigantestos de las selvas vírgenes y las flores de espléndido color y delicioso perfume (5). Para

(1) St. Helena; a Physical, Historical and Topographical, Description of the Island, including its Geology, Fauna, Flora and Meteorology. By John Charles Melliss. London. L. Reeve and Co. 1875.

(2) Chemical and Geological Essays. By Thomas Sterry Hunt. London. Trubner. 1875.

(3) Sir lectures on Light. By John Tyndall London. Longmans. Green and Co.

(4) The Flora of British India. By F. D. Hooker., Assisted by various Botanists. Vol. I. Ranunculaceæ to Sapindaceæ. London. Reeve and Co. 1875.

(5) A Dictionary of Botanical Terms. By the Rev. J. S. Henslow. New Edition London Groombridge.

dejar esta seccion mencionaremos un apreciable tratado de fisiología é higiene, debido á la pluma de Catherine Buckton (1).

No habiendo por hoy ningun trabajo de ciencia de la política y estudios afines ó de viajes y geografía que pudieran motivar en esta reseña secciones separadas, que no abandonaremos por eso aunque las dejemos para mejor ocasion, pasaremos sin más tardanza á tratar del ramo de *belles-lettres*, como dicen nuestros vecinos de allende los Pirineos.

V.

LITERATURA VARIA.

Cumplimos una verdadera obligacion dando comienzo á esta seccion de nuestra reseña con una breve noticia de la gran obra de Tennyson, titulada *Queen Mary*. No nos corresponde hacer otra cosa que asegurar, en presencia de los importantes juicios que tenemos á la vista, y de la apreciacion imparcial de las condiciones de la obra, que no es solamente un poema de alta inspiracion y poderoso impulso como algunos han creido, sino una verdadera obra dramática, llena de fuerza, de genio, de interesantísimas situaciones, realzada prodigiosamente por el corte shakspeariano que ha sabido darle el laureado autor de *Enid*. María Tudor, aquella hija de un infeliz matrimonio, condenada por los yerros de sus antecesores, por la fatalidad de los tiempos, por su propio temperamento, por las violencias necesarias de una política de restauracion religiosa á representar en la historia una série de sanguinarios ódios, de castigos terribles, de abrumadoras injusticias, casada con nuestro Felipe II, sin encontrar nunca fuera de sí el único consuelo, el único bálsamo, la única redencion que hubiera podido salvarla, el amor que ella sentia, es la heroína de la admirable creacion que mencionamos. La vida de esta célebre reina está condensada admirablemente en estos versos que pone Tennyson en labios de su hermana, la no ménos famosa Isabel:

Her life was winter, for her spring was naught;
but she loved much, pray God she be forgiven.

Este es el carácter que se desenvuelve en el drama. La fé y el amor parecen redimir interiormente ante la posteridad á esta desgraciada criatura, que no ve fuera de sí más que el triste cuadro de su impotencia para reinar como queria y para ser amada. Tennyson ha colocado el centro de la accion en el inmenso amor que hace sentir por Felipe á la reina de Inglaterra. Y vienen tambien á completar este cuadro de pasion los rencores políticos y las intrigas, y las grandes venganzas y los grandes ódios que se cernian como insaciables buitres sobre aquel trono ensangrentado y sobre aquel pueblo. Hay bellezas de primer órden en el drama de Tennyson, rasgos de gigantesca inspiracion. No faltan defectos, y nacen tal vez de las cualidades en más de un caso. Shakespeare es un modelo peligroso. Tiene toda la grandeza y todos

(1) *Health in the House*. By Catherine Buckton.

los defectos del genio. Ostenta una grandiosa indisciplina que rompe muchas limitaciones y atropella muchos escrúpulos. Los personajes se trasforman y crecen como si los fundiese nuevamente en el yunque colosal de su inspiracion. Y luego son muy diversos los tiempos y las literaturas. Solo así se comprende que Tennyson haya tropezado con duras críticas, con injustos reproches. Yo de mí sé decir que le alabo sobre todo el no haberse ceñido á esa frívola é insustancial *imitacion de la naturaleza* que algunos críticos recomiendan. Dejaría de ser un verdadero poeta si lo intentara. Los defectos del drama de Tennyson, son detalles, imperfecciones puramente accesorias. Y como son de tan escasa importancia, se puede felicitar al gran poeta con toda el alma por su último triunfo.

El marqués de Lorne, más conocido en Europa por su matrimonio con la princesa Luisa que por sus merecimientos en la república de las letras, ha entregado poco tiempo há, con algun éxito, á las apreciaciones del público, un poema que se titula *Guido y Lita* (1). Una historia de amor, que se supone en la Edad Media y que permite, por lo tanto, esas exhibiciones feudales y caballescascas en que se complacen tanto los poetas que no saben buscar el mérito mayor de sus creaciones en ese tesoro de verdadera poesía que guarda en sus profundidades el alma del hombre, historia, por lo demás, asaz insignificante, que consiste en las aventuras y las casualidades á que se presta el matrimonio de *la hija de un pescador* con un gran señor, tan jóven como apuesto y enamorado, amantes que logran realizar sus deseos por medios más ó ménos inverosímiles, pero muy desusados, en que el heroísmo y el fervor consiguen todo lo que se proponen, sin duda para que no se olvide que *querer es poder*, ha dado motivo al marqués de Lorne para escribir un considerable número de versos en que reconocemos de buen grado cierta facilidad y abundancia naturales, aunque consideramos justos los cargos que se dirigen al autor por no querer ó no saber huir de la afectacion y la impropiedad.

Un distinguidísimo poeta que se firma *Proteus* ha publicado recientemente un interesante tomo de *Sonetos y cantos* (2). *Proteus* no es, como el marqués de Lorne, un poeta de la antigua escuela, es un poeta de los tristes dias que corren. Canta los pesares, las angustias, la melancolía de que estan llenas las almas sin fé, ese profundo desencanto que se apodera de los corazones en que ha penetrado la duda. Los *Sonetos y cantos* de *Proteus* responden como se vé á esa inspiracion de la hora presente que ha dictado poco há en nuestra pátria el notabilísimo tomo del Sr. Revilla titulado *Dudas y tristezas*. Rica imaginacion, intensidad en los afectos, versificacion fácil, expontánea y brillante, ese sentido actual que refleja todas las manifestaciones de los tiempos son cualidades altamente recomendables que concurren en *Proteus*.

La novela sigue siendo uno de los ramos en que muestra más riqueza la literatura inglesa. Citaremos solamente la bellísima coleccion de escritos que con el título *Un jardin de mujeres* (3) ha publicado miss Tyler; la interesante novela de Ingelow *Su destino era ser libre* (4); la más notable aún *¿Qué dirá la gente?* de Mr. Charles Gibbon (5); la encantadora narracion de miss

(1) Guido and Lita: a Tale of the Riviera. By the Right Hon. The Marquis of Lorne. London. Macmillan and Co. 1875.

(2) Sonnets and Songs. By Proteus. London. John Murray. 1875.

(3) A Garden of Women. By Sarah Tyler. London. Smith Elder and Co.

(4) Fated to be free. By John Ingelow. London Tinsley 1875.

(5) ¿Whet will the World Say? By Charles Gibbon. London. Ri.

Thackeray, titulada *Miss Angel*, una de las más bellas é interesantes producciones de este género que se han publicado hace tiempo en Inglaterra; el ingenioso y exacto cuadro de costumbres irlandesas de miss Keary, que se titula *Castle Daly* (1).

Dejaremos esta seccion consignando un notable trabajo del filósofo y crítico G. H. Lewes sobre la escena inglesa. Titúlase este libro *De los actores y el arte escénico* (2). Esta obra es un apreciable trabajo de crítica.

Quisiéramos poder decir algo á nuestros lectores de un ramo especial que llaman los ingleses *Libros de Navidad* (Christmas Books), cuyo mérito no debe buscarse precisamente en la esfera de las cualidades literarias, porque importan grandemente en ellos las láminas con que están ricamente adornados.

Difícil es dar en una reseña cabal noticia de un movimiento tan rico y constante como el de la literatura inglesa. Solo hemos aspirado á dar una indicacion somera de las más importantes manifestaciones de una variada literatura que excita con justicia la más viva curiosidad en las personas estudiosas.

RAFAEL MONTORO.

La redaccion de la REVISTA CONTEMPORÁNEA envia á la prensa de Madrid y de Provincias su más profundo reconocimiento por las muestras de benevolencia con que ha sido recibida.

(1) *Castle Daly. The Story of an Yrish Home Thirty years ago.* By Aunie Keary. London. Macmillan and Co. 1875.

(2) *On actors and the Art of Acting.* By George Henry Lewes. London 1875.

Madrid, 30 de Diciembre de 1875.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1875.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23